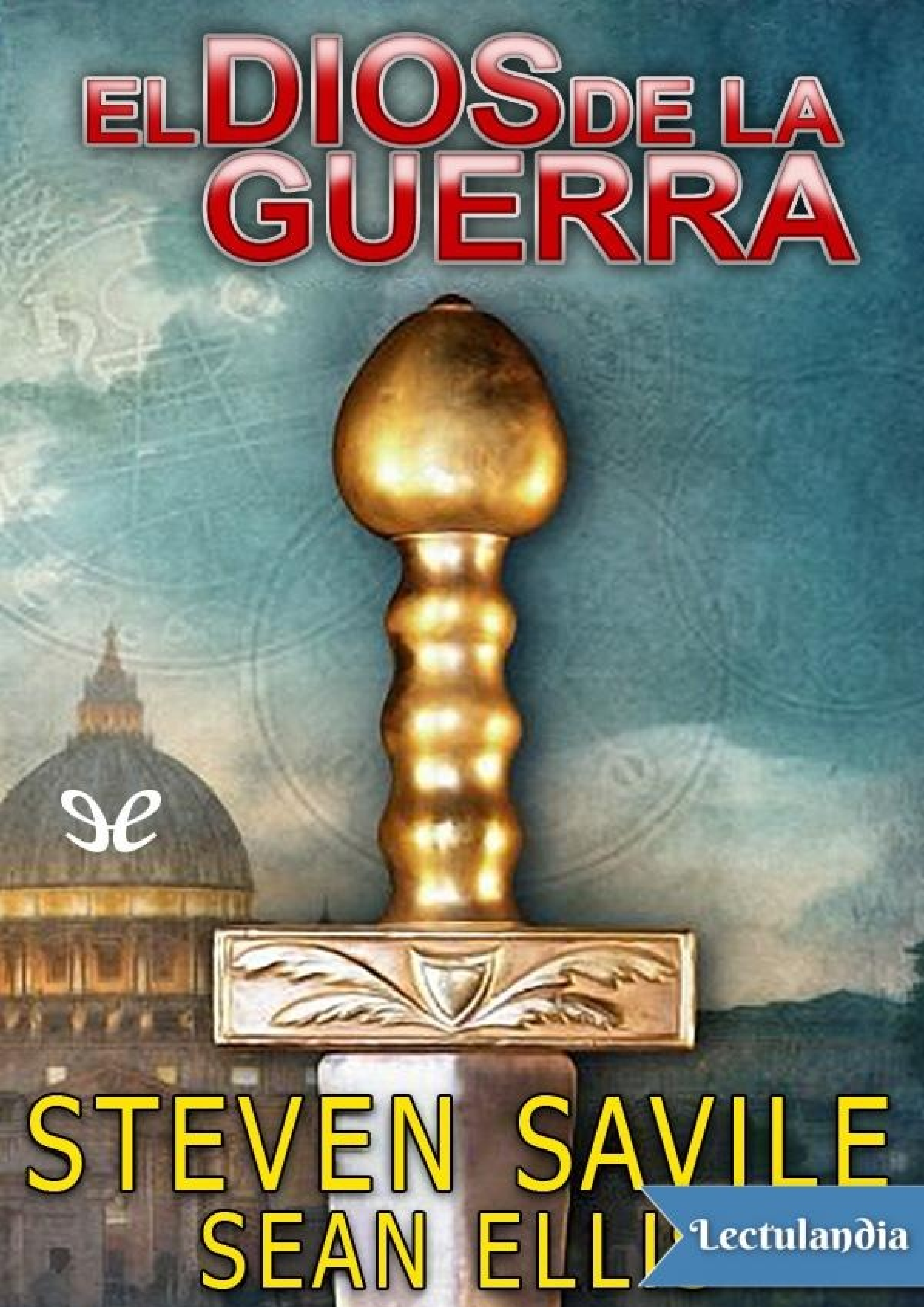

EL DIOS DE LA GUERRA
STEVEN SAVILE
SEAN ELLIS
Lectulandia

En mitad de la noche, Ronan Frost recibe una llamada de ayuda de su antiguo comandante, Tony Denison, que está huyendo para salvar la vida. Como oponente declarado de la globalización y amante de la tradición artúrica, el antiguo compañero de Frost es el objetivo de los agentes del Nuevo Orden Mundial, una misteriosa organización conspiratoria que intenta impedirle que encuentre la Crocea Mors, la espada de César y, quizás, la espada que el rey Arturo sacó de la roca para conseguir su reino.

Frost se muestra escéptico, todo lo que Denison le cuenta le suena a patrañas, simple y llanamente, pero no puede negar el hecho de que intentan matarle.

Así que le ayudará. Por muy arriesgado que sea. Porque él es así.

En el otro lado de Londres, sir Charles Wyndham, líder del Equipo Ogmios, envía a Konstantin Khavin a que averigüe la verdad tras el intento de asesinato… pero solo consigue descubrir que el gobierno británico quiere ver a Denison muerto a toda costa. Pero como Frost está con él, sir Charles se ve obligado a tomar una decisión: abandonar a Frost a su suerte o perder Ogmios para siempre.

No es una elección que quisiera tomar, pero dejará solo a Frost.

Steven Savile & Sean Ellis

El dios de la guerra

Equipo Ogmios - 3

ePub r1.0
XcUiDi 06.08.18

Título original: *Wargod*
Steven Savile & Sean Ellis, 2013
Traducción: Rocío Gutiérrez Muñoz de la Torre
Retoque de cubierta: XcUiDi

Editor digital: XcUiDi
ePub base r1.2

PRIMERA PARTE

IMPERIO

1

DESPUÉS DE IDES

En la antigüedad, Cingoli (Italia). 44 AEC.

«Ha muerto un gran hombre».

Tito Acio Labieno no estaba muy seguro de cómo se sentía al respecto.

Entumecido, se golpeó en la cadera con el borde del tablero de *duodecim scripta* al levantarse de la silla y se dirigió a donde estaba su hijo. Quinto trataba de recobrar el aliento tras venir corriendo desde los establos. Sus ojos ardían de emoción y temor. Agarró al chico por los hombros.

—Dejaron el cuerpo en el suelo del Senado. Los conspiradores, liderados por el senador Bruto, se dirigieron luego al Capitolio y en su marcha gritaban: «¡Pueblo de Roma, volvemos a ser libres!».

—¿Y bien? Dime, muchacho, ¿qué ocurrió? No omitas el más mínimo detalle. ¿Cómo respondió el pueblo?

—Con silencio. Las calles estaban vacías. Los ciudadanos huyeron a encerrarse en sus casas.

Labieno se mordisqueó el interior del labio mientras le asaltaban pensamientos a la mente. Soltó al muchacho y se volvió. «Ha muerto un gran hombre y los que ocuparán su lugar no tienen ni un ápice de su grandeza».

—El pueblo amaba a César. ¿Acaso esos necios creen que los glorificarán por semejante traición?

Quinto lanzó una mirada al otro hombre que estaba sentado frente al tablero. Era Marco Atrio, centurión de una de las leales legiones de César, comandante de la caballería y carcelero de Labieno. Permanecía inmóvil. El soldado ni siquiera miró a Quinto a los ojos. Con la mayor neutralidad que fue capaz de mostrar, el joven dijo:

—La aristocracia lo celebra a puerta cerrada.

Labieno hizo un ademán de desdeño.

—¿Eso crees? Entonces eres más necio que ellos.

Quinto permaneció con la mirada fija en el centurión, sin estar muy seguro de qué esperar de ese hombre violento. Así que sopesó cada palabra con cuidado.

—Labieno, ¿no era Cayo Julio César tu enemigo? Ahora que está muerto, puedes apelar al Senado para que ponga fin a tu arresto domiciliario.

—Amigo, enemigo. A veces son lo mismo. Era leal a un gran hombre. Era amigo de un gran hombre. Y cuando llegó el momento, le planté cara a un gran hombre. ¿Eso nos hace enemigos? Era el teniente más importante de César en la Galia y

Britania. En aquel entonces éramos como hermanos. —La voz de Labieno sonó casi melancólica al recordarlo, pero cambió el tono a uno duro como el diamante—. Has malinterpretado mis palabras, muchacho. No son necios por haberlo matado; son necios porque creen estar preparados para tal traición. No están preparados para lo que vendrá después.

Quinto lo miró atentamente, como si fuera algo que no había considerado.

—¿Qué ocurrirá después?

—Bruto no es lo suficientemente fuerte para controlar el Senado, y mucho menos para gobernar Roma en su nombre. El pueblo *adoraba* a César, y buscarán a alguien que ocupe su lugar…

Quinto no notó el cambio en el comportamiento de su padre.

—César nombró heredero a Octavio, pero es joven y muchos consideran que es demasiado débil para gobernar. Antonio posee el ejército…

—Antonio, Bruto… y una docena más de aspirantes aparecerán. Habrá una lucha encarnizada por el poder y el pueblo será el que sufra cuando Roma se vea sumida en una nueva guerra civil. Ha muerto un gran hombre, un dios entre los hombres, y ninguno de los que vendrán a ocupar su lugar poseerá jamás nada que se aproxime a su grandeza.

Labieno esbozó una sonrisa forzada y le dio a su hijo una palmada en el hombro.

—Déjame solo por ahora, muchacho. Pensaré en las nuevas que me has traído. Podemos seguir hablando de este tema por la mañana.

Quinto asintió y, tras estrecharle la mano a su padre, salió de la terraza.

Labieno se giró hacia el centurión. Hay que reconocer que el legionario no había reaccionado ante las noticias de Quinto, pero no podía ocultar por completo su asombro. El viejo se volvió hacia él.

—¿Qué harás ahora, Marco? —preguntó Labieno.

—No me lo creo. —El centurión sacudió la cabeza y la sospecha empezó a fermentar en sus ojos—. Es un ardid. Un juego de los tuyos. Tu hijo solo pretende engañarme.

—¿Con qué propósito? ¿Acaso me han irritado los términos de la sentencia de César? ¿He intentado deshacerme de las cadenas de mi cautiverio? —Labieno suavizó el tono—. Eres mi carcelero, bien es cierto, pero por encima de eso eres mi amigo, Marco, mi compañero de armas. Me conoces. Sabes que nunca intentaría un engaño tan vulgar.

—Entonces es una noticia falsa. Tu propia muerte también ha sido una noticia muy difundida.

Labieno se encogió ligeramente de hombros.

—Cierto, amigo mío, y la verdad es una bestia escurridiza cuando se trata de Roma. No obstante, pronto se sabrá. Si han asesinado a César, mi hijo no será el único que nos traiga tan nefasta noticia. Pero, para entonces, puede que sea demasiado tarde.

Marco asintió abstraído y luego, de pronto, alzó la cabeza bruscamente lleno de sospechas.

—¿Demasiado tarde? ¿Para qué?

—Para elegir un bando, hermano. —Labieno se hundió en una silla frente a Marco—. ¿A quién le debes lealtad?

—Yo… yo sirvo a Roma.

—Igual que yo cuando César cruzó el Rubicón. Por esa razón me quedé junto a Pompeyo. —Negó con la cabeza—. Puede que lo mejor para Roma y el futuro que le espera no coincidan. Tendrás que tomar una decisión y, luego, atenerte a ella.

Marco reflexionó.

—Octavio es el heredero legítimo —dijo—. Si es cierto que César ha sido asesinado, debo ser leal a Octavio.

—¿Y si Octavio no es lo suficientemente fuerte? Entonces, ¿qué? ¿Servirás a un emperador débil y venal?

—Su fuerza dependerá de la lealtad de sus comandantes. Y tiene mi lealtad. No sé qué más puedo hacer.

Labieno contemplaba al centurión pensativamente. Lealtad. Julio César inspiraba tal muestra de lealtad. Pero para Octavio, que era joven y no había demostrado su valía, la lealtad de hombres como Marco Atrio no estaría garantizada. Al primer signo de debilidad, le abandonarían o, lo que era mucho más probable, le asesinarían.

Se inclinó hacia delante y, con indiferencia, cogió el dado del tablero.

—Ayúdame a hacer memoria. ¿Estabas con nosotros en la campaña de Britania, Marco?

—La memoria te ha abandonado, Tito. No fuimos capaces de cruzar. Mi cohorte estaba en uno de los barcos que volvieron a la Galia.

Labieno asintió distraídamente. Había formulado la pregunta retóricamente, y aunque el centurión hubiera respondido con una afirmación, Labieno estaba bastante seguro de que el soldado de caballería desconocía el relato que estaba a punto de contarle.

* * *

De un momento a otro, todo cambió.

El reflejo del sol destellaba sobre el río; el agua, poco profunda, hacía espuma al chocar con los tobillos de la infantería cuando empezaron a vadear el río y se escuchaba el sonido rítmico de cientos de pies marchando al unísono…

Y de repente, el caos.

Cuando los legionarios empezaron a cruzar el río, los britanos comenzaron el ataque. Flechas y piedras surcaban el cielo, chocaban contra los escudos y, con demasiada frecuencia, perforaban carne y hueso entre terribles crujidos.

La formación mantuvo la posición… tan solo unos minutos.

Los escudos repelían los proyectiles y el avance continuaba. Pero entonces,

cuando los soldados de infantería se aproximaban a la costa este, aún con el agua por las rodillas, un grito de guerra se alzó desde el otro lado de la fortificación de estacas afiladas y los bárbaros salieron en tropel a su encuentro. El acero romano golpeó el hierro en un estruendo de ruido y sangre. La voz unificada del grito de guerra dio paso a un gemido de dolor discordante a medida que las espadas y las lanzas perforaban las armaduras para hender miembros y derramar entrañas. Un hedor impregnó el aire: el olor a sangre y muerte.

Labieno sabía que todas las batallas comenzaban así. Por mucho que se entrenara a un soldado, no se le podía preparar por completo para esos breves momentos de violencia que se vivían por primera vez. Sin embargo, los que sobrevivían al choque inicial sabían de la importancia crucial que adquiría la disciplina al mirar a la muerte a la cara. Hoy no sería una excepción. Espoleó a su montura para que avanzara hacia el río, mientras exhortaba a los centuriones a que cerrasen filas y mantuvieran la formación.

La disciplina les mantendría con vida.

Los legionarios se juntaron y formaron con los escudos una barrera móvil repleta de lanzas. Continuaron su implacable avance.

Labieno echó un vistazo atrás y vio a César aproximándose a trote lento hacia el frente, a tan solo unos pasos del aquilífero, que portaba bien alto el reluciente estandarte del águila de la legión para que todos pudieran verlo. El cónsul de Galia estaba sentado a horcajadas y erguido, con una mano sobre la empuñadura de su *gladius* envainada. Parecía carismático y confiado, que era lo que se esperaba de él. Cuando empezaba el derramamiento de sangre, los hombres apelaban a él. Querían ver un héroe. Y él era lo más cercano a un dios viviente, un Hércules renacido. Sus legiones lo seguirían de buen grado hasta el mismísimo Averno.

«Y sin mí», pensó Labieno, «es exactamente allí donde acabarían todos».

César era, sin duda, un símbolo de inspiración, por no hablar de que era un hombre de estado brillante, un experto con la espada, un erudito, un filósofo, un hombre del pueblo… pero no era estratega. Eso era cosa de Labieno. Él ganaba las guerras y César paladeaba la gloria.

Labieno no albergaba resentimiento ni celo alguno. Entendía bien la importancia de los símbolos. Los legionarios eran formidables, no porque se endureciera a las tropas con amenazas o se las sobornara prometiéndoles recompensas, sino porque todos aceptaban que, al ganar una batalla, compartirían la gloria de César. Labieno sabía que eso era incluso más esencial para la victoria que una instrucción rigurosa, armas superiores y las tácticas que él aplicaba. En el momento que se entablaba batalla, la estrategia era cosa del pasado, del pretorio. La guerra era como un río: implacable, fluida, en constante movimiento, que sacudía a los combatientes y cambiaba continuamente para llevarse por delante cualquier obstáculo. Y alguien como César era una roca. Inamovible.

Mandubracio cabalgaba a su lado, observando la lucha con una expresión que

denotaba tanto impaciencia como tristeza. A Labieno no le causaba buena impresión, pero el campo de batalla no era lugar para sutilezas. No podías elegir a tus aliados en la lucha más de lo que podías elegir a tus enemigos. El cielo estaba encapotado y una niebla espesa se levantaba de entre la maleza. Britania era una tierra dejada de la mano de Dios. Labieno echaba en falta la patria de los dioses. Mandubracio, príncipe de los Trinovantes, la mayor y más poderosa tribu de Britania, había sido expulsado de la isla por un feroz jefe guerrero de la tribu vecina de los Catuvellaunos, un hombre llamado Casivelono, que le había perseguido sin tregua. Se cruzaba despiadadamente con Mandubracio en cada campo de batalla y le dejaba rodeado de carroña que servía de banquete para los cuervos de la isla hasta que se rindió y buscó refugio en la Galia. Era un cobarde. Había venido corriendo con el rabo entre las piernas suplicándoles ayuda a sus nuevos aliados romanos.

Determinado a enseñar a los britanos que Roma cuidaba de sus amigos, César dedicó todo el invierno a construir barcos para llevar a sus tropas al otro lado del canal, y, con la llegada de la primavera, lanzó una invasión como la Isla de los Poderosos no había visto nunca.

Los inmortales son caprichosos. Los Venti y el mismísimo Neptuno se confabularon contra los barcos; el mar se encrespaba agitado por los vientos, dañando los barcos, rompiendo las cuadernas y rajando las proas, con lo que se vieron forzados a regresar a la Galia.

Sin embargo, César confiaba ciegamente en la victoria. Había hecho ofrendas a Belona, Nerio, Marte y Minerva. Había leído los augurios. No perdía. Y no perdería ahora. Labieno también tenía confianza, aunque su entusiasmo por la batalla se veía atenuado por las lecciones que le había dado la experiencia. Una vez que la batalla comenzaba, todo podía ocurrir. No se fiaba de los britanos. Los guerreros de Casivelono eran relativamente inexpertos, pero luchaban en terreno conocido. Mandubracio había demostrado ser una inestimable fuente de información tanto del terreno como de las técnicas que seguramente utilizarían los Catuvellaunos, pero Labieno recelaba del príncipe; ¿dónde recaería su lealtad cuando los soldados romanos empezaran a masacrar britanos?

Brotó un grito detrás de Labieno.

Una escaramuza apareció de repente al oeste del río, donde un contingente de guerreros galeses abandonó al instante su escondite y cargó precipitadamente contra el centro de la columna que marchaba. Las espadas golpearon escudos y acero mientras los gritos de guerra se convertían en alaridos. La tierra bajo sus pies era traicionera, llena de barro por las fuertes lluvias.

—Nennio —mascullo Mandubracio al ver al hermano de su odiado enemigo Casivelono—. ¿Conque ese perro los lidera? Entonces le enseñaremos unas cuantas cosas a ese mocoso, ¿te parece?

Cuarenta hombres arropados por el bosque se lanzaron a la lucha, chillando como si intentaran invocar a los demonios de Britania para que lucharan a su lado.

Atacar por sorpresa era osado, pero las fuerzas de Nennio eran demasiado reducidas como para infligir daños significativos en la infantería romana, por muy valientes que fueran los britanos a sus órdenes, o por muy desesperados que estuvieran. La infantería tan solo tuvo que cerrar filas.

Labieno observó la matanza.

Era estratega hasta la médula. No había nada al azar en un primer ataque. La emboscada habría sido devastadora si Nennio hubiera esperado un poco más y hubiera atacado la retaguardia de la columna, pero algo impulsó al britano a atacar del modo en que lo hizo. Y solo había una cosa en la que Labieno pudiera pensar: Nennio intentaba llegar hasta César.

«Replegaos», quiso gritar Labieno, como si el dios de la guerra pudiera oír de algún modo las palabras solo pronunciadas en su mente.

En el campo de batalla se podía morir de muchas maneras y, aunque la muerte de veintenas o cientos de legionarios era un precio aceptable por la victoria, la muerte de un único hombre podía significar la derrota total si ese hombre era Cayo Julio César.

Pero conocía a César. No se batiría en retirada ante una amenaza. Tan importante como era que el líder de los ejércitos de Roma viviera, lo era que jamás aparentara tener miedo. El poder icónico que poseía se marchitaría rápidamente si alguna vez empezaban a circular rumores de cobardía sobre él. El estratega observaba con una mezcla de temor y seguridad mientras César dirigía su caballo hacia la refriega y desenvainaba su *gladius*. Ya no se trataba de apariencias. El fragor de la batalla aumentaba y la pura verdad era que aquel hombre lo disfrutaba; ansiaba la lucha. Saboreaba el combate, le deleitaba probarse a sí mismo, y cuanto más fuerte fuera el enemigo, mejor. Pero, sobre todo, vivía para la gloria de la victoria.

César alzó con violencia su *gladius* hacia el firmamento, como si amenazara al mismísimo cielo, y la giró sobre la cabeza permitiendo que el reluciente metal atrapara un destello de sol. Por tan solo un instante, un único latido aislado, pareció un baluarte de fuego sobre su cabeza. El efecto era espectacular. César era más que un mero hombre.

Entonces, para desgracia de Labieno, César se deslizó de su montura y se metió en la refriega a pie.

¡Qué locura!

Mientras profería una maldición, Labieno dio la vuelta a su caballo y cargó hacia la melé. No iba a permitir ahora que el dios de la guerra pusiera su mortalidad a prueba.

César blandía su espada dibujando arcos que le abrían paso entre los britanos. La hendía, manchada de sangre y brillante bajo el sol naciente, en armaduras de hierro, escudos de madera y miembros humanos por igual. Se enfrentaba a todos los enemigos de cara y los despachaba con una eficiencia despiadada. No había duda de que era más que un simple ser humano.

Antes de que Labieno pudiera recorrer la mitad de la distancia que los separaba,

César había alcanzado ya a Nennio.

Ambos se enfrentaron en un cruce de hierro y acero.

La luz del sol danzaba como el fuego sobre el filo de la hoja del líder romano. Un contraste brutal con el gris rojizo apagado del hierro de la hoja del britano.

Ambos se movían con la gracilidad de los asesinos.

Ambos se movían con la precisión de los supervivientes.

Labieno lanzó un grito de advertencia, pero se perdió en el fragor de la batalla.

César se tambaleó.

Nennio dio un traspié cuando la espada de César golpeó la suya.

El joven intentó alzar el arma para detener otro golpe demoledor, pero lo consiguió a duras penas. La hoja de César se deslizó a lo largo de la espada levantada y asestó un golpe de refilón en la sien del príncipe. El casco le salvó la vida, aunque el impacto se lo arrancó y puso al descubierto su cabello blondo y enmarañado y una herida de la que manaba el humor escarlata hacia la cara. El príncipe se alejó tambaleándose, desorientado, y César retrocedió para asestar el golpe final.

«Al menos terminará pronto», pensó Labieno.

Y entonces, ocurrió lo inesperado.

Los dioses se rieron de ellos.

Mientras César bajaba la espada, Nennio consiguió de alguna forma alzar el escudo para detener el golpe. La espada romana partió la madera y dejó al descubierto las bandas de hierro que conformaban la estructura del escudo. Pero quedó atascada en el acto. César luchó desesperadamente por liberarla, mas en ese mismo instante, Nennio tiró ferozmente del escudo y el barro bajo sus pies los traicionó. Cuando los dos hombres tropezaron, Labieno se quedó atónito al ver que le había arrancado la espada de las manos a César.

El tiempo en el campo de batalla se detuvo; el segundo en el que Nennio y César parecían incapaces de comprender qué acababa de pasar se eternizó.

César se miraba las manos vacías, manchadas con la sangre de los enemigos caídos, mientras que Nennio alzaba la vista por encima del escudo, a la espera de que César asestara el golpe mortal. Y entonces, lo comprendieron todo. Nennio bajó el escudo y asió la empuñadura de la espada de César.

—¡Proteged a César! —gritó Labieno, mientras espoleaba a su caballo para avanzar y cruzar el terreno a galope.

Nennio liberó la espada de un tirón, con una expresión desdeñosa en su cara marcada por la guerra, y alzó la Crocea Mors, la *gladius* de César, triunfante.

—Vas a morir —dijo, y dejó escapar un grito ronco de exultación. Le brillaban los ojos con un vigor renovado. No moriría. Ahora no. Aquí no. El britano avanzó hacia su enemigo desarmado.

Media docena de legionarios, en respuesta al grito de guerra de Labieno, cambiaron la formación para crear un muro de protección alrededor de César, bloqueando a Nennio el camino hasta el dios de la guerra.

Sin casco ni escudo, y aún resintiéndose del golpe en la cabeza, el príncipe no parecía rival para esos legionarios avezados en la lucha, pero el joven guerrero caminaba implacable hacia delante y, cuando el primero de los soldados intentó atacar, él estaba preparado. La espada arrebatada lanzó un destello y el romano ante él cayó, dibujando un arco de sangre arterial. Cayó otro más, cuyo cuerpo se vino abajo como un árbol derribado para acabar yaciendo junto a su cabeza cercenada.

Las aves carroñeras se alimentarían bien ese día, ocurriera lo que ocurriera después.

Los britanos se reagruparon al ver los actos heroicos de su jefe y, de pronto, lo que había empezado como una escaramuza estaba a punto de ser una derrota catastrófica para los romanos.

Nennio continuó abriéndose camino a través del muro de romanos, matando a buenos hombres y moviéndose más rápido de lo que los protectores de César podían retroceder con el peso que cargaban.

Labieno dirigió a su caballo hacia Nennio, pero antes de que pudiera unirse a la refriega, una piedra lanzada con una honda de entre la horda de enemigos golpeó de lleno el cráneo del animal, que se desplomó en una maraña de patas. Labieno salió disparado de cabeza y perdió la espada al caer.

Se dio con fuerza contra el suelo. Gracias al dolor, Labieno era consciente de lo vulnerable que era allí despatarrado en el suelo como una puta en el barro. Luchó por levantarse y buscó su espada a tientas. A través de la máscara de barro aferrada a su cara, vio venir a la muerte dando zancadas, disfrazada de Nennio.

El britano alzó la reluciente *gladius*.

Aún de rodillas, Labieno lidiaba con su propia espada para desenvainarla. Apenas había conseguido levantarla cuando el joven príncipe balanceó la espada de César cual guadaña, pero paró el golpe. El impacto lo dejó completamente tendido de espaldas. Un espasmo de dolor le recorrió el antebrazo como un rayo, hasta el hombro. Sus laxos dedos se abrieron de golpe y soltó la empuñadura. El arma se le escapó de la mano.

Nennio se recuperó rápidamente y levantó la espada cautiva para realizar otro ataque.

Un entumecimiento extraño anegaba al romano; era la muerte. Comprendió que nada podía hacer para evitar que la espada cayera sobre él y le abriera en canal. Pero algún instinto animal en su interior se negaba a morir. El destino no estaba escrito. Se creaba. Giró sobre el costado, extendió la mano y clavó los dedos con desesperación en el barro para llegar a la empuñadura de la espada caída. Alcanzó la envoltura con los dedos. La cogió con torpeza; sentía como si su mano fuera un pedazo de carne muerta unida a la muñeca, pero haciendo acopio de voluntad, Labieno levantó la espada de acero y desvió el ataque mortal de Nennio.

Bajó la *gladius* y las espadas, por un instante, tocaron juntas su melodía. Entonces, el tono cambió; ya no tocaban la canción de guerra. La nota final se

silenció repentinamente cuando la hoja de Labieno se partió en dos.

La hoja de la espada rota salió dando vueltas por los aires mientras una ola nueva de agonía le invadía hasta la altura de los hombros, sensación que tuvo la compasión de pasar rápido. Intentó desesperadamente desviar el siguiente golpe tan solo con la empuñadura, pero la espada de Nennio no tuvo dificultad en sobrepasarla y golpearle en la sien, cubierta por el casco.

El guerrero romano solo vio las tinieblas y, más allá, creyó ver el Elíseo.

* * *

—Nennio mató catorce hombres con esa espada. Catorce. Todos los hombres que se enfrentaron a él y sintieron el toque de la hoja murieron.

—Excepto tú —observó Marco con sequedad—. Pero en aquel entonces eras demasiado cascarrabias para que se te permitiera la entrada en el Elíseo. No me sorprende que te enviaran de vuelta a la tierra de los vivos.

Labieno sonrió pacientemente.

—Los britanos creyeron que Nennio me había matado; en lo que a ellos les concernía, morí en aquel lugar. Me desperté dos días después al cuidado de los médicos de César. Pasó un mes antes de que pudiera tenerme en pie.

—La victoria de Nennio tuvo poca repercusión en nuestro magnífico plan, ni que decir tiene que ni siquiera nos hizo retrasarnos. Los legionarios eran implacables. Avanzaron sin cesar hasta que Nennio se vio obligado a huir. Nos hicimos con aquella tierra. Nuestro ejército vadeó el río y dispersó a los britanos. Nennio murió diez días después, víctima de la herida que César le había infligido antes de perder esa maldita espada.

—Los britanos, igual que todos sus antepasados celtas, viven y respiran superstición. Son simples. Creen en espectros y espíritus vengativos y entierran a sus muertos en túmulos bajo la tierra con ajuares funerarios para la vida después de la muerte. Sepultaron a Nennio cerca de su asentamiento, junto con la espada de César. Los britanos creían que tenía poder. La llamaron «muerte amarilla» por el brillo dorado con el que resplandecía en el campo de batalla. Como he dicho, era gente simple.

Marco se inclinó hacia delante.

—¿Por qué me cuentas eso?

Labieno le mostró una sonrisa desconcertante, pero no le dio una respuesta directa.

—¿Sabías que, antes de convertirse en líder de los ejércitos, Julio César fue candidato a sumo sacerdote de Júpiter?

El centurión hizo un gesto de negación.

—No. Y ninguna de las historias que he oído sobre él refieren tal «hecho».

—Un revés político le despojó de tal destino. Decidió hacerse soldado. Cuando dejó Roma, llevaba esa espada con él. Era una reliquia sagrada del Templo de Júpiter

que cogió cuando se destruyó el templo durante la primera guerra civil. Se decía que era la espada del mismísimo Marte, forjada por Vulcano, y que poseía poder divino. Venus se la legó a Eneas, que, a su vez, la trajo a Roma.

—Y decías que los necios supersticiosos eran los britanos —se burló Marco.

Labieno arqueó una ceja.

—Lo uno no excluye lo otro, amigo mío. No pretendo saber toda la verdad. Es muy posible que la espada posea propiedades sobrenaturales; y de igual forma, puede que no. No sabría decirlo, pero piensa esto: con esa espada, César se forjó un destino mucho más grandioso que el sacerdocio.

—¿Y eso la convierte en mágica? Tu razonamiento tiene un fallo, anciano. Perdió esa espada mucho antes de convertirse en dictador de Roma.

Labieno asintió.

—Ah, sí que es cierto. Pero eso solo es una parte de la historia. Un matiz. Cuando me enteré de la muerte de Nennio, propuse liderar un ataque a la fortaleza britana para recuperar la espada de la tumba del príncipe. César rechazó mi petición. «Solo es una espada», me dijo. «Si intento recuperarla, creerán que es la espada la que los ha conquistado, en lugar del hombre que la empuña». Y, por supuesto, tenía razón. No necesitaba la espada para derrotar a Casivelono, ni para conquistar Roma.

—Te lo vuelvo a preguntar, ¿por qué me cuentas eso?

Labieno le dejó un momento para que lo pensara y luego dijo:

—La espada de Julio César sería un poderoso símbolo para cualquiera que ocupara su lugar, ¿no crees?

En la cara del centurión se reflejó la comprensión absoluta.

—Quien empuñe esa espada… será más que el heredero de César, será el elegido de los dioses.

—Ahora comprendes por qué te he contado otra vez esta vieja historia.

—¿Pero quién es merecedor de tal honor? ¿Octavio? ¿Marco Antonio?

—Como dijo César, solo es una espada. Un símbolo. Importante en sí y por sí, pero tan solo un símbolo. Es más importante la naturaleza del hombre elegido para empuñarla. —Labieno se recostó en la silla y agitó la mano—. Claro que si la espada no está en nuestras manos, toda esta conversación es un poco presuntuosa.

—¿Dónde está?

—Justo donde ha estado estos diez años: en la tumba de Nennio, en Britania.

Marco se levantó de repente, con la expresión tensa y llena de determinación.

—Entonces, allí es donde debemos ir.

Labieno sonrió.

—Allí es donde debemos ir.

2

HERMANOS DE ARMAS

En la actualidad, Londres. 19:55 UTC (Hora universal coordinada).

Ronan Frost identificó fácilmente a los dos hombres entre la multitud que deambulaba por la estrecha acera de la calle mayor de Kensington, mirando los escaparates y fingiendo que eran parte del todo.

No tenían nada en especial que les distinguiera.

Llevaban pantalones vaqueros y anoraks sobre unas camisetas de color rojo intenso del Arsenal. Pelo corto, pero no demasiado; facciones duras, pero no demasiado… Corrientes.

Divisó al primero de la pareja sentado en el banco de plástico de una parada de autobús enfrente del hotel Royal Garden. Estaba leyendo un ejemplar de *The Sun* y alzaba los ojos cada pocos segundos para recorrer la calle con la mirada sin mover la cabeza. El segundo hombre estaba apoyado en la valla de hierro forjado que había cerca de la entrada al parque, a unos cien metros, fumando un cigarrillo y contemplando a la gente ir y venir sin más. Ambos se esforzaban demasiado por pasar inadvertidos y fundirse con el entorno. Frost los etiquetó inmediatamente como vigilantes.

«Aficionados», pensó, pero eso era lo que le preocupaba.

¿Se suponía que debía verlos? ¿Estaban ahí para distraerle y despistarle? ¿Habría otros siguiéndole? ¿Otros que supieran qué buscaría y, por consiguiente, más hábiles en pasar desapercibidos?

«Estoy dándole demasiadas vueltas», decidió. Pero a veces eso era bueno. Pensó en la llamada de teléfono que le había llevado hasta allí.

«Acaban de intentar matarme», le había dicho Tony Denison antes de que Frost pudiera digerir siquiera que un fantasma le hubiese llamado. Se habían mantenido en contacto durante un tiempo después de que seleccionaran a Frost para el SAS, pero sus vidas habían tomado caminos diferentes y eran tíos, así que no se mandaban tarjetas de Navidad ni de cumpleaños. Lo primero que Frost había pensado al escuchar la voz de Denison después de todo este tiempo era: «¿por qué?». Lo segundo: «¿por qué yo?».

La respuesta a esta última pregunta era obvia, al menos en principio.

Denison sabía mejor que nadie que Ronan Frost era la clase de tío que querrías tener cubriéndote las espaldas. Sirvieron juntos en el Primer batallón del Regimiento de paracaidistas: Denison era teniente coronel y comandante de batallón; Frost,

sargento de infantería. Denison le había apodado «Robin», el fiel Robin, porque el viejo Ronan nunca te dejaba tirado. Podría haber sido peor, teniendo todo en cuenta. Pero desviaba la atención de su ascendencia irlandesa entre un grupo de hombres cuya memoria colectiva, y heredada, del Domingo Sangriento era algo distinta de lo que decían los libros de historia. Robin era disciplinado, intachable, imperturbable, sosegado, mortífero; así era él. Por eso sería un soldado cojonudo y por eso acabaría trabajando con *sir* Charles Wyndham como parte de su Equipo Ogmios en las más encubiertas de las operaciones.

Denison no podía saber nada de esa última parte, pero sin duda conocía el resto.

Había oído perfectamente por el auricular bluetooth el «Acaban de intentar matarme» entrecortado.

—Cuelga y llama a la policía.

—No. No puedo confiar en la policía. No sé de quién fiarme.

«Aparte de ti», eso no hacía falta que lo dijera.

Tras Kósovo, después de que Frost dejara el SAS, Denison había ascendido casi sin esfuerzo al rango de general de brigada, pero después de eso su carrera se había estancado. Era un crítico feroz del apoyo que Blair prestaba a la aventura de los Estados Unidos en Iraq. Se le había citado denominándola «la peor clase de colusión con el demonio». Denison se había retirado para irse a trabajar a una especie de grupo de reflexión sobre política. Había escrito un par de libros condenatorios y salía continuamente en Sky News para clavar otro clavo en el ataúd político de Blair, pero, aparte de no callarse ni debajo del agua, no sabía qué otra cosa podía explicar por qué le habían puesto precio a su cabeza.

—Me atacó en el *parking*. Le di el esquinazo… creo.

—¿Dónde estás ahora?

—Hui. A salvo a plena vista.

—¿Dónde estás ahora? —había repetido Frost, articulando cada palabra en un esfuerzo por calmar a Denison y hacer que se centrara.

—En la calle mayor de Kensington, justo enfrente del Royal Garden. Estoy en el Starbucks, sentado al fondo.

«Puto Starbucks». Lo sabía. Era una cafetería enana y cutre con sitio para unas veinte personas. Oscura desde el exterior. Una elección bastante buena.

—No te muevas. Voy de camino. —Frost no perdió el tiempo con más preguntas. Denison había dicho que necesitaba su ayuda y eso era suficiente. Había cogido la funda sobaquera en la que tenía su Browning GP-35 de 9 mm y un par de cargadores de repuesto, se había puesto su cazadora de cuero para la moto y había cruzado la puerta.

Al salir, llamó a Lethe.

Jude Lethe era el hombre tras la cortina; el mago técnico de *sir* Charles. Podría decirse que era el miembro más importante del equipo. Desde luego, era irremplazable. Frost y los demás solo eran el músculo que iba, hacía y mataba lo que

le dijeran, pero Lethe —que navegaba por la red de su ordenador como el director de una orquesta, accedía a los circuitos de videovigilancia y a las imágenes por satélite en tiempo real y *hackeaba* todo lo que hiciera falta, dejando pistas falsas y enmascarando las reales— era el cerebro que guiaba sus mortíferas acciones.

Frost tenía que averiguar por qué querían a Tony Denison muerto.

Lethe era su mejor baza para descubrirlo lo antes posible.

Lo primero que escuchó Frost al aceptar la llamada fue un fuerte ritmo de fondo.

—¿Frosty? —El grito aflautado de Lethe apenas se oía.

—Lethe, apaga la música y escúchame. Necesito que me mires algo.

—Habla más alto, colega —respondió Lethe—, no te escucho con la música. Una canción fantástica, por cierto. Te hace mover el esqueleto.

Frost volvió a repetirlo a gritos.

—Deja que pruebe fuera. No cuelgues.

Frost suspiró.

«¿Fuera?». Frost siempre había pensado que Lethe se pasaba cada minuto del día —y seguro que de la noche también— anclado a su escritorio en la mansión Nonesuch, haciendo su cibermagia para el equipo en las horas de trabajo y, seguramente, pintando sus figuritas de plástico de *Warhammer* en las horas libres. No se le había ocurrido que Lethe pudiera tener una vida fuera del cuartel general de Ogmios.

«Joder».

—Da igual —le había dicho, y colgó.

Mantuvo presionado el acelerador de su Ducati Monster hasta unirse al tráfico de la tarde, pasó por delante del Starbucks sin mirarlo siquiera y se dirigió al cruce con Kensington Court. Giró a la derecha y condujo hasta el bordillo de la acera. Se levantó el visor del casco y echó una rápida ojeada a la calle, asegurándose de estar fuera del campo de visión del hombre apostado en la puerta del parque antes de llamar al móvil de Denison.

—¿Robin?

—Más bien Batman. Estoy aquí. Justo fuera. Voy a entrar a echar un vistazo rápido y a por un café súper caro. No reacciones cuando me veas. —Al ver que no respondía, Frost continuó—. El hombre que te asaltó… ¿lo ves ahí?

—Creo que no. No.

—Bien. Fuera hay dos, al menos. Parece que han mandado un equipo entero a por ti. Necesito que me digas quiénes son.

—Por teléfono no.

—Hostia puta, Tony, ¿en qué clase de lío te has metido? —Antes de que pudiera plantear el problema, un pitido en el oído le indicó que tenía una llamada en espera. Comprobó la pantalla del móvil y reconoció el número: era una de las líneas externas de la mansión Nonesuch—. Tú no te levantes —le dijo a Denison—, lo solucionaremos.

Sin esperar una respuesta, tocó la pantalla para aceptar la llamada.

—¿Lethe?

—No. —La voz levemente reumática de *sir* Charles Wyndham le rechinaba en el oído—. Pero, como actualmente hemos cesado nuestras actividades, el señor Lethe se preocupó mucho, como es comprensible, al recibir una llamada fuera de horas y que luego le colgaran.

No le estaba riñendo, de ninguna manera, pero sentaba mal igualmente. «¿Utilizar los recursos de Ogmios para una misión extraoficial? Debía ser algo serio. Alerta roja. Todos a cubierta. A sus puestos. El cielo se nos cae».

—No hay de qué preocuparse, señor. Un viejo colega necesita un poco de ayuda. Pensé que podría pedirle a nuestro mago que me buscara unas cosillas en Google.

El viejo no se lo tragaba.

—Que tu viejo «colega» ande buscando en particular el tipo de ayuda en el que estás especializado es lo que despierta mi interés. ¿Tiene nombre tu amigo?

Ya no había vuelta atrás. Si resultaba no ser nada… si Tony Denison tan solo estaba intentando evitar a un prestamista o a un marido furioso… pues, estaría vendiendo a su viejo amigo Robin por nada.

«Joder», pensó, «no me voy a morir por eso».

—Tony Denison. Era mi oficial al mando en Kósovo. Cree que alguien intenta matarlo y tenía la esperanza de que Lethe pudiera darme una idea de quién podría ser.

—¿El general de brigada Anthony Denison?

—Prefiero verlo como el hijo de puta más duro para el que he trabajado, exceptuando a los presentes.

El viejo soltó una risita.

—Siempre investigo a la gente que trabaja para mí. El nombre de Denison aparece con mucha frecuencia en tu expediente, cartas de recomendación, como la que entregaste para entrar en el regimiento, y demás documentos. No hace falta decir que si está en peligro, todos los recursos de Nonesuch están a tu disposición. Lethe está de camino. Cuando llegue, le ordenaré que comience a buscar en Google de inmediato.

Frost colgó.

Dobló la esquina de vuelta a la calle mayor de Kensington y avanzó por la acera hacia la fachada que exhibía el logotipo de la estilizada sirena. En otras circunstancias, no le habría llamado en absoluto la atención. Echó un vistazo a la calle. Los dos vigilantes seguían en sus puestos, exactamente en el mismo sitio donde los había visto por última vez. Nadie más llamó su atención.

Dos hombres fuera… ¿otro dentro? Así es como lo habría hecho él. Y si eran lo suficientemente buenos, ese último debería estar mejor camuflado.

Frost entró en la cafetería.

Mientras miraba el menú, captó también lo que había en el resto de la tienda. Más que mirar caras individualmente, buscaba algo que no casara con el resto, como si se

tratara de una especie de puzle en el que había que encontrar lo que no encajaba, pero a escala real. Era imposible saber qué delataría al impostor: la ropa inadecuada, estar sentado solo, un par de personas más interesadas en el entorno que en su conversación… Y no había garantía alguna de que las señales, incluso si se percataba de ellas, identificaran realmente a los vigilantes.

—¿Qué le pongo? —dijo alegremente la chica tras el expositor de los dulces.

Frost interpretaría su papel. Fingió indecisión, se encogió de hombros, miró la diversidad de *muffins, donuts, brownies* y ensaimadas tras el cristal, volvió a mirar la carta de nuevo y se aseguró de echar un ojo a derecha e izquierda antes de pedir un capuchino.

—Un cap… —Se paró a la mitad, algo nada sutil, al ver algo que finalmente captó su atención. A pesar de su entrenamiento y sus años de experiencia, y a pesar de saber que una reacción impulsiva podía tener terribles consecuencias, Frost estuvo a punto de mirar una segunda vez. Reaccionó a tiempo de no ponerse al descubierto, fijó su atención en la chica y terminó de pedir—. Al carajo, ponme un *latte*. Y que sea doble.

La chica asintió sin dejar de sonreír y se puso a preparar el café según el ritual. Frost estaba enfadado consigo mismo.

Si había alguien observando, iba listo. Tendría que estar ciego y sordo para no haberse dado cuenta de su cagada. Ojalá pudiera darle un puñetazo a algo. En ese instante, su rabia se centraba por completo en su antiguo comandante, que le había hecho quedar como un gilipollas. Había reconocido a Tony Denison cuando echó un vistazo a la tienda, y no estaba solo.

Estaba con una mujer.

No es que Denison pasara precisamente desapercibido. Era alto, desgarbado, de cara seria y nariz aguileña; muy atractivo. Y le rodeaba un halo de autoridad. Llevaba un abrigo negro sobre un elegante traje de confección. Tendría al menos diez años más que Frost, pero ni una sola cana.

Sin embargo, a Frost le interesaba más la mujer.

Era mucho más joven que su acompañante: unos veinticinco años a lo sumo. Pómulos eslavos bien marcados. Pelo rubio. No es que fuera precisamente una belleza, pero tenía el erotismo de una prostituta de lujo.

Se le vino a la mente todo lo que eso implicaba.

Lo primero en lo que pensó fue en espionaje. ¿Podría ser una trampa con forma de mujer? Aunque eso era demasiado elaborado para un general de brigada retirado. Luego pensó en algo mucho más normal pero también relacionado con el sexo.

No le sorprendía que no quisiera hablar de ello por teléfono.

Al final de la barra, Frost cogió la larga taza de cartón con su *latte* doble y le dio un sorbo mientras se dirigía a la puerta, aprovechando para arriesgarse a mirar más meticulosamente a los cafeteros nocturnos. Volvió a la vieja costumbre de poner apodos según los rasgos distintivos de cada uno: una peculiaridad en la cara, la

largura del pelo o una prenda. Pero no volvió a mirar a Denison.

Otra vez fuera, fue a la esquina más cercana. El fumador seguía apoyado en la barandilla del Royal Garden. Y su compañero permanecía sentado en la parada de autobús. Frost le dio al botón del paso de peatones y esperó a que saliera el hombrecillo verde. Sacó el móvil del bolsillo y volvió a llamar a Denison.

—¿Quién es la chica?

—Ronan, yo…

Frost percibió la reticencia en su voz y le cortó bruscamente.

—Deja de joder, Tony. No puedo ayudarte si no sé qué está pasando realmente. Te lo voy a volver a preguntar y me vas a decir la verdad o cuelgo y me largo para que te las apañes solo. ¿Es ella la razón de que te estén persiguiendo?

—No es eso. —Volvió a callarse, sopesando qué podía decir y qué no, y entonces pareció comprender lo que le estaba preguntando Frost realmente—. No seas tan mal pensado, tío. No es nada de eso. En serio, no puedo explicártelo a través de una línea no segura. Pero no, puedo asegurarte que el papel que tiene Lili en todo esto es tangencial, como mucho. No estoy metido en líos por su culpa.

«Lili». El nombre le trajo recuerdos borrosos y distantes, enterrados bien profundos, pero no podía conectarlos con nada concreto. Solo era un nombre. No había tiempo para ahondar en el asunto.

—Te diré lo que vas a hacer. Dentro de exactamente sesenta segundos, tú y Lili vais a salir de ahí. Que no parezca que tenéis prisa, pero haced como si tuvierais que iros por algún motivo. Salid por la puerta principal e id al este hacia el primer cruce. Cruzad la calle y dirigíos a la puerta del parque. ¿Entendido?

—Sesenta segundos —repitió Denison.

Frost colgó y cruzó la calle. Luego se dirigió al banco donde estaba el vigilante. Se dejó caer al lado del hombre, exagerando un suspiro de cansancio. Este asintió con empatía y reanudó la vigilancia.

Frost centró su atención en el escaparate al otro lado de la calle y, a diferencia del hombre sentado a su lado, no le cogió desprevenido la salida de la conocida figura de Tony Denison acompañado por la mujer rubia. El vigilante reaccionó en el acto, se puso tenso, como preparándose, antes de ponerse de pie.

—Cuidado —dijo Frost no muy alto, más como una amenaza que como una advertencia.

Y antes de que el hombre pudiera reaccionar, le puso la zancadilla haciéndole caer. Al mismo tiempo, le empujó poniéndole la palma de la mano entre los omóplatos y le tiró de bruces contra el suelo.

El ruido de su cabeza al golpearse con el bordillo fue atronador.

Media docena de testigos jurarían que se había tropezado y que Frost había intentado cogerle. Es curioso cómo actúa la mente; ante una serie de circunstancias inesperadas, la gente busca la explicación más sencilla y aceptable. Por esa razón, las declaraciones de los testigos oculares rara vez correspondían a la perfección con las

evidencias físicas. Un buen samaritano en potencia se dirigió hacia ellos para prestar su ayuda.

A Frost aún le quedaba algo por hacer.

—Oye, ¿estás bien? —preguntó melodramáticamente mientras se agachaba y le ponía la mano en el cuello. Sintió la palpitación del pulso carotideo en la punta de los dedos al apretar. Con treinta segundos bastaría.

Con la otra mano, encontró la pistola que tenía en el cinturón, justo encima de los riñones. Eso era prueba suficiente de que iba en serio. Le bajó el abrigo para asegurarse de que nadie más viera la pistola y luego miró a la multitud que se había situado a su alrededor.

—¿Habéis visto eso? ¿Se ha caído sin más?

—Un borracho —dijo con desdeño un presumido de tez cetrina perteneciente a la Brigada de esnobs amantes del campo.

Frost asintió con complicidad y se puso de pie.

—Seguramente. ¿Podría quedarse con él? Voy a buscar ayuda.

Y, sin más, estaba de nuevo en marcha, caminando rápida y resueltamente hacia la entrada del parque donde se encontraba el segundo vigilante. Denison y la mujer tan solo estaban a unos pasos por delante de él, al otro lado de la calle.

Frost aminoró el paso y recorrió la calle, mirando en ambas direcciones. Aparte del hombre que fingía fumar un cigarrillo con filtro con total indiferencia junto a la cabina de teléfono que había al lado de la puerta del parque, no había más indicios de refuerzos. Eso podía ser una señal muy buena o, más posiblemente, una muy mala. La paranoia era una forma de pensar mucho más segura que el optimismo ciego, así que siempre suponía lo peor aunque no hubiera indicios que sugirieran que se tratara de profesionales. Aun así, hasta que supiera con exactitud en qué andaba metido Denison, sería don Peor Escenario.

El vigilante vio a Denison y a Lili cruzar la calle hacia donde él se encontraba.

Por un momento, se le notó un atisbo de haberlos reconocido e intentó enmascarar sin éxito su cara de sorpresa para pasar desapercibido mientras se preparaba para ponerse en acción. Era penoso, casi ridículo.

El vigilante se quedó inmóvil cuando la pareja pasó a su lado, pero en cuanto entraron en el parque, se puso en movimiento. Frost le siguió acompasando el paso de manera que estuviera tan solo a unos metros de él. Era innecesario ser tan precavido. El vigilante se había puesto en modo de persecución y tenía a su presa en el punto de mira. Cuando un soto la ocultó, aceleró el paso. Frost vio que el hombre introducía la mano en el bolsillo en busca de su pistola.

Antes de que pudiera estar del todo seguro, Frost pasó a la acción.

Corrió con la Browning desenfundada, pero llevándola siempre con discreción. El vigilante, que mantenía la mirada al frente, no los perdió de vista ni por un momento. Ni siquiera cuando Frost le golpeó con la culata de la Browning en la parte de atrás del cráneo y lo dejó fuera de combate.

Frost le cogió por debajo de los brazos y le apartó del camino.

—Tony —dijo con voz áspera.

A veinte metros por delante, en el camino, Denison se volvió; la inquietud era evidente en los movimientos de cada músculo de su cuerpo. Frost vio cómo suspiraba aliviado al distinguir la forma inmóvil del vigilante. Cogió a Lili de la mano y se apresuró a reunirse con Frost, que le esperaba.

—Dijiste que había dos, ¿no?

Frost asintió.

—Ya no hay ninguno. Te llevaré a un lugar seguro. Estoy deseando saber qué coño está pasando.

Denison asintió, pero Lili se metió en la conversación de improviso.

—No hay tiempo para la seguridad. —Como Frost había supuesto, tenía un fuerte acento eslavo—. Debemos llegar a Saint Albans hoy.

—¿Saint Albans? —Frost no apartó la mirada de Denison—. ¿Planeabais unas vacacioncillas?

—No.

—Entonces, ¿qué se os ha perdido allí?

—Las respuestas a todo.

Antes de que Frost pudiera encarar la enigmática respuesta que Denison le había dado deliberadamente, algo golpeó el suelo donde se encontraban, hundiéndose con la dureza de un martillazo. Se levantó una nube de tierra y grava.

No se había oído ningún disparo, lo que significaba que el arma estaba silenciada, y Frost no necesitaba escuchar nada para reconocer el impacto de una bala.

Otra bala destrozó el follaje.

Frost estaba familiarizado con la violencia. Había crecido sabiendo siempre lo rápido que puede extinguirse una vida. Había empezado a apreciar la subida de adrenalina que acompañaba las explosiones y el fuego enemigo; y había aprendido a compartimentar sus reacciones. El miedo no le paralizaba ni había un solo instante de incomprensión infundada al saber que alguien intentaba matarle. Gracias a su experiencia militar, había perfeccionado la habilidad para aprovecharse de sus reacciones físicas y, como muchos soldados, tenía una visión casi fatalista de la lucha; así que si una de aquellas balas iba a acabar con su vida, que así fuera. Los soldados morían. Eso era lo que hacían.

Sin embargo, la autopreservación primaba.

Reaccionó instintivamente, cogió a Denison con una mano y a Lili con la otra y los arrastró hacia los árboles. Aunque tampoco es que el follaje fuera a ofrecerles mucha cobertura. Tan pronto como estuvieron a cubierto, Frost observó el camino que había tras ellos y divisó a alguien agachado detrás de otro árbol, a unos veinte metros, más lejos del brillo delator de las farolas.

Entonces, un destello entre las sombras captó su atención dentro de su rango de visión periférica: una segunda figura se movía al otro lado del camino.

Maldiciendo entre dientes, Frost se acercó a la pareja.

—Cuando empiece a disparar, corred.

—¿A dónde?

—A cualquier puto sitio. Da lo mismo, pero que sea lejos de las puñeteras balas.

Denison asintió con brusquedad y Frost pudo vislumbrar un atisbo del viejo veterano en la expresión de su cara. Le iba a hacer falta si pretendían salir todos del parque esa noche.

Uno de los asaltantes movió ficha.

Frost estaba preparado.

Su Browning GP-35 tronó, rompiendo la relativa calma de la tarde. No sonaba para nada como un coche petardeando en la calle mayor de Kensington, pero eso sería lo que los testigos recordarían… Las dos balas colisionaron contra un árbol al lado del asesino.

Frost se agachó, echándose hacia atrás, sin dejar de mantener el tronco del árbol entre él y los tiradores.

Denison y Lili corrían a toda velocidad por el césped, dejando atrás el camino para sumirse en la profunda oscuridad del parque.

Sin levantarse, se apartó del árbol y esperó.

Unos segundos después, escuchó los crujidos de unos pasos.

Los atacantes seguían tácticas de infantería habituales: un hombre cubría a otro mientras avanzaban por turnos. Perfecto para enfrentarse a un enemigo que permanecía quieto en una posición determinada. Desde el momento en que pusieron un pie en el parque, el objetivo primordial de Frost había sido mantener a Denison y a Lili con vida. Si podía entretener a los asaltantes unos segundos más, estarían fuera de su alcance.

«A no ser que haya más», pensó don Peor Escenario por él.

En su lugar, Frost habría querido que el equipo de asalto fuera lo más simple posible. Era lógico suponer que trabajarían del mismo modo. Siempre hay que imaginarse que el enemigo es mejor que tú. Era una forma excelente de seguir vivo. La intención del primer disparo era que pareciera un delito cualquiera. Todo este ataque sin cuartel olía a desesperado.

Eso le serviría.

Frost salió de su escondite y dio dos disparos seguidos en dirección a la pareja. No pretendía darles. Un tiroteo en Kensington Park Garden era lo último que quería. Y si el equipo de asalto tenía dos dedos de frente, ya estaría escabulléndose entre las sombras para desaparecer antes de que apareciera la policía. Esto no era Faluya. Los disparos no pasaban desapercibidos.

Sin esperar a ver su siguiente movimiento, Frost dio media vuelta y salió corriendo con la cabeza gacha lo más rápido que pudo, perpendicularmente al camino y en dirección al lateral del parque. Mientras rodeaba la valla de hierro forjado que bloqueaba el acceso al Palacio de Kensington, se guardó la Browning y cogió el

teléfono para llamar a Denison.

Oyó a su amigo respirar con dificultad.

—¿Ronan?

—¿Dónde estás?

—En la salida de la puerta del palacio. Hay más gente aquí. Creo que han oído los disparos.

—Eso pretendía. Creo que he conseguido algo de tiempo, pero no podéis quedaros parados. Hay una estación de metro a unas calles al sur de aquí. Id a Heathrow.

—¿Al aeropuerto? —Frost oyó a Lili resoplar en señal de protesta—. No podemos dejar el país, Ronan —continuó Denison.

—No lo haréis, pero es el modo más rápido de salir de aquí. Son cuarenta minutos en la línea de Piccadilly. Allí encontraréis un mostrador de alquiler de coches. Lo prepararé todo y os esperaré en el mostrador de Hertz. Estaremos en Saint Albans en un par de horas.

—Mi coche está en el Royal Garden, a tan solo una calle de aquí.

—Tienes que empezar a pensar, Tony. —Frost no tenía ni tiempo ni ganas de consentirle nada a su amigo—. Te atacaron en el *parking*. Saben cuál es tu coche. E incluso si piensan que eres demasiado listo para volver a por él, te habrán dejado un regalo. ¿Quieres formar parte de las estadísticas de coches bomba? Tú mismo. Pero me pediste ayuda, así que ¿por qué no haces lo que te digo? Coge el metro.

Primero hubo una pausa. Luego Tony, a regañadientes, respondió:

—Tienes razón. Te veremos allí.

Frost se guardó el teléfono en el bolsillo y echó un vistazo a su alrededor antes de dirigirse a la puerta del palacio. Denison haría lo que le había dicho, así que cuando él llegara, ya haría tiempo que se habría ido.

Y pasaría una hora antes de que volvieran a encontrarse. Eso le daba a Ronan Frost una hora para averiguar quién intentaba matar a Tony Denison y por qué Saint Albans era tan importante. Volvió a la Monster.

3

INVITADO NO DESEADO

20:10 UTC.

—Es usted, ¿no? El viejo le plantó a la mujer un papel en las narices.

Ella miró el trozo de papel con la cara torcida por el esmero que ponía en intentar descifrar los garabatos. Había sido amable al hablarle por primera vez a través del portero automático, e incluso se había atrevido a salir de su apartamento para explicarle el error cara a cara, pero ahora la imperturbabilidad de su cara estaba llegando a su límite.

—No —dijo tajantemente al fin. Condescendiente. No le gustaba el hombre que tenía delante—. Es arriba. Se lo he dicho. No he pedido nada para llevar. Se ha equivocado de apartamento.

El viejo recuperó el papel y lo miró con detenimiento.

—Lo he intentado, pero no responde nadie. Así que supongo que «Misha no apunta bien los números». Así que llamé aquí. ¿Está segura de que no ha pedido nada? Es *pelmeni*. Está muy bueno. Se lo digo yo.

La mujer sacudió la cabeza y apartó el papel.

—Gracias —dijo con sequedad—. Seguro que es maravilloso. Pero no, tendrá que volver a probar arriba. Lo siento mucho, pero no puedo ayudarle.

—No contestan —repitió el viejo—. Supongo que Misha apunta mal las direcciones.

—Lo siento. Tendrá que hablar con Misha.

La mujer se dio la vuelta y desapareció en el edificio, evitando el contacto visual mientras se apresuraba hacia su apartamento en el primer piso.

Cuando se cerró la puerta interior, el viejo cambió la cara de decepción por una sonrisa de satisfacción. Le dio una patadita suave a la puerta antes de que se cerrara tras la mujer y entró en el edificio.

Fue de inmediato a la escalera y subió los escalones con sigilo. Llevaba la bolsa blanca de plástico llena de envases de comida como si transportara las joyas de la corona. Sin embargo, tan pronto como llegó al rellano del segundo piso, depositó la bolsa en el conducto de la basura y se irguió, con lo que ganó quince centímetros de altura y se quitó unos diez años de encima.

Konstantin Khavin se movía con la determinación propia de quien ostenta el derecho de estar allí.

Se acercó a una de las puertas y puso la mano en el picaporte.

Examinó la cerradura situada en la placa justo encima: una sencilla Yale para residencias. Una vez rebasadas las exclusivas y sofisticadas cerraduras electrónicas que protegían la entrada principal, la protección de los apartamentos era ridícula. Para eso servía la seguridad; para proporcionar una sensación falsa de protección.

Se sacó una fina cartera de piel de uno de los bolsillos y la abrió, dejando al descubierto una serie de herramientas para abrir cerraduras, pistola de ganzúas incluida.

Consideró utilizarla, pero se decantó por algo más sencillo.

Escogió una llave virgen limada que coincidía con el cerrojo de la puerta y la introdujo con suavidad hasta el fondo. Aunque la cerradura no giró, continuó haciendo presión en la cabeza de la llave mientras golpeaba hábilmente la placa del cerrojo. Una, dos y tres veces. Los residentes de los apartamentos adyacentes creerían que tan solo era alguien llamando a la puerta, pero en realidad, la vibración que producía al golpear la puerta con los puños hizo saltar las clavijas que había dentro del mecanismo. Al tercer golpe, la llave giró y se abrió la cerradura.

Konstantin sacó la llave virgen y giró el picaporte. El paso a la residencia del general de brigada Tony Denison en Knightsbridge quedó despejado.

Había conseguido bastante en los veinte minutos después de colgar a Lethe.

La llamada había durado el mismo tiempo, o eso le había parecido a Konstantin. La verborrea hiperactiva e irónica que se suelta sin pensar hasta el punto de que entran ganas de pegarse un tiro no podía, en el fondo, tildarse de directa. El hombre no sabría darle sentido a una conversación ni queriendo. Pero lo relevante era que el antiguo comandante de Frost se había convertido en el objetivo de ciertas personas desconocidas por el momento. Nada más de lo que Lethe tuviera que decir importaba.

Al igual que Frost, Khavin era uno de los soldados Ogmios de *sir* Charles Wyndham, pero ahí acababan las similitudes. Khavin era el espectro de una era que para los demás tan solo era un mero párrafo en los libros de historia. Un típico partidario de la guerra fría que había desertado a occidente en el 88. Las razones que le llevaron a hacerlo eran muy personales y, en un mundo definido por las fuerzas opositoras del otro extremo de la avaricia y la ideología, su repentino cambio de alianza se vio con una gran desconfianza por los miembros del servicio de inteligencia de su nueva patria. Dado que no era un miembro de alto rango de ningún directorio de la KGB, sino un operador de campo —alguien habituado a hacer el trabajo duro y sucio—, su deserción no tuvo éxito. Podría haber servido mejor a la causa quedándose en el Este, actuando como agente doble mangoneado en su tablero de ajedrez. Solo *sir* Charles había reconocido su valía y, a un alto precio personal; le había dado su nueva vida en occidente, lo que era más importante, un propósito para continuar.

A pesar de su conducta típicamente rusa, brusca y sardónica, Konstantin era un hombre extraordinariamente leal y honorable. *Sir* Charles se había ganado su lealtad de un modo que pocos podrían comprender jamás. El gran ruso respetaba a Frost por

querer ayudar a Denison. Decía mucho de aquel hombre, y en un lenguaje que él entendía.

Frost estaba destinado a los servicios de escolta, pero la cuestión de *por qué* Denison se había convertido en objetivo era cosa de Konstantin. Y era mejor empezar a buscar respuestas con el hombre en concreto.

Konstantin permaneció en el oscuro interior del apartamento de Denison, dándose un momento para que los ojos se adaptaran a la luz. Había visto parte del salón, decorado con buen gusto aunque con un toque masculino: un montón de negro y cromado que decía poco de él más allá de que, obviamente, vivía solo. Oyó el distintivo tic-tac de un reloj, detectó un aroma a… ¿canela? Y luego se percató de algo más. No es que fuera muy sutil, pero le costó un poco identificar el olor a colonia barata que no era lo suficientemente fuerte para enmascarar el olor corporal a almizcle y el dulce y ligero olor químico de un arma engrasada y lista para disparar.

Si el transgresor del que procedían se hubiera ido, esos olores no habrían permanecido mucho tiempo, así que no estaba solo.

Konstantin se puso tenso y extremadamente alerta a las habitaciones que tenía alrededor.

Su llegada no había pasado desapercibida.

Sabían que estaba allí.

La luz de una linterna atravesó la habitación, resaltando los ángulos puntiagudos de los muebles antes de apuntar a donde estaba.

La adrenalina le recorrió todo el cuerpo, distorsionando su percepción del tiempo de tal manera que se sintió helado, entumecido y paralizado, todo al mismo tiempo. Pero lo cierto es que no vaciló ni un segundo. Se abalanzó hacia delante, cayó al suelo sobre el hombro y salió rodando. Se volvió a incorporar cerca de la fuente de luz, aunque tuvo la sensación de haber tardado una eternidad en realizar el movimiento.

Oyó el inconfundible sonido de un disparo silenciado, seguido de inmediato por el de una *Parabellum* de 9 mm que perforaba la puerta. Le habría agujereado la cabeza si no se hubiera tirado al suelo. El haz de luz recorrió el oscuro apartamento, persiguiéndole, pero Konstantin no dejó de moverse. Ni por un segundo. Se levantó y se lanzó sobre la sombra de la que provenía el tiro. El olor a sulfuro de la pólvora quemada le provocó picores en la nariz. Era apropiado que la habitación oliera a infierno, porque era justo a donde iría ese presunto asesino.

Konstantin se abalanzó sobre el tirador y le derribó de un golpe limpio.

Oyó cómo el hombre profería un gruñido sordo al darle un golpe seco en la espalda. Cayó con todo su peso contra el suelo pulido de madera noble, pero antes de que Konstantin pudiera aprovechar la ventaja y acabar con él, la cabeza le estalló de dolor. Recibió un golpe en la frente, así que levantó el brazo izquierdo para protegerse del siguiente, con lo que apenas logró desviar la pistola del segundo agresor. La fuerza del impacto le hizo añicos todo el brazo, pero mejor eso que el

cráneo.

Era a vida o muerte: la apuesta favorita de los rusos.

Se entregó a la violencia, y al ver que presentía todos los movimientos y golpes una fracción de segundo antes de que pudieran siquiera tocarle, supo que podría anticiparse, actuar y reaccionar con una brutalidad apabullante. Paró un puñetazo desesperado con el brazo izquierdo, lo desvió y, como represalia, golpeó a su oponente con el codo en plena cara. Se oyó crujir el hueso y el cartílago de la nariz del segundo hombre al romperse; una esquirla del pómulo se le clavó en el cerebro. No le quedaron fuerzas para pelear después de eso.

Sacó su Glock de la funda que tenía detrás del brazo izquierdo y la cargó. Una bala en la recámara. Situó el arma a la altura del hombre que estaba en el suelo y le preguntó:

—¿Para quién trabajas?

El hombre le miró. Estaba apoyado sobre un hombro. Su compañero yacía muerto en el suelo. Sabía cómo acabaría esa situación.

Konstantin esperó.

El hombre no dijo nada.

—No vas a decírmelo, ¿no?

Nada.

Konstantin apretó el gatillo. El hombre intentó apartarse, pero solo consiguió modificar el punto de impacto unos tres centímetros; la bala le atravesó la garganta.

Vaya estropicio.

Y vaya escándalo.

Konstantin se quedó quieto como una estatua. Lo único que se escuchaba en el apartamento de Denison era el áspero carraspeo de su aliento mientras intentaba regularlo.

Conque habían enviado a dos hombres a por Denison… eso ponía las cosas un poco más interesantes. Un intento de ataque relámpago, hombres armados en el parque y asesinos en su apartamento. Quienesquiera que fueran tras él, tenían los recursos y el personal, que se multiplicaban en cada encargo. Eso significaba algo.

Había matado a los dos hombres —al asesino y al de refuerzo—, pero eso no quería decir que no hubiera un tercer hombre en el equipo; darse cuenta de ello le sacó del aletargamiento. Recogió la linterna y localizó las pistolas que habían caído. Ambas eran semiautomáticas SIG Sauer P226 Tactical de 9 mm y ambas tenían silenciador.

Colocó la linterna junto al cañón de su Glock y escudriñó toda la habitación.

Nada.

Pero no estaba por la labor de relajarse. No actuaba así. Volvió a inspeccionar a los asaltantes. Ambos estaban muertos. Con tan solo una búsqueda superficial, pudo descubrir un cuchillo enfundado en la muñeca y un cargador de repuesto para la SIG, además de un llavero, pero no tenían carteras ni identificación alguna. En el bolsillo

interior de la chaqueta del primer tirador, Khavin encontró un sobre algo arrugado y manchado de sangre por la herida del cuello. El papel era rígido y de muy buena calidad. El nombre de Denison estaba escrito en la parte frontal a mano, pero con la precisión de una máquina. La solapa rectangular estaba abierta, pero aún quedaban restos del lacre rojo con el que la habían sellado. Los restos del lacre estaban grabados con un símbolo que le resultaba familiar.

Se metió el sobre en el bolsillo y centró su atención en el segundo hombre.

Khavin cogió el teléfono e iluminó lo que quedaba de su cara con la linterna para capturar su insulso retrato en formato digital. La nariz destrozada no le facilitaría la tarea al programa de reconocimiento facial, pero Lethe era bueno. Encontraría el modo de hacerlo funcionar. Le hizo una foto al otro hombre, intentando captar la menor cantidad de sangre posible. Luego se puso el auricular en la oreja izquierda y lo presionó dos veces para conectar con Lethe en Nonesuch.

—Estoy dentro —dijo, sin dejar hablar a Lethe—. Les agüé la fiesta.

—Espero que no te hayas manchado el traje de sangre.

—Te estoy enviando un par de fotos. Los he dejado bastante irreconocibles, pero con suerte podrás hacer tu magia. Te llamaré cuando tenga algo más. —Puso fin a la llamada antes de que Lethe pudiera responder y luego envió las imágenes a Nonesuch.

Recorrió todas las habitaciones una por una, con la única ayuda de la linterna. Estaba solo. Hizo un mapa mental del apartamento y luego se dirigió al estudio de Denison.

El estudio apenas estaba decorado, era un lugar de trabajo que incluía un ordenador en el escritorio y varias estanterías en las paredes. Esperaba encontrar una fortuna familiar, libros encuadernados en cuero, librerías antiguas y un escritorio de cuero, pero esta habitación tenía un estilo equivalente al de los elegantes negros y cromados del resto del apartamento. Konstantin apuntó el título de los libros que había sobre la mesa: estrategias y tácticas militares y temas de actualidad. Las estanterías de cristal encima del escritorio contenían algunos *thrillers*, y un gran número de ejemplares de los libros publicados de Denison. ¿Acaso significaba eso que para Denison eran la misma basura que los *thrillers*? ¿O es que leía demasiado en la habitación?

Konstantin se sentó frente al escritorio y encendió el ordenador. No le gustaba nada que todo el mundo se volviera tan dependiente de esas máquinas; principalmente porque a él no le hacían ninguna gracia. Como era de esperar, estaba protegido con una contraseña.

Volvió a llamar a Lethe.

—Santo cielo, Koni —dijo el joven—, acabo de cargar las fotos en el programa de reconocimiento facial. Soy bueno, pero no tanto. Incluso yo necesito unos treinta segundos.

—Necesito que entres en el ordenador de Denison. Está protegido por contraseña.

—Ah, ¿por qué no lo has dicho desde el principio? Vale. Enchufa tu teléfono al puerto USB, como te enseñé, y yo me ocupo del resto.

—Ya lo he hecho. —Puso el teléfono en modo altavoz y lo dejó en el escritorio.

La llegada de los ordenadores personales había cambiado por completo el mundo del espionaje. En lugar de entrar sigilosamente en la casa del objetivo, forzar la cerradura de su archivador, fotografiarlo todo con una cámara oculta en un paquete de cigarrillos y tener la esperanza de sobrevivir lo suficiente para revelar el carrete o de pasar secretos de estado en micropuntos, ahora todo funcionaba sin cables. Ni siquiera era necesario *crackear* la contraseña; Lethe podía clonar el disco duro y saltarse los protocolos de seguridad cuando le viniera en gana desde su casa en Nonesuch, sin ensuciarse las manos.

Pero Konstantin era de la vieja escuela; valoraba la forma de proceder de antes. Mientras Lethe se encargaba de lo suyo en un segundo plano, sacó el sobre que le había quitado al muerto. No cabía duda de que pertenecía a Denison y, dado que el asesino se lo había guardado, era igual de obvio que su contenido estaba conectado con el intento de asesinarle. ¿El motivo? ¿Un cabo suelto? Abrió el sobre y sacó un trozo de papel nuevo y doblado en tercios.

—Vaya, eso es un poco… inesperado —dijo Jude Lethe de pronto. Y resopló con fuerza—. Vale. Tengo algo sobre los invitados a tu fiesta.

—Dime. —La respuesta del ruso fue automática. No le estaba prestando atención. Tenía los ojos puestos en el documento que sostenía entre las manos.

—El nota trabaja para Universal Exports.

—¿Y eso debería decirme algo?

Lethe chasqueó la lengua.

—Hablo metafóricamente, Koni. Pensé que la KGB te habría enseñado cultura popular del Reino Unido. Universal Exports se lo inventó Ian Fleming. Sabes quién es, ¿no?

—James Bond.

—Exacto. La tapadera de Bond tanto en los libros como en las películas era trabajar como representante de Universal Exports.

Le llevó un momento asimilar las implicaciones.

Una tapadera.

Universal Exports era una invención.

¿Estos tipos trabajaban para una organización inventada?

No. Había hecho mal las conexiones.

—El tío sin cara es Jim Benning. Trabaja para el Royal & General Bank.

—¿Y eso es una tapadera?

—Lo más seguro. Pero no es solo una vieja tapadera. El banco se usa normalmente para hacer de tapadera de los espías del MI6.

Al ver que Khavin no respondía, Lethe continuó en un tono más apremiante.

—Tengo que contarle esto a *sir* Charles, pero… creo que puede ser Vauxhall

quien persigue a Denison.

Khavin volvió a leer el breve mensaje escrito a mano en el papel:

«Tony, no puedo expresarte lo agradecido que te estoy. La búsqueda que has hecho de la espada es verdaderamente una hazaña propia de un héroe… Me atrevería a decir que es la hazaña de un caballero. No olvidaré lo mucho que has trabajado».

Volvió a sentir el entumecimiento. Dos cadáveres. Los dos, casi sin lugar a dudas, espías. Estaba en apuros. Tenía que salir de allí. Tenía que alejarse tanto como pudiera del apartamento de Denison lo más rápido posible, y también tenía que avisar a Frost.

Cogió el teléfono y se lo puso en la oreja, aunque seguía en modo de manos libres.

—He encontrado una pista. Voy a seguirla. Corto la comunicación.

—No, Koni. —La voz de Lethe sonaba a concierto de *rock* a todo volumen—. Nada de pistas ni de operaciones en solitario. No hagas nada hasta que el viejo hable conmigo.

—Seguimos en contacto —dijo Khavin, y colgó.

Miró el papel una vez más antes de metérselo en el bolsillo. No era el mensaje lo que hacía que le invadieran el pavor y la incredulidad, sino el peculiar blasón que figuraba a todo color en la parte superior del papel —la corona y el castillo de la casa de Windsor— y la extraña firma de abajo, aún bastante legible.

El MI6 se había fijado como objetivo exterminar a un súbdito británico, y Konstantin se hacía una buena idea de por qué, aunque para probarlo tendría que ir a lugares y hacer cosas que probablemente *sir* Charles desaprobaría.

Así que estaba solo.

4

MANDO Y CONTROL

Mansión Nonesuch, Ashmoor. 20:20 UTC.

—Gracias, Maxwell. —*Sir* Charles puso las manos con los dedos entrecruzados sobre el regazo y miró la limusina que se acercaba por el camino de grava. Las ventanas estaban tintadas de negro—. Ten la amabilidad de esperar dentro.

Era una orden, no una petición, por muy educadamente que lo expresara.

El mayordomo mostró un signo de desaprobación, pero soltó las empuñaduras de la silla de ruedas y se dio la vuelta para regresar a la formidable casa-castillo que era tanto la residencia principal de *sir* Charles Wyndham como el cuartel general de Ogmios.

Ogmios.

El viejo había llamado así al equipo en honor a una deidad celta: el dios de la elocuencia y la persuasión, al que curiosamente se solía representar como equivalente galo del semidiós griego Heracles. Hércules. La comparación no era accidental; los celtas no se equivocaron al reconocer la fuerza como la forma más eficaz de persuasión. Pero Ogmios era mucho más que fuerza bruta. Se describía a Ogmios como un dios con cadenas que le atravesaban su sonriente boca y la lengua y llegaban hasta las orejas de sus seguidores. A *sir* Charles siempre le había parecido una idea intrigante; ¿acaso era la persuasión, en el fondo, otra forma de mortificación personal?

Y, cómo no, se suponía que Ogmios se enfrentaría al heraldo, Mabus, y al anticristo en el día del juicio final.

Era apropiado, por no decir original.

El equipo, por supuesto, era tan sencillo como el dios.

Fuerza de persuasión en forma de cuatro agentes mortíferos —Ronan Frost, Konstantin Khavin, Orla Nyrén y Noah Larkin— liderada por años de experiencia práctica tanto en el campo de batalla, antes del atentado de Docklands, como en el ámbito diplomático y financiada por el dinero más negro que pueda imaginarse. Tenía un único propósito: defender la soberanía del reino. Tampoco es que fuera una idea única y original, pero Ogmios se diferenciaba de otros servicios por su maniobrabilidad. Libre de trabas burocráticas, su equipo podía reaccionar casi de inmediato ante cualquier amenaza. La otra cara de esa libertad era la negación absoluta. Si algo iba mal, no podían exigir la protección que se le proporcionaba a los servicios oficiales; automáticamente se desmentía todo y la caballería no aparecería.

No habría rescate alguno.

Ahí fuera, se encontraban solos, lo que convenía bastante a *sir* Charles.

Liberado del infierno de los trámites burocráticos y de la lamida de culos de turno a la administración pública, la posición de Ogmios le permitía hacer algo bueno en el mundo de verdad. Desgraciadamente, que su equipo se encontrara en la oscuridad más absoluta y se desmintiera todo sobre él no significaba que tuviera total libertad. Como su homónimo, el equipo estaba encadenado, y el hombre que sostenía el otro extremo de la cadena estaba sentado en la limusina negra que se detenía frente a él.

Quentin Carruthers.

Antaño espía jefe de Vauxhall Cross y ahora superintendente de Ogmios.

El equipo solo tenía una idea vaga de esta conexión con Vauxhall. Tanto *sir* Charles como Carruthers pretendían que siguiera siendo así. Rara vez se reunían cara a cara y normalmente lo hacían de una forma clandestina calcada del manual de estrategia de la Guerra Fría. Que el superintendente viniera a Nonesuch era inaudito.

Sir Charles tuvo en cuenta lo que Lethe acababa de decirle: Konstantin había matado a dos agentes del MI6 que aguardaban en el apartamento de Denison después de que ellos le dispararan. Si el SIS estaba detrás de los intentos de asesinato de Denison… mejor no pensar en las repercusiones. Aunque había una consecuencia inevitable. Frost no tenía ni idea de a lo que se enfrentaba.

Sir Charles estuvo a unos segundos de llamar al irlandés, pero le llegó un mensaje del superintendente: «Tenemos que hablar».

Los neumáticos de la limusina aplastaron la grava al pararse en el pórtico principal. El conductor salió del coche y dio la vuelta para abrir la puerta de atrás. Por un momento, el hombre se quedó mirando a *sir* Charles como si no entendiera nada, luego pareció comprender el por qué de la silla de ruedas y, tras reponerse con soltura, le ofreció la mano para ayudarle a subir al oscuro vehículo.

El anciano dejó que le levantara de la silla. Sus piernas eran inertes, así que dependía por completo del conductor para sentarse. El hombre se disculpó por su torpeza al trasladarlo al asiento trasero.

El superintendente permaneció en silencio, envuelto en sombras, hasta que se cerró la puerta.

El conductor permaneció allí de pie, de espaldas al coche.

—Te has superado con creces esta vez, muchacho. Incluso se podría decir que has metido la mano hasta el fondo de la colmena. Desafortunadamente, aquí no hay miel, Charles.

Sir Charles contempló al hombre. Afeminado. Pálido. Vestido como un noble encopetado de la época victoriana. Era el hombre más peligroso que había conocido.

—Ve al grano, Quentin. No nos hacemos precisamente jóvenes.

Quentin Carruthers suspiró. Su voz aflautada sonaba como el aire al escapar de un globo.

—Anoche hubo un incidente desafortunado en Kensington Gardens. Creo que

estás al tanto de ello. Tiros, pánico generalizado… esa clase de cosas. Por supuesto, en el informe oficial constará que se trata de algún tipo de oleada criminal. Algo relacionado con bandas para no preocupar a nadie en demasía.

—Te conozco lo suficientemente bien para saber que no has venido a hablar de trivialidades, así que voy a acelerar un poco las cosas. Ronan Frost estuvo allí. Tomó todas las medidas necesarias para contener la situación. Conoces a Frost, no va por libre. Si hubiera existido otro modo, habría actuado de otra forma.

—De hecho…

—Estaba allí para proteger a Anthony Denison de un comando de asesinos. Era una petición personal, sirvieron juntos en Kosovo. Pero tú ya sabías todo esto, ¿verdad? Esas son mis cartas, puestas sobre la mesa. Ahora dime por qué te ha jodido el desayuno que Frost intente salvarle la vida a un héroe de guerra. ¿O prefieres que lo interprete a mi manera? Seguro que es eso. Verás, que estés aquí me dice que el MI6 no tiene mucho interés en mantener a Denison con vida. Incluso se podría pensar que quizá sean ellos los que intentan matarle. Así que, ¿por qué no cortas el rollo y me dices cómo es que Anthony Denison es ahora enemigo de la corona, abuelete?

Carruthers golpeteó la rodilla con los dedos de la mano derecha un momento, como si estuviera pensando qué estaba dispuesto a decir y qué no. Se inclinó hacia delante.

—¿Has oído hablar alguna vez de los Cuatro Evangelistas?

Sir Charles suspiró, cansado.

—Ahorrémonos el toma y daca. Explícamelo y punto.

Por primera vez, una pizca de humor brotó en el rostro adusto de Carruthers.

—Siempre pensé que te gustaba más el drama, amigo mío. Complace a una vieja reina aunque sea un poco: ¿los Cuatro Evangelistas?

—Algo de la Biblia, del Apocalipsis, si no me equivoco.

—Cuerpos humanos, cabezas de animales, mensajeros de Dios… La típica mierda profética. También se les conoce como los «cuatro seres vivientes». —Se detuvo un momento—. ¿Nada más?

Sir Charles se encogió de hombros.

—No se me ocurre nada.

—Hmmm. Bueno, no sé si sentirme aliviado o decepcionado. Parece que es un secreto que el MI6 ha conseguido guardar. Los Cuatro Evangelistas son una sociedad secreta. A ver, no pongas los ojos en blanco. Ese tipo de cosas existen de verdad, más allá de lo que puedan imaginar los teóricos conspiratorios. No son los sospechosos habituales, ni los masones o… —Esta vez fue Carruthers quien puso los ojos en blanco— los Illuminati. Son un grupo interesante que utiliza el Apocalipsis como plan de acción para… bueno, nadie está del todo seguro de para qué. Al menos no de los detalles. Su cometido es alterar el *statu quo* y esa clase de cosas.

—¿Y se supone que tengo que creerme que Denison es miembro de ese grupo?

—Eso es lo que cree el MI6. No vamos por ahí asesinándonos entre nosotros,

Charles. Deberías saberlo. El MI6 piensa que, sea lo que sea lo que hayan planeado los Cuatro Evangelistas, ocurrirá pronto.

—Me estás mintiendo, Quentin.

—Lo juro.

—Konstantin ha matado a dos de los hombres del MI6 en el apartamento de Denison hace unos treinta minutos.

El superintendente se llevó la mano a la cara y, cuando la apartó, daba la impresión de que se había llevado con ella la última capa de tranquilidad que le quedaba.

—Vale, vale. Sí. Contratamos a unos asesinos para acabar con Denison. Un completo desastre, y tus hombres tienen bastante culpa de ello. Frost y ahora Khavin. No se trata de un juego, Charles. No puedo detener al MI6. Han matado al menos a tres de los hombres de su majestad. Te das cuenta de lo que significa, ¿no?

—Significa que tengo que cuidar de los míos. —La voz de *sir* Charles tenía un tono acusatorio.

—Ya solo es cuestión de controlar los daños. —Carruthers cambió de posición en el asiento—. Ogmios no tiene nada que hacer, Charles. No te entrometas.

—Tengo hombres ahí fuera.

Carruthers sacudió la cabeza.

—Frost está comprometido. Está con Denison. No puedes ayudarle. A Khavin quizás, pero, sinceramente, el MI6 no va a dejar que ninguno se vaya de rositas. Tienes que dejar que caigan.

—Y una mierda.

—No me escuchas, Charles. No tienes elección. Si intervienes en esta operación, estás acabado. Será el fin de Ogmios. Hablamos de traición.

El viejo reprimió otra réplica antes de que terminara de formarse en sus labios. Carruthers no tenía autoridad para darle órdenes de ningún tipo; ahí radicaba la esencia de la cuestionabilidad de Ogmios. Su papel tan solo era el de actuar como mediador, dar información sobre problemas fuera del alcance de los organismos administrativos oficiales y no dictar órdenes. Sin embargo, la amenaza era evidente. Ogmios no podía escapar de las cadenas que definían su existencia. Así que dijo entre dientes:

—¿Has terminado?

Hubo otro silencio incómodo. Carruthers negó con la cabeza.

—No. Tienes que abandonar a Frost. El MI6 podría valerse de él para localizar a Denison y acabar con esto. Esta noche terminará todo.

Sir Charles se quedó mirándole.

—¿Me estás pidiendo que le sacrifique? Eso no va a ocurrir. Ni ahora. Ni nunca. Deja que hable con Ronan, se lo explicaré todo. Haré que traiga a Denison y todos saldremos ganando.

—Es demasiado tarde para eso. No podemos confiar en que Frost no anteponga

su amistad a su deber. Deberías agradecer que no te pidamos que nos entregues la cabeza de Khavin en bandeja. Contacta con Frost y no tendremos otra opción. —Carruthers volvió a sacudir la cabeza—. No te entrometas. Ni llamadas de aviso. Ni negociaciones. Ni ningún tipo de contacto. Ya conoces las reglas del juego. Solo se trata de sacrificar un peón.

—Frost no es un peón. Ninguno de los míos lo es.

—Charles…

—Apúntatelo, porque solo lo diré una vez. —Recitó el número del móvil de Frost sin importarle si el antiguo espía jefe estaba preparado o no—. Ambos sabemos que no voy a apuñalarle por la espalda. Voy a hacer todo lo que esté en mi poder para proteger a Frost. Díselo a los tuyos. Asegúrate de que sepan que si van tras él, lo pagarán.

Agarró el tirador de la puerta.

—Ya no puedes hacer nada por él —insistió Carruthers—. Si te importan los tuyos y Ogmios, tienes que apartarte, Charles. No es un juego. No es un ojo por ojo. Frost ya es hombre muerto.

—Eso lo dudo mucho, Quentin. Le conozco desde hace mucho más tiempo que tú y apuesto a que podrá enfrentarse a cualquier cosa que el MI6 intente contra él. No es ningún soldaducho.

Sir Charles abrió la puerta y, en silencio, se sentó con mucho esfuerzo en la silla de ruedas, aunque antes dar un portazo para poner punto y final a la conversación, se asomó al interior del coche.

—Después de todo, no entiendes absolutamente nada de lo que hemos creado aquí, ¿no? Están conmigo porque saben que somos un equipo. Estamos unidos. Caemos todos juntos. Si quieres acabar con uno, tendrás que acabar con todos.

Sin esperar respuesta, cerró la puerta sin previo aviso.

Rechazando toda ayuda, dio la vuelta y, empujado por una ira ciega, avanzó con rapidez por el pórtico hasta donde Maxwell le esperaba con la puerta abierta. *Sir* Charles no redujo la velocidad, sino que aceleró sin dejar que las ruedas de la silla dejaran de girar, decidido a llegar cuanto antes a la sala de control.

—Por favor, señor —protestó Maxwell a cuatro pasos detrás de él—. Permítame.

El tono del sirviente, que denotaba una sincera preocupación más que el habitual sarcasmo sutil, consiguió atravesar la oscuridad que nublaba a *sir* Charles, que se acercó a él y alzó las manos en señal de rendición. Fingió la voz más ronca que pudo para ahorrarles a ambos una escena lacrimógena de sentimentalismo y rugió:

—Vale. Llévame con Lethe. Jamás creerías lo que ese cabrón quiere que haga. Bueno, no lo voy a hacer, Maxwell. Pon una cafetera. Va a ser una noche muy larga.

—Claro, señor. Si necesita algo, no dude en pedirlo, sea la hora que sea.

—Te lo agradezco, Maxwell, pero no sirves para nada si no duermes.

—Podría decir lo mismo, señor.

—Podrías, pero no te escucharía.

Cuando Maxwell le llevó al centro neurálgico de Ogmios, sintió que tenía los primeros trazos de un plan. No era un buen plan, pero era algo, y en esos momentos eso era mejor que nada.

Jude Lethe dio un bote en la silla de su escritorio. Tenía la mirada culpable y la cara seria, como si le hubieran pillado haciendo algo indiscreto.

—Señor…

No era buena señal.

Lethe rara vez era formal y *nunca* se quedaba sin palabras.

—Di.

—Se trata de Konstantin. Ha cortado la comunicación. Dijo que iba a seguir una pista.

Sir Charles asintió.

—Una pista. Bien. Es justo lo que necesitamos. ¿Has podido acceder al ordenador de Denison?

—Treinta segundos después de clonarlo. Pero eso fue la parte fácil. No he tenido tiempo de mirar los archivos para ver si hay algo de utilidad.

—Busca cualquier referencia sobre los Cuatro Evangelistas. Y no solo en el ordenador de Denison, sino en todas partes. Empieza por el MI6. Envía a Khavin todo lo que encuentres.

—No responde —repitió Lethe.

—Entonces ponlo en algún sitio en el que pueda encontrarlo cuando lo necesite. Khavin sabe lo que hace.

—¿Y Frosty?

Sir Charles frunció la boca.

—¿Se ha puesto en contacto?

—Aún no. ¿Le llamo yo?

—No. —Respiró hondo—. No intentes contactar con él de ninguna manera, Lethe. De hecho, quiero que bloquees todas sus llamadas. Puedes hacerlo, ¿verdad?

Lethe se quedó extrañado.

—¿Bloquearlas?

—Sin preguntas, Lethe.

—Pensará que le hemos abandonado, señor. No sabrá qué está pasando.

Sir Charles cerró los ojos. Sin contacto alguno. Control había dejado eso bien claro.

—Frost está solo ahora. Cuanto antes se dé cuenta, mejor, si es que quiere ver salir la luz del sol.

—Mierda.

—Una forma muy elocuente de expresarlo, Lethe. Pero sí. Mierda.

5

LA MISIÓN DEL CABALLERO

Londres. 20:30 UTC.

Frost encontró a Denison y a Lili dando vueltas por la zona de llegadas, cerca del estante de Hertz. Una característica de los aeropuertos era que nunca estaban vacíos. La multitud daba seguridad. También eran un nudo de infraestructuras con acceso óptimo a las principales redes de ferrocarriles y carreteras. Aparcó el Volkswagen Passat que había alquilado paralelamente a la acera que había justo delante de ellos y les hizo tres señales con los faros para llamar su atención.

Aunque había llamado a Denison apenas unos minutos antes —una breve llamada para indicarle el lugar de encuentro— sintió un gran alivio al verlos.

Dividirse había sido un riesgo estratégico.

Pero todo riesgo era exactamente eso: un riesgo.

No creía que los hombres que intentaban matar a Denison fueran a conseguir sacarles ventaja, pero, por si algún casual, conseguían adelantarles, apostaría lo que fuera a que la multitud del metro y la férrea seguridad del aeropuerto ofrecerían como mínimo una medida de protección. Pero había innumerables formas de que las cosas pudieran ir mal. Y no saber quién estaba detrás de los intentos de asesinato contra Denison no ayudaba. Cada grupo tenía una forma de pensar diferente, lo que significaba también distintos tipos de tácticas. Necesitaba saber a quién se enfrentaba. Tan sencillo como eso.

Denison se puso en el asiento de delante y Lili detrás. Ninguno de los dos dijo ni una palabra. Frost puso en marcha el coche y se reincorporó al tráfico. Sin señalizar, serpenteó entre los taxis y autobuses regulares que iban al Holiday Inn y al Sheraton Skyline. En lugar de tomar el carril que salía del complejo del aeropuerto en dirección a la M25, condujo hacia uno de los edificios de aparcamiento para periodos cortos y subió la rampa, pisando el acelerador y cambiando las marchas para que el Volkswagen fuera cada vez más rápido, hasta llegar a la azotea.

—¿Ronan?

Frost le ignoró y tiró del freno de mano. El Volkswagen hizo un trompo de ciento ochenta grados y se situó justo frente al lugar por donde habían entrado. Apagó el motor.

—¿Pero qué haces? —espetó Lili desde el asiento de atrás con un acento mucho más marcado que antes; y extrañamente familiar—. ¡Tenemos que ir a Saint Albans!

—No iremos a ninguna parte hasta que me digáis qué está pasando —contestó

Frost. Su tono no denotaba ninguna deferencia—. No puedo protegeros si ni siquiera sé a quién nos enfrentamos, Tony. Así de fácil. Nada de secretos. Al menos si queréis que os ayude.

Denison se recostó en el asiento con desaliento. Se hizo un silencio incómodo hasta que finalmente se encontró con la mirada de Frost.

—Lili tiene razón. El factor tiempo es de primordial importancia. Te contaré todo por el camino, tienes mi palabra, pero tenemos que irnos ya.

Por un momento, Frost estuvo a punto de rendirse ante el insistente ruego. Las viejas costumbres eran las más difíciles de perder. Agarró con fuerza el volante y negó con la cabeza.

—No. —El vocablo no fue más que un susurro. Aunque el simple hecho de decirlo fue suficiente para reafirmar su determinación—. No, Tony. Ni un centímetro hasta que respondas dos preguntas. Quién te persigue y por qué.

Lili soltó una maldición entre dientes. Él reconoció de inmediato que la había dicho en serbio. «¿Qué está haciendo con…?». Apuntó el pulgar con furia hacia atrás.

—¿Por qué no empiezas por ella?

Lo cierto es que a Denison pareció alegrarle la sugerencia.

—Claro. ¿Dónde están mis modales? Ronan, esta es la doctora Lilijana Pavic. Lili, Ronan.

«¿Pavic?». El nombre le traía un sinfín de recuerdos. Antes de que Ronan pudiera reaccionar, Lili dijo:

—Sí, ya nos conocemos, señor Frost. —Su voz era monótona, pero ahora el acento le era mucho más familiar—. Vino a nuestra casa en Pristina. Le recuerdo; era el joven que estaba con el viejo en silla de ruedas.

Frost miró a Denison, que asintió en respuesta.

—Su hija.

Frost giró la cabeza para mirar a Lili. No se dejó distraer por sus atractivas y marcadas facciones eslavas y vio que la afirmación de Denison era cierta. Se trataba, sin lugar a dudas, de la hija de Kristijan Pavic.

Ya había visto a Lili antes, pero solo era una adolescente en aquel entonces, y el encuentro fue breve: un apretón de manos puramente formal y una inclinación de cabeza antes de ponerse manos a la obra. Kristijan Pavic, un jefe de policía local serbio, había presentado amablemente a su familia a la delegación del equipo operativo enviado a investigar las denuncias de crímenes contra la humanidad en Kosovo; crímenes cometidos por los serbios contra la etnia albanesa.

Habían asesinado a miles de personas y masacrado pueblos enteros.

Mujeres, incluso adolescentes, habían sido violadas, no como un mero acto de violencia, sino como un esfuerzo sistemático para erradicar una raza.

Una muestra de lo peor que el ser humano podía ofrecer.

La respuesta internacional, lenta, como suelen ser esas cosas, llegó demasiado tarde para muchas de las víctimas, pero una vez que se hubo restaurando cierta

apariencia de orden, comenzó la labor de identificar y perseguir a los cabecillas. Por eso estuvo Ronan allí. Kristijan Pavic, a pesar de su herencia serbia, había cooperado sin dudarlo en la lucha por llevar a esos monstruos ante la justicia. Era un buen hombre. No era solo una especie de sentido de culpa nacional. Era un humanista, harto de ver sufrir a gente inocente. Además de ser el primero en ofrecerse para ayudar a borrar la mancha colectiva de culpa que infamaba a todos los serbios ante el resto del mundo.

Había sido un proceso laborioso, desde los cimientos, inspirado en el periodo que siguió al Holocausto. Los hombres que habían cometido aquellas atrocidades estaban conectados por la cadena de mando con oficiales militares y gubernamentales y, mientras algunos de estos últimos se creían más allá del alcance de los persecutores, incluido el mismísimo Slobodan Milošević, anterior presidente de Yugoslavia, hombres como Ronan Frost estaban allí para asegurarse de que no lo estuvieran.

Aunque la conciencia social del pogromo se desvanecía con el paso del tiempo y se veía reemplazada por tragedias más actuales e inmediatas, no se había dejado de investigar en ningún momento, sino que más bien las indagaciones se extendían cual zarcillos de hiedra que penetraban en el muro de silencio que, durante más de una década, había protegido a los máximos responsables de la campaña de limpieza étnica.

Frost había seguido las noticias sobre la investigación, al menos tanto como le había sido posible, dada la reducción de cobertura mediática, y había reconocido los nombres de varios de los acusados. La mayoría eran oficiales locales, hombres con los que había tratado en persona durante la *Operación Agrícola*, y que en aquel entonces parecían cooperar con el ejército de la OTAN y los observadores internacionales.

Hombres en los que había confiado.

Eso le había enseñado una gran lección sobre la humanidad.

De todas formas, a Frost le había sorprendido oír en las noticias que Kristijan Pavic fuera el siguiente serbio en ser llevado ante el Tribunal Internacional de La Haya para responder por crímenes contra la humanidad.

Pero eso no había sido todo.

El juicio de Pavic, que aún estaba en curso, no había salido según lo previsto.

La causa expuesta por la acusación se basaba principalmente en rumores: en el testimonio de hombres que podían ganar algo con la caída de Pavic. Los expertos de los canales de noticias habían empezado a denominar aquello «caza de brujas» y muchos creían que, si no se exoneraba a Pavic por completo, la credibilidad del Tribunal Internacional se pondría en entredicho.

Frost se reservaba su opinión.

Las apariencias podían engañar mucho.

A veces, había que tener fe en que las cosas saldrían bien. Y esa había sido, pensó, su postura final sobre el asunto concerniente a Kristijan Pavic.

Así que, ¿por qué estaba la hija de aquel hombre en el asiento trasero de su coche junto a Tony Denison, tratando de salvar el pellejo?

Frost se volvió hacia su antiguo comandante.

—Vale, es un comienzo. ¿Me explicas de qué va todo esto? ¿Es por el juicio de Pavic?

Denison lo negó. Frost notó que volvía a ser reticente. Ya habían puesto demasiadas cartas sobre la mesa.

—No tiene nada que ver con eso. Pero en lo que a meterte en este lío se refiere, sí, se debe a Lili, pero solo porque cuando las cosas se pusieron feas, pensé en ti inmediatamente. —Apartó la mirada un instante—. Ronan, ¿has leído mis libros?

La pregunta le pilló por sorpresa, pero antes de que pudiera responder, Denison continuó.

—Vale, no importa si no los has leído, no voy a tomármelo a pecho. No busco una crítica. Pero si los has leído, lo que tengo que decirte no te sonará tan estúpido.

—No soy muy de libros.

Denison le dio la razón.

—Vale, pero seguro que conoces mi postura sobre la globalización. Es una abominación. Las corporaciones multinacionales se han apoderado del mundo. Han corrompido por completo el proceso democrático a través del dinero y de influencias para poner a sus amigotes en los puestos de poder. No hablo solo de los países del tercer mundo en vías de desarrollo, está pasando justo aquí. Se está erradicando la identidad cultural. Esas corporaciones han legitimado por completo su dominio suprimiendo la legislación local que las habría mantenido a raya. El Nuevo Orden Mundial nos ha mutilado y esclavizado a todos.

Frost se dio cuenta de que estaba conteniendo el aliento.

A pesar de la advertencia de Denison, la brusquedad con la que se puso a proferir lo que parecía una diatriba paranoica extrañó a Frost. No era él… o al menos no era el hombre con el que había servido. Si se hubiera tratado de cualquier otra persona, le habría ofrecido un gorro de papel de aluminio anticonspiraciones.

—¿Y es este Nuevo Orden Mundial el que te persigue? —preguntó con precaución. Habló despacio, en un intento por ocultar su desdén—. ¿Porque tratas de desenmascararlos en tus libros?

—Dios santo, no. No es nada de eso.

Verle sonreír alivió a Frost. Puede que, después de todo, no estuviera sufriendo delirios paranoides.

—Los que son lo suficientemente inteligentes como para ver qué está pasando, ya lo saben. El resto de las masas están tan enganchadas al consumismo que no ven las cadenas de su propia esclavitud. No, Ronan, no temen lo que pueda decir yo.

—¿Entonces de qué tienen miedo?

—De lo que estoy *haciendo*.

—¿Y qué es lo que haces?

Denison miró a Lili, que asintió, y volvió a mirar a Frost.

—La mayor amenaza para el Nuevo Orden Mundial es el nacionalismo. Las naciones soberanas, al defender sus fronteras, imponer aranceles y anteponer las necesidades de sus súbditos a los deseos de las corporaciones, suponen el mayor obstáculo a la institución de un único gobierno mundial. Como he dicho, el proceso democrático se ha corrompido. ¿Conoces el viejo dicho «En democracia, el pueblo tiene el gobierno que se merece»? La gente es egoísta por naturaleza, así que es fácil apelar en las urnas a su interés personal. ¿Qué tiene de bueno un gobierno cuando la mayoría de la gente es tan egoísta, o tan solo demasiado ignorante, para ver más allá de la gratificación inmediata?

Frost frunció el ceño.

—¿Quieres mi voto? —dijo. Evitaba las discusiones sobre política como la peste. Había crecido en un mundo definido por el conflicto ideológico, el conflicto violento, y sabía por experiencia propia que los argumentos más convincentes eran a menudo los más erróneos. Como dice la canción: mira al nuevo jefe, es igual que el viejo. Pocas cosas cambiaban realmente—. Te guste o no, Tony, así son las cosas. Somos una democracia.

A Denison le brillaron los ojos.

—Ahí te equivocas, hijo. Somos, y siempre hemos sido, una monarquía… el *Reino Unido*… el *Imperio Británico*. No somos una democracia.

—Tony, eso ya es historia pasada y ambos lo sabemos.

—No, no lo es. —El tono de Denison se había vuelto cortante de repente. Era evidente que el rechazo repentino de Frost le había ofendido—. Es cierto que nos hemos apartado del camino, pero aún podemos encontrar la forma de volver.

Frost reflexionó sobre lo que acababa de afirmar su amigo y las piezas empezaron a encajar.

—¿Así que es eso a lo que juegas? ¿A restaurar la monarquía? ¿Vas a convencer a la reina para que tome de nuevo las riendas y disuelva el parlamento? Eso acabaría con los últimos internos que dirigen este manicomio, supongo. ¿Y ese Nuevo Orden Mundial? ¿Tanto les preocupa que lo consigas que están deseando matarte?

—Ronan, lo han intentado. Lo has visto tú mismo.

Frost no podía discutirle eso. Aunque le habría gustado. Querría haberle dicho a Denison que había perdido los estribos.

—Admito sin tapujos que ansío poner de nuevo a la monarquía al mando. Aunque no a la reina, ya que es demasiado mayor para gobernar; y Carlos es débil, su imagen está manchada por su trato a Diana. Guillermo es la solución. Es esencial para restaurar la fe en la corona. Le quieren tanto como a su madre. Y eso es lo que pretendo hacer y lo que el Nuevo Orden Mundial intenta evitar.

Cada vez que Denison usaba esa expresión, un escalofrío temeroso le recorría la espalda. Al contestar al teléfono, apenas una hora antes, su reacción había sido automática: cuando tu compañero está en problemas, lo dejas todo para ayudarle.

¿Pero esto? ¿Una estúpida conspiración del Nuevo Orden Mundial? ¿Un intento de restaurar la monarquía? Él no era así. Había servido a su país durante la mayor parte de su vida adulta, sin reservas ni preguntas. Tampoco es que fuera monárquico ni un patriota acérrimo. Era un guerrero de los tiempos modernos.

Y, aun así, alguien había intentado matar a Denison.

Eso era una verdad irrefutable.

Las balas no mentían.

Así que, si no eran agentes de una especie de Nuevo Orden Mundial mítico, ¿entonces quién?

¿Y por qué?

Necesitaba saber más.

—Explícamelo otra vez, Tony. Y recuerda que no soy más que un irlandés. Habla despacio y con palabras sencillas.

Se vislumbró en su cara la más leve de las sonrisas, pero luego su rostro se endureció con firmeza.

—Te lo diré, pero solo cuando pongas el coche en marcha y estemos en la carretera de camino a Saint Albans. ¿Trato hecho?

Era como una negociación con rehenes, había que dar algo a cambio para conseguir lo que se deseaba y Frost quería saber la verdad. Le diera o no una respuesta directa, ya había tomado una decisión. Al contestar a la llamada de su antiguo compañero, se había comprometido tácitamente a acompañarlo hasta el final. Daba igual si estaba como una cabra. Tenía problemas y, a menos que estuviera traicionándole, haría todo lo que fuera por proteger a su amigo.

Con un suspiro de derrota, arrancó el coche y salió del aparcamiento mientras escuchaba a medias lo que decía Denison.

6

PIEDRAS Y ESPADAS

20:42 UTC.

Frost no sabía decir si la teoría conspiratoria de Denison le hacía parecer menos loco o más al repetir el discurso y alimentarlo con imágenes sobre las operaciones del Nuevo Orden Mundial y su principal componente, el misterioso Grupo Bilderberg.

Al incorporarse a la M25, la auténtica Autopista al Infierno, Frost se acordó de que no había recibido noticias de Lethe. Algo impropio de él. «¿Podría deberse a que no era capaz de saltarse el muro de secretismos del Nuevo Orden Mundial?». Pensó mordazmente. Fuera como fuese, no podía ignorar el hecho indiscutible de que alguien había intentado matar a Denison.

Dio un par de toques al auricular, pero Nonesuch no respondía.

Cortó la llamada y decidió que volvería a intentarlo en cuanto llegaran a Saint Albans.

«Hablando de eso…».

—Vale, tío, pongamos que me lo trago —dijo Frost, cortando a Denison—. ¿Por qué cojones es tan importante Saint Albans?

La luz de los faros de un coche aproximándose a ellos iluminó por un instante la cara de Denison y reveló una amplia sonrisa rebosante de entusiasmo que casi parecía la de un niño.

—Porque allí encontraremos lo que necesitamos para instaurar la autoridad absoluta y suprema de la corona.

Daba la impresión de que ese comentario lo tenía bien preparado. Lo había dicho así para que sonara presuntuoso a propósito. Pero en realidad parecían los delirios de un maníaco.

—¿Y qué es exactamente? ¿El santo grial?

—No te cachondees, Ronan. Eso no existe. No, en Saint Albans encontraremos la espada —dijo Denison con tono reverente—. Recuerda las leyendas de tu patria: «Quien extraiga la espada de la piedra será proclamado rey legítimo de toda Inglaterra». ¿Conoces la cita?

—El rey Arturo. Acerté con la historia. —Otra gota a punto de colmar el vaso—. ¿No pretenderás decirme en serio que Excalibur está allí en Saint Albans esperándonos? Anda ya. No me vengas con esas, Tony.

—La espada de la piedra se llamaba Caliburn. Tras siglos y siglos contando la historia, ambas se fundieron en una sola. Y, por supuesto, la historia se fue tiñendo de

exageraciones. Pero no te equivoques: la espada es real. En otro tiempo, simbolizaba el derecho del rey a gobernar. Y creo que puede volver a hacerlo.

A Frost se le pasó por la cabeza aparcar el coche y echarlos a los dos al arcén a puntapiés. Se sentía como si estuviera en una película de los Monty Python. Hizo un gesto de incredulidad.

—¿Se trata de una búsqueda del tesoro?

—Se trata de *la* búsqueda del tesoro, amigo mío —respondió Denison con la misma intensidad absurda—. La espada es el símbolo de Britania. Pero que no te engañen los cuentos infantiles, intrínsecamente hablando, no tiene nada de mágico. Solo es una espada. Pero en manos del legítimo rey, mandará un poderoso y clamoroso mensaje a todos los súbditos de la corona: que debe gobernar Britania. Todos lo hemos deseado durante muchísimo tiempo. ¿Por qué crees si no que todo el mundo sigue adorando a la realeza? No es ninguna lealtad infundada del pasado. Lo llevamos en la sangre. Solo estamos esperando a que se levanten, como si se tratara de una leyenda artúrica; el que fue una vez rey y ha de volver a serlo nos guiará a través de la espesura para salir de ella.

La voz de Michael Palin resonó en la cabeza de Frost: «No pretenderá ejercer el supremo poder ejecutivo solo porque una furcia natatoria le tirara una espada».

Se tomó un momento para pensar, fingiendo comprobar los espejos mientras intentaba templar su incredulidad.

—¿Y esa espada existe? Arturo, Merlín, la mesa redonda, Camelot… ¿todo eso existió?

Antes de que Denison pudiera responder, Lili rompió su largo silencio.

—No, no. Tony habla metafóricamente. Arturo no existió, así que, ¿cómo vamos a buscar su espada? Nos referimos a la Crocea Mors; la espada de Julio César, empuñada por última vez por el *Dux Britanniarum*.

Frost miró a Lili por el espejo. Todavía no tenía claro por qué Denison estaba en compañía de la hija de Kristijan Pavic, pero entonces recordó cómo se la había presentado: doctora Lilijana Pavic. Supuso que no era médico.

Denison se encogió de hombros mostrando un aire de culpabilidad.

—Lili es la experta. Ella podrá explicártelo.

—¿La experta?

—Doctora en Historia Clásica por la Universidad de Sapienza. Sabe de lo que habla.

Lili rompió su silencio.

—Presta atención, irlandés, porque no voy a hablar despacio ni a usar palabras sencillas. No se menciona ninguna «espada mágica» en los extensos relatos de la campaña de Julio César en la Galia. No es nada sorprendente dado que los romanos aborrecían las supersticiones. Solo se menciona la batalla de César y el príncipe Nennio en *Historia Regum Britanniae*, la historia de los reyes de Britania, escrita por Geoffrey de Monmouth unos mil doscientos años después. Mientras Nennio y César

luchaban, el primero sufrió una herida en la cabeza y la espada del segundo quedó atascada en el escudo de Nennio. El príncipe cogió la espada y continuó luchando con ella; cada hombre con el que se enfrentaba caía herido de muerte. Los britanos creían que la espada, que, según cuentan, brillaba con la luz del sol, poseía poderes sobrenaturales. Geoffrey la denominaba «Crocea Mors», que significa «muerte amarilla» en latín. Y, como era costumbre, cuando Nennio murió unos días después a causa de la herida, fue enterrado con la espada. Según Geoffrey, le enterraron en la Puerta Norte de Londres. Pero el relato de Geoffrey es un romance, no una historia. Sus fuentes proceden de la tradición oral y las leyendas, que se transmitían de generación en generación y, sin lugar a dudas, estuvieron influenciadas por la posterior ocupación de Britania por parte de los romanos y otras innumerables incursiones. Ni siquiera el mismísimo César mencionó la batalla ni al príncipe Nennio, y mucho menos la pérdida de la espada. En sí mismo, el hecho no sorprende; como a cualquier rey victorioso, el ego de César no le habría permitido dejar constancia de tal derrota. Sin embargo, descubrí recientemente un palimpsesto que arroja una nueva luz sobre este capítulo de la historia.

—¿Un palimpsesto?

—Un palimpsesto es un documento escrito en un trozo de pergamino usado. La vitela era cara, así que no era nada raro en la antigüedad raspar la tinta de un pergamino para usarlo de nuevo. Gracias a la moderna tecnología de los rayos X, a veces es posible recuperar el documento original. Hace varios meses, se descubrió que un documento que formó parte de la colección privada del mismísimo Benito Mussolini era precisamente un palimpsesto. El documento original, o lo que se pudo recuperar de él, al menos, era una carta que se cree que estuvo en posesión de Octavio, el sucesor de Julio César, que adoptó el nombre de César Augusto cuando se convirtió en el primer emperador de Roma. En la carta, Tito Labieno, un antiguo tribuno y una vez aliado de Julio César, hace referencia a la batalla con Nennio y a la pérdida de la espada. Además, identifica la espada como la «Espada de Marte», que Julio César tomó del Templo de Júpiter. Labieno se ofrece a viajar a Britania para recuperar la espada de la tumba de Nennio y declara que, si Octavio poseyera la espada, simbolizaría su derecho a gobernar en lugar de César; una especie de visto bueno divino.

—Me suena —murmuró Frost—. ¿Es la versión romana de la historia de Arturo?

—Esos temas son comunes en las leyendas. Sin embargo, la idea es claramente… —Se detuvo, pensativa— inusual para un romano.

—¿Aceptó Octavio la oferta?

—Es imposible saberlo y, sinceramente, irrelevante.

—¿Irrelevante?

—El palimpsesto en sí mismo confirma que la espada existe y que fue enterrada en la tumba de Nennio.

Frost volvió a mirar el espejo y aprovechó ese momento para digerir lo que le

acababan de contar. No había estudiado historia —ni leyendas— y no le atraía especialmente la idea de verse envuelto en un cuento de hadas, con espada mágica incluida. Era difícil conciliar los recuerdos que tenía de su antiguo comandante, un hombre pragmático y disciplinado, con quien se sentaba a su lado.

—Así que es la espada de César —dijo al fin—. Lo siento, pero ¿cómo podría el descubrimiento de una espada vieja sacudir los cimientos de la sociedad? No es como si dijeras que Jesús tenía una hija.

Denison no esperó a que Lili interviniera.

—Geoffrey de Monmouth cuenta cómo un rey posterior, Vortigern, en el siglo V, sacó la espada de la tumba de Nennio, la introdujo en la grieta de un yunque y la puso encima de una roca en la plaza de Londres como monumento a los caídos. La espada, el yunque, la roca y todo eso se trasladó a Silchester, donde Arturo la sacó, obteniendo así el derecho a gobernar toda Inglaterra. Así que, como ves, es tanto la espada de César como la de Arturo.

Frost se rascó la frente y colocó el espejo para ver la cara de Lili.

—Hay razones para creer que Vortigern fue una figura histórica y ahora tenemos pruebas de que tanto Nennio como la Crocea Mors existieron de verdad. —Lili suspiró—. Sin embargo, existen algunos problemas que impiden aceptar que el testimonio de Geoffrey sea cierto en su totalidad. Según lo que cuenta, Nennio fue enterrado en la Puerta Norte de Londres, pero en su época, Londres no debía de ser más que un pequeño asentamiento tribal. La tribu de Nennio, los Catuvellaunos, vivía en una fortaleza en la antigua ciudad de Verulamium, justo al norte de Londres, en la moderna Hertfordshire…

—Donde se encuentra hoy Saint Albans —dijo Frost.

—Te dije que era rápido —dijo Denison, echando una mirada de complicidad por encima del hombro.

—Si Geoffrey entendió mal ese detalle —continuó Lili—, entonces la historia que cuenta lo que hizo Vortigern es dudosa. Es posible que hubiera una espada en un yunque, pero no sería la Crocea Mors.

Frost se preguntó si esa distinción supondría realmente alguna diferencia entre aquellos inclinados a aceptar que una vieja reliquia de guerra constituyera un beneplácito divino; pero quizás de eso trataba todo. Denison no se detuvo en ese detalle.

—La tradición artúrica es una especie de pasión y estoy extremadamente familiarizado con *Historia Regum Britanniae*. Cuando me enteré de que existían pruebas que indicaban que Nennio era un personaje histórico real, me puse en contacto con Lili…

La voz de Denison cambió sutilmente y Frost se imaginó que la relación era más compleja de lo que contaba.

Otra complicación que no necesitaba ahora mismo.

—… Y luego… bueno, digamos que fui capaz de reclutar a un mecenas que

comparte mi pasión por la historia y las leyendas. Es bien sabido que en Saint Albans hubo un asentamiento importante en la Edad del Hierro que antecedió a la ciudad romana de Verulamium. Pero intentar acotar la localización de la tumba de Nennio es algo más complicado; ¿y si los romanos construyeron su ciudad sobre ella?

Lili respondió a la pregunta retórica.

—Los antiguos britanos habrían honrado a sus muertos enterrándolos en un lugar sagrado; como en las cuevas de una colina, lejos de su asentamiento. Cuando los romanos construyeron su ciudad, habrían utilizado el asentamiento ya existente como cimiento. Sabemos por los relatos históricos que, a principios del siglo IV, martirizaron a un residente cristiano de Verulamium, Albans, en una colina a las afueras de la ciudad. Según el folclore, su cabeza cercenada rodó colina abajo y surgió un manantial donde se detuvo. La colina donde fue martirizado es ahora el lugar en el que se encuentra la abadía y catedral de Saint Albans, pero es la colina en sí, Holywell Hill, la que nos interesa.

—Con la ayuda de mi mecenas —dijo Denison—, pudimos encargar que hicieran un sondeo geofísico de penetración del terreno en la zona y ayer vimos recompensados nuestros esfuerzos. El equipo de reconocimiento afirmó haber encontrado una extensa red de cavidades, de túneles, que recorren el subsuelo de Holywell Hill y, posiblemente, incluso de la misma abadía.

—¿En el subsuelo? A riesgo de aguarte la fiesta, no es que estemos precisamente equipados para una excavación.

—Tenía todo el equipo necesario en mi coche —suspiró Denison—, pero el sondeo muestra varios puntos donde los túneles están muy cerca de la superficie. Si elegimos el lugar apropiado, podríamos abrirnos paso rápida y fácilmente.

—¿Abrirnos paso? ¿Cómo, con las manos? ¿En mitad de la noche? Tony, ¿acaso algo de eso es legal?

Hubo un largo silencio y, gracias al tenue brillo de las luces del salpicadero, Frost pudo ver el conflicto que se lidiaba en la cara de Denison. Sin embargo, para su sorpresa, fue Lili la que respondió.

—¿Es que no has entendido nada? Es crucial que encontremos la Crocea Mors. Nuestros enemigos ya han dado con nosotros. No podemos demorarnos. Ni una sola hora.

Denison espiró pausadamente para luego hablar con un tono más contenido.

—Aunque no podemos sancionar oficialmente nuestra búsqueda, mi mecenas nos ha dado autorización tácita para hacer todo lo que debamos, pero es crucial que actuemos con la mayor celeridad posible. Los topógrafos no tardarán en hacer público su descubrimiento y, cuando eso ocurra, nuestros enemigos podrán ocultar la espada para siempre. Las cuestiones legales no van a pararles los pies; después de todo, ellos hacen las leyes. Sin embargo, en cuanto encontremos la espada y la pongamos en las manos adecuadas, la cuestión de si cometimos un par de faltas será irrelevante. No pretendemos robar la espada y venderla en el mercado negro, solo

queremos ponerla en manos de su legítimo dueño. Confía en mí, Ronan, estás en el bando de los ángeles.

Frost suspiró mientras agarraba el volante de cuero y volvió a preguntarse dónde se había metido.

Un tesoro enterrado, una espada mágica ni más ni menos, oculto en un pasaje secreto bajo una vieja iglesia; sonaba ridículo.

Tony y Lili podían preocuparse de descifrar los códigos secretos y resolver los acertijos; su trabajo solo consistía en mantenerlos con vida.

7

SEPULCRO

Saint Albans. 21:04 UTC.

La catedral de Saint Albans y el huerto de más abajo no parecían el tipo de lugar en el que alguien excavaría en busca de una reliquia de dos mil años de antigüedad.

Es lo que Frost pensó al alzar la vista hacia el edificio pobremente iluminado que había en la cumbre de Holywell Hill.

—La mayor parte de lo que puedes ver desde el exterior se construyó o renovó del siglo XIX en adelante —explicó Lili con paciencia. Le había mentido, se veía que era capaz de hablarle como si fuera idiota—. Pero incluso los edificios cristianos más tempranos datan de más de seiscientos años antes de la batalla entre César y Nennio, así que no esperes encontrar pistas en la arquitectura.

No era precisamente eso lo que Frost había querido decir.

No había visitado nunca Saint Albans, pero había crecido a la sombra de la catedral de San Colombano, en Derry, y eso había influido en sus expectativas.

Aunque hacía años que no volvía a casa, recordaba como si fuera ayer el sobrio chapitel de San Colombano apuñalando el cielo, que podía verse desde casi todo el condado. Saint Albans era un poco más contenida.

Aunque se llevaba el mérito de ser la mayor catedral de Inglaterra, su elegancia y grandiosidad eran algo más mundanas.

Y a diferencia de la tenebrosa austeridad gótica de la de San Colombano, la extensa pero relativamente baja nave de Saint Albans estaba formada por piedras de color claro que parecían tener un propósito más ornamental que estructural.

En cierto sentido, no tenía un aspecto suficientemente misterioso como para esconder un tesoro legendario.

Aparcaron el coche justo en Abbey Mill Lane, cerca del *pub* más antiguo que aún servía bebidas: *Ye Olde Fighting Cocks*. A Frost le pareció que sería un buen lugar en el que guarecerse una vez que terminara la aventura nocturna. Incluso los cazadores de tesoros necesitaban dormir. Podrían celebrar haber recuperado con éxito la Crocea Mors o ahogar sus penas en una pinta de cerveza amarga.

Denison sacó un taco de papeles de uno de los bolsillos de su abrigo y se puso a estudiarlos a la luz de una pequeña linterna LED del tamaño de un llavero.

Tras unos segundos, alzó la vista para orientarse con el mapa geofísico y señaló una arboleda en el límite sureste de las hileras de árboles.

—Esa es nuestra mejor opción —declaró—. El túnel está a menos de un metro de

profundidad y podremos valernos de los árboles para escondernos.

Frost dejó escapar un suspiro.

—Siento insistir en ello, pero seguimos sin tener nada con lo que cavar.

—Una palanca de hierro debería valer. Seguro que hay una en el maletero.

Frost le tiró las llaves a Denison.

—Todo tuyo. Voy a ver si puedo mangar algo mejor por ahí.

Se dio la vuelta y se dirigió a lo alto de la colina, no tenía ganas ningunas de seguir hablando. No sabía cuánta mierda podía aguantar.

Sentía como si la presencia de Denison fuera un agujero negro que absorbía todo el sentido común de la atmósfera. Al fin había conseguido librarse de él, o, al menos, había puesto algo de tierra de por medio y se sentía *normal*. Pero la única manera de liberarse por completo sería decirle a su viejo compañero que se fuera a la mierda, y eso no iba a pasar. No mientras siguiera habiendo gente que intentara matarlo. Por muy estúpida que pareciera la razón, no significaba que tuviera que tragarse la disparatada búsqueda de Denison.

«Enhorabuena, estás acorralado», pensó.

Lo que le hacía falta era ver las cosas desde una perspectiva diferente, desde fuera.

Volvió a colocarse el auricular y le dio un par de golpes para contactar con Lethe en Nonesuch. En lugar del usual sonido electrónico, oyó tres tonos bastante distintivos que le sonaban familiares, seguidos de la voz de un operador automático informándole de que no se podía realizar la llamada.

El auricular funcionaba vía satélite, no utilizaba la red de telefonía móvil. No se quedaba sin cobertura ni se cortaba solo porque fuera a un lugar apartado de la mano de Dios.

Volvió a pulsar.

«En este momento no es posible realizar la llamada».

No le gustaba.

No le gustaba nada en absoluto.

Subió la colina con el auricular puesto.

Todo el terreno de la catedral estaba vacío, pero Frost se quedó en las sombras todo lo que pudo. Bordeó el exterior de la enorme estructura y, en la fachada norte, se resguardó al cobijo de las sombras proyectadas donde la nave se encontraba con el crucero. Encontró lo que buscaba: un cobertizo lleno de herramientas de jardinería.

La puerta estaba cerrada con candado, aunque tampoco es que estuviera diseñado para impedir el acceso. Dentro, aparte de diversas segadoras eléctricas y de gasolina, cortasetos y motosierras, Frost encontró dos palas y un azadón, que se echó al hombro. También cogió una lona que había doblada y una vieja linterna bastante cascada.

Cuando volvió junto a Denison y Lili, los encontró agazapados entre la hierba.

Denison estaba usando la palanca de hierro para dibujar un cuadrado donde

pretendía ponerse a cavar.

Frost le dio una de las palas y, sin hacer ningún comentario, comenzó a arrancar el césped con cuidado. Dejó una sección despejada, como si se tratara de un cirujano afeitando a un paciente para ver a qué se enfrentaba.

Cavaron el primer medio metro con rapidez, depositando la tierra en la lona, pero en ese punto dieron con una capa de arcilla dura que no les resultó tan fácil. Unos golpes con el pico del azadón resquebrajaron la arcilla y soltaron la tierra, pero cuando llegaron al otro lado de la capa, los dos hombres estaban exhaustos y cubiertos de tierra y ampollas.

Denison sonrió triunfante cuando la cabeza del azadón se hundió por completo en la tierra.

—Creo que lo hemos encontrado —anunció.

Denison atenuó su creciente entusiasmo con precaución y no paró de cavar hasta que abrió un agujero del que empezó a desprenderse tierra como si fuera agua cayendo por un desagüe. Denison apuntó la luz a la abertura.

—Estamos cerca —dijo dirigiéndose a Lili, que a pesar de la actitud adusta que había tenido antes, ahora parecía contener el aliento, contagiada por la emoción del momento.

Frost se acercó con cuidado al borde del hoyo que le cubría hasta la cintura y se puso a picar la fina capa de piedra caliza para agrandarlo.

Denison se puso boca abajo junto al agujero y apuntó la linterna hacia la oscuridad.

Frost no estaba seguro de ver nada, pero cuando abrieron la grieta lo suficiente, su amigo se dio la vuelta y descendió por ella. Unos instantes después, les miraba desde el vacío.

—Ahí están —declaró— las pruebas de las excavaciones y las vigas de soporte de madera.

Sin pensárselo dos veces, Lili descendió también por el agujero.

Viéndose sin opciones, Frost siguió su ejemplo.

Encendió la linterna que había cogido del cobertizo, pero incluso poniéndose de acuerdo con Denison en apuntar al mismo sitio, la oscuridad era impenetrable.

Un grabado en hueco afeaba las paredes de creta con sus cinceladas rojinegras que, con la tenue luz, parecía una maldición malévola escrita con runas. Frost dirigió la linterna hacia el frente y hacia atrás para intentar hacerse un mapa mental del pasadizo y entonces vio las tornapuntas de madera toscamente labradas que Denison había descrito. Al tocar la vieja madera con la punta del dedo, esta se desmenuzó.

—Eh, Tony, no creo que sea buena idea. Todo esto podría venirse abajo con un soplido. Solo se mantiene en pie de milagro. —Al ver que su amigo no respondía, Frost apuntó al frente con la linterna y se dio cuenta de que le habían dejado atrás—. Joder.

Habían entrado en la mitad de un túnel que hacia la derecha iba cuesta arriba y

hacia la izquierda cuesta abajo. Siguió el destello de la luz de Denison que se reflejaba en el techo del pasadizo a la derecha y los alcanzó justo cuando se detenían a examinar un nicho de dos metros de profundidad que había en la pared izquierda. Por encima de la oscura curvatura que dibujaba el hombro de Lili, vio un montículo amorfo que, visto más de cerca, resultó ser un esqueleto humano.

En su sepultura, seguramente los restos estuvieron adornados con una coraza de madera, cuero y hierro, pero el paso del tiempo había dejado pocas cosas intactas. Aun así, no se podía negar que era un entierro significativo y el hecho de que estuviera donde Denison había dicho era un punto a su favor.

—No es Nennio —declaró Lili.

Frost se sorprendió de la rapidez con la que llegó a esa conclusión.

—¿Cómo lo sabes? ¿Hay una lápida o una placa que no he visto?

Hizo un gesto de negación.

—Los Catuvellaunos no conocían la escritura. Y aunque lo hubieran hecho, no habrían escrito el nombre de sus muertos.

—Vale, ¿entonces cómo se supone que sabremos cuál es el montón de huesos correcto cuando lo encontremos?

—¿Ves esta espada? —Cogió la linterna de Frost y dirigió el halo de luz al torso de la figura tumbada. Frost no vio nada que se pareciera a una espada, pero una mancha larga de herrumbre incrustada parecía haberse fusionado con los dedos del esqueleto que la había sostenido—. La espada de hierro tiene forma de hoja —explicó—. La empuñadura está decorada con trozos tallados de hueso. Nennio fue enterrado con la Crocea Mors, que casi con toda certeza es una *gladius* de acero nórdico. Inconfundible. Más pequeña que esta espada celta, sin guarnición en cruz.

—Eso limita bastante las opciones —murmuró sin importarle si Lili había pillado el sarcasmo. Se echó atrás cuando salió del nicho.

Prosiguieron con su exploración del pasaje principal.

El nicho funerario resultó ser el primero de los muchos que se alineaban a ambos lados del túnel.

Por alguna especie de acuerdo mutuo implícito, Denison se puso a buscar en las tumbas del lado derecho mientras que Lili hizo lo mismo en el izquierdo. Frost centró sus esfuerzos en asegurarse de que nadie les pillara por sorpresa.

Le sorprendía cuánto se había esmerado la antigua tribu de los Catuvellaunos en apuntalar la necrópolis. Cuando Denison describió la red de túneles debajo de Holywell Hill, se imaginó cavernas naturales formadas por la erosión del agua al abrir fisuras en la caliza aquí y allá. Aunque los antiguos britanos no se habían contentado con meter a sus difuntos en cualquier grieta que encontraran. Habían excavado los túneles de forma que la altura era casi uniforme, justo por debajo de los dos metros, y habían colocado tablones de madera de roble para que hubiera continuidad en el suelo. Habían apuntalado el techo cada pocos metros con pilares de soporte verticales. Se veía claramente que era un auténtico trabajo de ingeniería,

incluso aunque la madera se había podrido hacía ya tiempo. Frost podía imaginarse perfectamente cómo habría sido el túmulo dos mil años atrás, con un cortejo fúnebre llevando a un rey caído hasta su lecho de descanso eterno.

El túmulo era modesto.

Iluminó con la linterna un esqueleto situado en uno de los huecos. Como en el anterior, los bienes funerarios habían sucumbido a la corrosión y la podredumbre. Quizá Lili tuviera los conocimientos para identificar los objetos, pero él no vio nada que se le pareciera a… bueno, a nada. Siguió adelante, inspeccionando dos tumbas más que no eran exactamente idénticas a la primera, pero sí igualmente corrientes. Y entonces, en el cuarto nicho, la luz de la linterna recayó en algo que le hizo pararse en seco.

—He encontrado algo —gritó. Su voz resonó mucho más fuerte de lo que pretendía. Cuando Lili llegó unos segundos después y se puso a su lado, apuntó con la luz al objeto que le había llamado la atención—. Es romano, ¿verdad?

Lili permaneció en silencio, pero Frost vio cómo negaba lentamente con la cabeza.

—No —susurró—, no, no… No es posible.

—¿A qué te refieres?

—No debería estar aquí —dijo.

Denison se arrimó, se puso detrás de ellos y apuntó también hacia el retablo con su linterna mientras Lili continuaba negando con voz ronca. Frost volvió a mirar, preguntándose qué era lo que se le escapaba.

El nicho contenía un esqueleto humano ataviado con la misma masa informe de armadura y ropa descompuestas fusionada con los huesos, pero había algo bastante más significativo: justo enfrente del féretro había una lanza que sobresalía del suelo y cuyo extremo tenía ensartada una calavera humana que aún llevaba puesto un casco de metal con forma de semidomo. Y en la base del asta, esparcidas entre la pila de huesos inconexos, se veían placas de metal.

Aunque no fuera un experto, había visto bastantes ilustraciones de soldados romanos en el colegio como para ser capaz de reconocer las piezas de una *lorica hamata*. Todo soldado romano del siglo I a. C. debía llevar armadura. A diferencia de las armaduras y armas de hierro de los britanos, las de bronce y acero de la legión romana estaban notablemente en mejores condiciones.

Así que, ¿por qué estaba Lili a punto de llorar?

—Ellos no habrían hecho esto —dijo mientras seguía negando con la cabeza sin dar crédito a lo que veía—. No habrían profanado el lugar sagrado de sus ancestros con los restos de un enemigo.

Frost empezaba a comprender: era una cuestión de honor.

Por lo visto, los soldados no habían cambiado mucho en dos mil años.

Denison le puso la mano en el hombro y habló en voz baja.

—Las antiguas tribus celtas creían que el entierro era la entrada a la vida después

de la muerte. Un rito iniciático. Enterrar a un enemigo en la misma tumba en la que estaba el rey equivalía a enviar a ese enemigo a la otra vida con él.

—No tiene sentido —dijo Lili.

Frost observó con detenimiento la disposición claramente intencionada de lo que parecía un rompecabezas de huesos.

—Le arrancaron un miembro tras otro y pusieron su cabeza en una lanza. No hace falta ser un experto para captar el mensaje.

Lili le miró con dureza.

—¿Ah, sí? ¿Y qué mensaje se supone que captas? Dime.

—No os acerquéis —dijo Frost—. Mi teoría es que pillaron al tío intentando allanar la tumba y decidieron dar ejemplo con él.

Incluso bajo la tenue luz, Frost pudo ver el cambio brusco en la cara de Lili.

—Dios mío…

Se quedó mirando fijamente la calavera un momento y luego se arrodilló y empezó a buscar entre la pila de huesos y metal.

Frost miró a Denison, pero su viejo amigo parecía igual de confundido al ver lo que hacía la chica.

—¿Lili?

No levantó la vista.

—Intentó saquear la tumba, pero le capturaron y le mataron. Dejaron su cadáver como advertencia. Es lo único que tiene sentido. ¿Y quién sabemos que quería algo que estaba en la tumba de Nennio?

Se hizo el silencio un instante hasta que Denison respondió:

—¿Labieno?

—La respuesta estaba delante de nuestras narices, en el palimpsesto. Labieno pedía permiso para ir a recuperar la espada. —Sacudió la cabeza con desprecio—. Fuimos estúpidos al pensar que ahí acababa todo.

—¿Y se supone que este es Labieno? —preguntó Frost mientras señalaba la calavera—. O lo que queda de él…

—O alguien de su cohorte… —La voz de Lili se fue apagando al encontrar algo en la pila de huesos. Cuando sacó la mano, sostenía con delicadeza un tubo largo de bronce o cuero; estaba tan deteriorado que Frost no sabía distinguir de cuál de los dos era. Con sumo cuidado, lo rascó con la uña y, a pesar de su meticulosidad, varios trozos grandes del tubo se rompieron nada más tocarlos.

—¿No deberías hacer eso en un laboratorio? —preguntó Frost.

—No hay tiempo. —La voz de Lili, apremiante, era casi un susurro, como si temiera que solo con el aliento su descubrimiento pudiera desintegrarse por completo entre sus manos—. Hay un pergamino dentro. Un mensaje de hace dos mil años. Puede que nos diga a dónde se llevaban la espada los romanos.

Los ojos de Denison brillaban de entusiasmo y, por un instante, Frost también lo sintió; el descubrimiento no era solo una pista que les acercaría un paso más a su

objetivo, sino una prueba de que iban por el buen camino, la prueba real de una leyenda con la que todos, incluso él, habían crecido. Ahora comprendía cómo un hombre racional y cauto podía verse seducido por completo por el encanto de un tesoro enterrado.

Y entonces, Frost vio algo que le hizo olvidarse de todo lo relacionado con legionarios muertos y espadas mágicas.

Algo muy sutil, un ligero cambio en el nivel de luz ambiental y en la orientación de las sombras proyectadas en la pared del pasadizo principal. En cualquier otro lugar no le habría prestado atención o lo habría pasado totalmente por alto.

Sin embargo, a varios metros bajo tierra, donde las únicas fuentes de luz eran una linterna casi gastada, la luz de un llavero y la pantalla del móvil de Frost, las tres enfocadas en el nicho fúnebre, solo podía significar una cosa.

—Viene alguien —dijo, manteniendo la voz baja.

Lili no apartó la mirada de su faena, pero Denison sí. Se dio la vuelta para mirar túnel abajo.

—¡Nos han encontrado! —dijo más alto de lo que a Frost le hubiera gustado.

Frost tenía una teoría personal: la negación era un rasgo evolutivo. Era el resultado de muchas generaciones de homínidos haciéndose los muertos para evitar que un león se los comiera en la sabana africana. Y a pesar de sus años de entrenamiento y de experiencia, que habían perfeccionado tanto sus reflejos como sus instintos, su primer impulso seguía siendo la negación evidente; había innumerables explicaciones posibles que no tenían que ver con sociedades secretas ni conspiraciones. Habían cavado un agujero en un lugar prácticamente público y era imposible saber quién habría podido dar con él: algún vecino que estuviera dando un paseo nocturno, un borracho que volvía del *pub*, el encargado del cementerio de la catedral que buscaba las herramientas robadas e incluso un policía local que había respondido a una llamada de alguien diciendo haber visto a gente cavando en la arboleda. Puede que esta vez no tuviera que tratarse del peor escenario posible. Pero la voz interior que tantas veces le había salvado la vida se rio de él. Sintió el estremecimiento frío de la adrenalina recorriendo su cuerpo y, sin ni siquiera pensarlo, sacó la Browning.

Se llevó el dedo a los labios, avanzó lentamente y se asomó desde el nicho para mirar por el pasadizo.

Vio dos puntos de luz ondulando en la oscuridad. Y no cabía duda de que avanzaban hacia ellos.

Primero: determinar el propósito. No iba a permitir que se acercaran más antes de saber qué tipo de amenaza suponían.

Enfocó la luz en su dirección.

La reacción fue inmediata.

A no más de un metro de donde se escondía, una ráfaga de polvo y roca pulverizada salió disparada de una parte del pasadizo. Una fracción de segundo

después, un sonido semejante a los golpes de un mazo inundó el túnel.

«Eso lo aclara todo», pensó Frost, retrocediendo una pulgada más para tratar de ocultarse en la pared.

Asomó la Browning por la esquina y dio dos disparos rápidos apuntando a las luces. No pretendía darle a nada en concreto. Solo quería confundirles. El sonido del disparo llenó el nicho. Lili se tapó los oídos con las manos. Denison apenas se estremeció.

Más disparos silenciados desgarraron el aire; esta vez alcanzaron la roca y la madera antigua. Una tercera descarga impactó más allá del nicho, perdiéndose en la oscuridad. Intercambiaron disparos durante casi un minuto hasta que el aire se llenó de polvo y cordita.

Frost disparó otras dos veces hacia la parte de abajo del estrecho túnel.

A pesar del zumbido en los oídos, consiguió escuchar un jadeo sordo y un agudo grito de dolor, pero antes de que pudiera aprovecharse de su ventaja, el nicho se deshizo en un miasma de humo, polvo y ruido cuando otra ráfaga de tiros continuada embistió contra la estructura del túnel donde se encontraban. Intentó encontrarle un sentido a todo ese caos: lo más probable era que fueran cuatro hombres y, dada la brutalidad del tiroteo continuado, que tuvieran munición para rato.

Frost tenía dos cargadores de repuesto con trece balas cada uno más las cinco que le quedaban en la Browning. No iban a durar eternamente, incluso si se contenía.

—¡Eso es! —Estuvo a punto de volverse al oír la voz de Lili. Pero no podía preocuparse de ella si quería seguir con vida. Estaba estudiando detenidamente el contenido del pergamino. Había conseguido desenrollar el frágil papel y mantenerlo más o menos intacto. Fragmentada y descolorida, la escritura aún era legible—. ¿Cómo he podido ser tan tonta? —se reprochó Lili, ajena al peligro al que se enfrentaban.

—¿Qué dice? —le apremió Denison.

A Frost no le importaba qué ponía, a no ser que contuviera un pase a prueba de fallos para salir de la cárcel en la que se había convertido la cueva en la que estaban metidos.

Hubo un paréntesis en los disparos del enemigo. Aunque tampoco es que eso mejorara las cosas. El túnel seguía cubierto de polvo y gases. Intentó ver si era capaz de escuchar el crujido delator de una pisada o cualquier cosa que pusiera al descubierto el avance de sus enemigos.

Frost no era una víctima. Y no iba a convertirse en una.

Agarró a Denison del hombro.

—Usa el detector ese para encontrar una ruta de escape.

—No hay salida. Tuvimos que cavar para poder entrar. El acceso ha estado enterrado durante dos mil años.

—Me da igual. Busca otro punto que esté cerca de la superficie. Cavamos para entrar y cavaremos para salir si hace falta. Prepárate para salir corriendo cuando te dé

la señal.

No esperó a que le respondiera. Apuntó directamente al centro de la polvareda y vació el resto del cargador: dos balas a la izquierda, una al centro y dos a la derecha. Incluso antes de que el sonido del último disparo se disipara, las paredes de arcilla explotaron en una tormenta de plomo que destrozó el pasadizo.

Frost metió de un golpe un cargador nuevo en la GP-35, pero se contuvo.

Denison y Lili analizaban la señal del detector lo más rápido que podían para localizar caminos a través del laberinto de tumbas.

—Preparaos —repitió—. En cuanto paren los disparos, salimos de aquí. ¿Entendido?

La única respuesta fue un gesto seco de afirmación por parte de Denison; Lili ni siquiera alzó la mirada.

Treinta segundos después, cesó el estruendo repentina e inesperadamente.

Frost esperó a que terminara la tregua.

Siempre terminaba.

Contó hasta once en silencio y luego rugió:

—¡Vamos!

Denison cogió a Lili de la mano y salió corriendo a toda velocidad hacia la oscuridad.

Frost comprobó que se iban antes de seguirlos.

No había dado ni cuatro pasos cuando se escuchó un sonido metálico hueco en el suelo del túnel. No necesitaba verlo para saber exactamente de qué se trataba.

No había tiempo para un grito de advertencia, además de que, de todas formas, cualquier grito les habría hecho perder tiempo de reacción. Frost pegó un acelerón con los brazos bien abiertos, agarró con fuerza a la pareja y los lanzó al suelo justo una milésima de segundo antes de que la granada detonara.

8

LOS CUATRO SERES

Mansión Nonesuch. 20:56 UTC.

Sir Charles suspiró y se frotó el caballete de la nariz en un intento por ocupar su mente en otra cosa que no fuera el persistente dolor de cabeza.

Volvió a mirar a la información que aparecía en el monitor.

—Atiborrarse o morirse de hambre —dijo, y miró a Lethe. Rodeado de teclados y monitores, además de una hilera de latas de bebida energética vacías que recorría todo el borde de su escritorio, el joven parecía extrañamente impotente; toda esa información al alcance de sus dedos y no había forma de darle uso.

—Déjalo —declaró *sir* Charles—, Lethe, ¿qué es lo que sabemos realmente?

El joven parpadeó.

—¿Señor?

—Se trata de los hechos. Tenemos toda la información que necesitamos. Incluso podría decirse que demasiada. Ahora tenemos que darle sentido. Y eso significa que tenemos que salir de nuestras zonas de confort. Hay que juntar las piezas.

Lethe asintió pausadamente mostrando su respuesta con gestos: «Soy el tío de la tecnología. Yo indago. Me aprovecho de los fallos de los sistemas y abro las puertas de atrás. No soy analista». Y era cierto. A la hora de cotejar datos primarios, Lethe era un mago, pero analizarlos era otra historia. Hacía falta una forma de pensar diferente para poner lo que él encontraba en un contexto humano. Ahí radicaba la espada de doble filo que suponía el progreso.

Sir Charles tenía la experiencia de toda una vida; había jugado y sobrevivido al juego de la Guerra Fría en la era del espionaje. Era un estratega. Un maquinador. Vivía en un mundo donde la intuición, más que la información, determinaba los ataques y contra ataques. Fue un «paso intuitivo» por parte del MI6 lo que llevó a dar la orden de eliminar a Tony Denison. Lo sabía bien. No cabía duda de que pensaban que era una lástima que Frost se viera envuelto en todo el asunto, pero cuando la cosa se puso fea, pasó a ser una pérdida aceptable. Un daño colateral.

El anciano necesitaba encontrar el modo de ponerse por delante en el juego.

«¿Intuición o información?». Era una elección avocada al fracaso. Una sin la otra era inútil.

—Igual que Alicia, tenemos que empezar desde el principio. Vayamos solo a los hechos: ¿qué es lo que sabemos realmente de los Cuatro Evangelistas?

Lethe empezó a teclear con rapidez, pero *sir* Charles levantó una mano.

—Olvídate de internet, Lethe. Ya he hablado de lo que sabemos. Ya hemos leído todo lo que sale en Google sobre el tema, así que sintetízamelo.

Lethe dejó de teclear, pero sus dedos no podían parar de moverse. Cerró la mano derecha en un puño y la volvió a abrir, extendiendo los dedos por completo. No se sentía cómodo, pero al anciano no le importaba. La comodidad era un lujo que ninguno de ellos se podía permitir.

—Piensa que se trata de un concurso de preguntas.

—Eso no me ayuda. El nombre viene del Libro de las Revelaciones…

—El Apocalipsis. Nada de revelaciones. Es un error común.

Lethe parpadeó.

—¿Acaso importa?

—No lo sé, pero es un hecho. Continúa.

—Bueno… según el MI6, este grupo cree que el Apocalipsis no es una visión religiosa en absoluto, sino un esquema para dominar el mundo. —Lethe golpeteó el escritorio con los dedos para calmar el evidente deseo de teclear para que apareciera algo en la pantalla que respaldara sus palabras—. El origen de la idea la presentó por primera vez un historiador italiano: Lorenzo Martedi, que postuló la idea de que Juan de Patmos no era cristiano, sino más bien una especie de líder guerrillero que intentaba organizar una revuelta contra Roma. Evidentemente, hubo quien pensó en usar el mismo plan en un contexto más moderno, aunque solo hay respaldo anecdótico sobre la existencia del grupo.

—¿Anecdótico?

—Los rumores circulaban por los chats de internet; teorías conspiratorias y ese tipo de cosas.

—¿Y Vauxhall se lo toma en serio?

Lethe se encogió de hombros.

—Eso es lo que pasa con las teorías conspiratorias. Si hay un número considerable de personas que empiezan a hablar de ellas, pueden volverse reales.

—¿Y qué teoría en particular defienden los Cuatro Evangelistas?

—Nada particularmente nuevo. Uno de los temas predominantes en los círculos conspiratorios siempre ha sido la aparición de un gobierno mundial. Es el gran mal que permanece en letargo; las fuerzas de Mordor y el Imperio Galáctico todo en uno. Una teoría dice que las agencias globales —las Naciones Unidas, el Banco Mundial y demás— se profetizaron en el libro de… del Apocalipsis… con forma de dragones y monstruos que intentaban apoderarse del mundo. Los Cuatro Evangelistas piensan que están en el bando de los ángeles, que se oponen al alzamiento del Anticristo.

—Y voy a asumir que el general de brigada Anthony Denison está relacionado con esta conspiración por su enérgica oposición a la globalización. ¿Existe alguna conexión más explícita?

—No lo sé. —Lethe llevó las manos al teclado, pero se detuvo—. Por si sirve de algo, encontré montones de tonterías conspiratorias en el disco duro de Denison, pero

no había nada que mencionara explícitamente este grupo en particular.

Sir Charles volvió a masajearse entre los ojos para intentar mantenerse centrado. Estaba muerto de cansancio, pero descansar era un lujo que ninguno podía tomarse. No si querían ayudar a Frost.

—¿El MI6 nombra a algún otro posible miembro?

—A unos pocos, en verdad. Cualquiera que haya expresado abiertamente ser pronacionalista está en la lista de observación; se parece bastante a una caza de brujas.

Entiendo que el nombre de «Cuatro Evangelistas» no quiere decir que los miembros del grupo tengan que ser obligatoriamente cuatro. Has dicho que el grupo hace una interpretación secular del Apocalipsis. Creo que usaste la palabra «esquema».

—Esa parece ser la postura del MI6. Los creyentes no consideran que sea cometido suyo el hacer cumplir la profecía; se quedan sentados a esperar que Dios la haga realidad.

—Eso si asumimos que no creen que Dios los haya elegido para ser agentes de la Voluntad Divina. —*Sir* Charles sacudió la cabeza—. ¿Un esquema? ¿Cómo es eso?

Lethe dejó de tamborilear con los dedos; *sir* Charles se dio cuenta de que había hecho la pregunta correcta.

—Una imagen vale más que mil palabras —dijo Lethe. Tecleó una línea de comando y, un instante después, el muro de monitores se llenó de líneas de texto.

Sir Charles comenzó a leer en voz alta:

—«En medio del trono y alrededor de él, había cuatro Seres Vivientes, llenos de ojos por delante y por detrás. El primer Ser Viviente era semejante a un león; el segundo, a un toro; el tercero tenía rostro humano; y el cuarto era semejante a un águila en pleno vuelo. Cada uno de los cuatro Seres Vivientes tenía seis alas y estaba lleno de ojos por dentro y por fuera. Y repetían sin cesar, día y noche: “Santo, santo, santo es el Señor Dios, el Todopoderoso, el que era, el que es y el que vendrá”».

—Los «Seres Vivientes» son los Cuatro Evangelistas —dijo Lethe.

Sir Charles continuó leyendo.

—«Después vi en la mano derecha de aquel que estaba sentado en el trono un libro escrito por dentro y por fuera, y sellado con siete sellos». Creo que he encontrado nuestro esquema, Lethe.

9

EL CABALLO BLANCO

Westminster. 21:18 UTC.

Konstantin Khavin caminaba henchido de confianza por el pasillo. Sentía cada vez más la intensa mirada del agente de policía uniformado que se interponía entre él y su objetivo: la entrada principal a Clarendon House, una de las residencias oficiales para los miembros de la familia real que se encontraba en la ciudad de Westminster. Cuando distaba menos de cinco metros, el hombre dijo en un tono amable pero autoritario:

—Está cerrado al público, señor. Lo lamento. Tendrá que venir mañana si quiere visitarla.

Konstantin siguió caminando sin inmutarse. Levantó la mano y dejó que se abriera la solapa para mostrar la placa de inspector de la Policía Metropolitana junto a la tarjeta identificativa con su fotografía. Ambas eran falsificaciones casi perfectas que podrían pasar casi cualquier examen visual. También superaban la mayoría de los métodos electrónicos de verificación. Konstantin había vivido en Inglaterra el tiempo suficiente como para poder enmascarar las peores facetas de su acento ruso con algo de concentración.

—Inspector Kennedy, del Comité contra el Terrorismo. Tengo que hablar con el comandante de guardia. Ya.

El hombre se enfureció un poco. Siempre se trataba de una competición para marcar el territorio. No iba a dejar que nadie de Scotland Yard viniera a darle órdenes sin que se lo currase. Como era su obligación, examinó la identificación falsa de Konstantin y se ajustó el auricular inalámbrico.

—Tengo aquí a un hombre del CCT, señor. Dice que tiene que hablar con usted. —El hombre le miró receloso pero acabó por asentir—. El inspector jefe Baxter es quien hace guardia esta noche, señor. Está en la oficina de seguridad… ¿conoce el camino?

—No. Nunca he entrado —dijo Konstantin, preguntándose si esa pregunta que parecía tan inocente acabaría resultando ser un santo y seña para ponerle al descubierto. Aunque el agente le dio de inmediato una serie de indicaciones y se apartó para dejarle pasar, sus preocupaciones no se disiparon por completo.

Una vez dentro, Konstantin ignoró las detalladas indicaciones del agente y empezó a deambular por los pasillos de la mansión.

Algunas puertas de las salas del piso bajo permanecían abiertas, sin duda, debido

a las visitas guiadas, así que Konstantin las atravesó sin pensárselo dos veces. No le importaba lo que decían sobre la vida, el universo y ese tipo de cosas. Lo que le interesaba era el circuito cerrado de cámaras que vigilaban desde el techo a intervalos regulares. Eran discretas, pero teniendo claro lo que se busca, eran fáciles de descubrir. El lugar estaba en silencio. Solo vio a algunos de los miembros del personal, ocupados en sus quehaceres. Que él viera, no había más oficiales del servicio de protección dentro. Tras unos minutos paseando sin escolta, le salió al encuentro otro agente a medio camino de unas escaleras que se suponía que no podía subir.

—¿Inspector Kennedy?

Konstantin se percató de que le llamaban por su apodo. Se podía asumir sin temor a equivocarse que habían seguido todos sus movimientos a través de las cámaras y que se comunicaban por radio con el tío de la puerta. Se volvió hacia el oficial uniformado, fingiendo estar avergonzado.

—Disculpe. Este lugar es un laberinto.

Solo recibió como respuesta un gesto afirmativo con la cabeza.

—Si no le importa seguirme, señor.

Konstantin se dio la vuelta y le siguió escaleras abajo, muy de cerca. El hombre le guio, vuelta tras vuelta, por puertas dobles contra incendios, recorriendo un camino por el primer piso que no parecía tener rumbo fijo y que claramente no formaba parte de la visita guiada. El policía llamó a una puerta metálica sin ningún tipo de placa que identificara qué se escondía tras ella y luego, sin esperar a que nadie respondiera, giró el picaporte y abrió la puerta.

El ruso se fijó en que no era necesaria ni una tarjeta llavero ni un código de seguridad para abrirla. Algo típicamente británico: la confianza. De la vieja escuela.

La oficina, igual que la puerta, era estrictamente práctica. Funcional. En otras palabras: fea. En vez de objetos de arte de valor incalculable, las paredes estaban adornadas con pizarras blancas y trozos de papel clavados con chinchetas que básicamente eran listas de turnos, los relevos de las rondas y los visitantes de cada día. Konstantin se fijó en la serie de pantallas planas que mostraban imágenes estáticas de los pasillos. En la pantalla central se veía una representación gráfica del plano de la planta, pero antes de que pudiera echarle un vistazo, el único ocupante de la habitación surgió detrás de un escritorio de fibra de madera y se dirigió a él.

—Kennedy, ¿verdad?

El inspector jefe Baxter parecía demasiado joven para tener un cargo importante en los servicios de protección, pero Konstantin sospechaba que eso no era ningún problema, ya que tenía el buen porte de un militar, que, junto con su físico atlético y sus rasgos cincelados, hacían que pareciera salido de un cartel de reclutamiento.

Konstantin respiró hondo; tenía que ser convincente para continuar con la farsa.

—Inspector James Kennedy, del Comité contra el Terrorismo. Pido disculpas por presentarme sin avisar, pero he sabido de una amenaza potencial contra su Alteza

Real.

Baxter tenía cara de póker. No dijo nada, pero le hizo un gesto para que tomara asiento. Solo cuando los dos hombres estuvieron sentados, el comandante de guardia rompió el silencio.

—Bueno, veamos de qué se trata. —La voz de Baxter mostraba cierto sarcasmo, pero Konstantin no estaba seguro de si se refería al mensaje o al mensajero.

—Ha surgido un grupo nuevo. Nacionalistas radicales. Se hacen llamar… los Cuatro Evangelistas. —Konstantin hizo una pausa intencionadamente; aunque había leído y releído el *email* de Lethe, que decía poca cosa del grupo al que se suponía que Tony Denison estaba afiliado, era la primera vez que decía el nombre en voz alta y cuando se escuchó pronunciarlo, le resultó extraño. Si hubiera tenido que dar el nombre de una célula terrorista, habría elegido un nombre que sonara mucho más despiadado, cruel y amenazador. Los Cuatro Evangelistas no le sonaba bien—. Hemos recibido un soplo de que planean atacar a su Alteza Real.

—¿Los Cuatro Evangelistas? Parece el nombre de un cuarteto de góspel.

—Ya, pero aunque lo parezca, todo indica que el ataque es inminente.

Konstantin recordó los puntos importantes del *email*, los frutos de la búsqueda apresurada de Lethe en la base de datos segura del MI6 y en los remotos márgenes de internet y su red de contactos del inframundo.

—El nombre viene de la Biblia; del Apocalipsis.

Baxter hizo un ademán de desprecio.

—Me da igual de dónde venga el nombre. Tan solo dígame qué están planeando y qué cree que debería hacer al respecto.

—El príncipe no está seguro aquí.

«El eufemismo del año», pensó Konstantin. Cuando entendió el significado de la carta que encontró en el apartamento de Denison y determinó qué iba a hacer a continuación: una búsqueda rápida de grupos informativos de internet dedicados a seguir las actividades diarias de la familia real le dio la situación exacta donde se encontraba el hombre que la había escrito. La familia real daba de qué hablar constantemente a periodistas profesionales, a *paparazzi* aficionados y a admiradores obsesionados por igual. A pesar de que tenían seguridad las veinticuatro horas del día —facilitada por el Comando de protección de élite de la Policía Metropolitana—, esos recursos no daban más de sí. Siempre habría puntos vulnerables. Al ruso no le llevó mucho tiempo identificar uno del que, al menos él, podía aprovecharse para probar su teoría.

—Deberían trasladarlo a un lugar seguro. —El ruso hizo una pequeña pausa antes de añadir—: Me gustaría tener la oportunidad de poner al tanto de la situación a su Alteza Real.

—Quizá quiera pedirle un autógrafo cuando le vea. O hacerse una foto.

Konstantin dejó ver su sorpresa en su curtido rostro, pero antes de poder quejarse, Baxter extendió las manos sobre el escritorio y se inclinó hacia delante.

—Pasé del CCT al SO14 hace justo seis meses. Lo curioso es, inspector Kennedy, que no recuerdo haberle visto nunca. Pero puede que conozcamos a las mismas personas. El inspector jefe dejó que el comentario, que era tanto una acusación como un reto, quedara en el aire.

Konstantin dejó que su máscara de indignación desapareciera.

Baxter había descubierto su farol. Al protestar solo conseguiría que lo que estaba a punto de hacer resultara más complicado. Extendió las manos para dejar patente su culpabilidad.

—Parece que elegí una mala tapadera.

Baxter también dejó atrás toda la fachada de educación y cortesía profesional. Se puso de pie de repente y llevó una mano a la culata de la pistola que tenía enfundada en el cinturón.

—Antes de que las cosas se pongan feas, deje que me explique. —Konstantin se recostó en la silla y levantó con rapidez las manos para mostrar que no tenía nada—. Es cierto, no trabajo para Scotland Yard.

—Dígame algo que no sepa.

—Trabajo para la corona. Estoy con la División Especial, y si conoce a alguien allí también, estaré encantado de comparar nombres, cumpleaños, colores favoritos y malas costumbres.

Baxter mantuvo su agresividad sin hacer ningún movimiento.

—Primero el CCT y ahora el SIS. ¿Por qué debería creerle?

—El MI6 trata con asuntos exteriores. No está en mis manos. Se lo hice llegar a los de arriba. La burocracia acabará poniéndose al día y el mensaje llegará a su destino, pero no hay tiempo para eso. —Khavin bajó las manos—. Mire, me disculpo por la farsa, pero créame, todo lo que le he contado es legítimo. Puedo demostrárselo.

—Dice un montón de gilipolleces, ¿lo sabía?

Cuando Khavin hizo el ademán, lento, de coger algo del bolsillo de su chaqueta, vio que a Baxter se le pusieron los pelos de punta.

—Voy a coger mi móvil —explicó Konstantin mientras se movía con cautela. Mantuvo la solapa del abrigo abierta para mostrar que no escondía ningún arma. Y con una lentitud mucho más exagerada, metió dos dedos en el bolsillo para sacar su *smartphone*. Golpeteó con los dedos en la pantalla para encontrar el mensaje que Lethe le había enviado y luego puso el teléfono sobre el escritorio—. Ahí está todo. Léalo usted mismo.

Baxter mantuvo la mano derecha preparada para coger su arma, pero extendió la otra hacia el teléfono con cautela. Tuvo que inclinarse un poco para alcanzarlo, momento que Konstantin aprovechó para llevar a cabo su movimiento.

Golpeó con la rapidez de una víbora.

Cogió a Baxter por la muñeca y tiró de él de forma que le dio la vuelta para que cayera de espaldas sobre el escritorio. Konstantin le rodeó la garganta con el brazo izquierdo de modo que se la apretaba entre el antebrazo y el bíceps. Al mismo

tiempo, le agarró con firmeza la mano derecha para inmovilizarla e impedir que utilizara el arma.

Khavin podía sentir la fuerza bruta de Baxter, que no era ningún enclenque, mientras forcejeaba para intentar librarse de la presa que le estrangulaba. Daba igual lo fuerte que fuera. Konstantin lo tenía cogido de espaldas, así que no podía hacer palanca y, por consiguiente, era incapaz de realizar ningún tipo de contraataque.

—No quiero hacerle daño. Asienta si me ha entendido.

El policía tenía los ojos abiertos de par en par; enfadado. Lo había entendido. Y también Konstantin.

Baxter empezó a realizar movimientos más decididos.

Intentó meter una mano entre su garganta y el brazo de Konstantin.

El ruso apretó incluso más la llave.

—No me obligue a hacerlo —dijo Konstantin tajantemente, pero Baxter no iba a dejar de pelear. Ya estaba desesperado y muerto de pánico.

Treinta segundos.

Baxter apartó las manos de la garganta y empezó a darle golpes en el antebrazo. Lo hacía con insistencia, casi con elegancia.

Seguramente el policía de seguridad había sido instruido en técnicas de combate en el suelo, como agarres, *jiu jitsu* y demás, pero una cosa era aprenderlas y otra usarlas en un combate a vida o muerte. Konstantin era un guerrero, pero ante todo era un superviviente. El impulso de golpearle había sido una reacción instintiva y desesperada; salida de la parte primitiva de su cerebro y programada por horas de combate simulado en un gimnasio. Las señales de seguridad no tenían ningún peso en el mundo real.

Konstantin mantuvo la presión hasta que Baxter dejó de forcejear con intensidad y, en cuanto cesó en su empeño, liberó a su presa con la misma rapidez y se aseguró de que seguía respirando. Usó las esposas de Baxter para atarlo a la silla. Había matado a dos empleados de Su Majestad y dejado a otro inconsciente en menos de dos horas. No es que estuviera haciendo amigos precisamente. Y las cosas iban a ponerse peor. Mucho peor.

Konstantin cogió su móvil y fue hacia la radio de Baxter. Le descargó el arma y se guardó los cartuchos en el bolsillo. En la pizarra blanca que había en la pared enfrente del escritorio estaban detallados los puestos de la guardia de aquella noche. Se comprendía de cuatro hombres sin contar con Baxter: dos en puestos fijos cerca de salidas clave y dos en patrulla. El ruso estudió los monitores del circuito cerrado de televisión en busca de la patrulla.

Luego se fijó en la pantalla central con los planos de las plantas de la mansión.

En una habitación del segundo piso, justo debajo de una etiqueta en la que ponía «Oficina 3», había una barra negra con un código de designación de seis dígitos. Era una frecuencia de radio; el servicio de protección real había puesto una etiqueta de identificación por radiofrecuencia. Konstantin observó los monitores unos segundos

más para asegurarse de que tenía paso libre antes de dejar con premura la oficina.

Menos de un minuto después, se encontraba frente a la puerta de la Oficina 3, mirando fijamente al mecenas confidencial de Tony Denison.

Era más viejo de lo que Khavin pensaba, no había duda de que la cámara añadía tantos años como kilos. El ruso llegó a pensar que seguramente tuvieran la misma edad. Nunca había sido de los que siguen los asuntos de la familia real, pero recordaba que hubo una época en la que la vida personal del príncipe había sido la comidilla de la prensa sensacionalista y de los chismorreos casi a diario. Ese tipo de «noticias» funcionaron bien en la Unión Soviética, era un ejemplo hecho a medida de los excesos de la burguesía en occidente. Pero incluso entonces, cuando no era más que un soldado de infantería durante la Guerra Fría, Konstantin no se había creído ese tipo de propaganda ni de lejos. Aun así, lo que le vino a la mente fue la imagen del príncipe: un joven con un polo, saliendo de juerga con modelos y actrices, derrochando el dinero robado a la clase trabajadora. «Ambos hemos envejecido», pensó mientras miraba al hombre.

El príncipe estaba sentado detrás de un antiguo y elegante escritorio aporreando un teclado tan solo con dos dedos. Alzó la mirada cuando el ruso entró en la habitación y luego se fijó en la Glock que sostenía el intruso.

—No tengo intención de hacerle daño, Su Alteza. —Khavin ya no escondía su acento—. Pero si se da el caso… —Se encogió ligeramente de hombros—. No voy a derramar ni una lágrima.

A su favor, el príncipe permaneció tranquilo.

—¿En qué puedo ayudarle?

La pregunta desconcertó a Konstantin. Era educado. Culto. Había imaginado que le pediría que se largara. Una amenaza. Se había metido tanto en el papel que con tanto descaro intentaba interpretar que no se había parado a pensar en qué esperaba conseguir si lograba su cometido. Y, de repente, estaba frente a frente con el príncipe. Había preguntas que responder y sospechas que confirmar, y las dos requerían la máxima urgencia dada la breve posdata que Lethe había adjuntado al informe sobre los Cuatro Evangelistas. Konstantin sintió un escalofrío de malas vibraciones cuando lo leyó: «Hemos dejado que Frost se las apañe solo. El viejo dice que sea lo que sea lo que estés haciendo, que lo hagas y lo hagas bien y que traigas a Frosty de vuelta».

No es que Ronan Frost fuera precisamente amigo suyo. No tenía amigos. Pero eran un equipo aunque solo fuera de nombre. Eran un grupo de lobos solitarios que trabajaban para conseguir un fin común. Y, aun así, sentía que existía un vínculo con Frost y los demás más profundo que la mera amistad.

La idea de que habían dejado a la deriva a uno de sus hermanos de sangre le dolía en el alma.

Haría cualquier cosa por ayudar a Frost.

Y, si la situación fuera la contraria, el irlandés movería cielo y tierra para ayudarle. Si aquello significaba tirar por el retrete su carrera, su libertad y quizás

incluso su vida, lo haría.

Era así de sencillo.

Y ahí estaba.

«¿Y ahora qué?».

No había tiempo para indecisiones. Una artimaña elaborada les habría dado tiempo para reagruparse. «Entonces, la verdad… al menos la justa para echar el anzuelo».

Atravesó la habitación con paso rápido, manteniendo al príncipe en el punto de mira, y tiró la carta doblada en el escritorio.

—Usted escribió eso, ¿verdad? ¿Tony Denison lo hace por usted?

El príncipe bajó la mirada hacia el papel.

Su silencio era lo único que necesitaba para confirmar sus sospechas.

—¿La espada? —le presionó Khavin—. ¿Qué la hace tan importante?

El príncipe le miró, examinándolo para poder formarse una opinión de él. Era difícil averiguar por su expresión si no encontraba a Konstantin capacitado para entenderlo.

—El general de brigada me está haciendo un favor personal. —El príncipe levantó lentamente la mirada del papel para encontrarse con la del ruso—. No sé por qué eso podría resultar de interés para su gobierno.

«Cree que soy del FSB». Khavin reprimió una sonrisa. «Bien». *Sir* Charles le habría dado su bendición, pero de ninguna manera le habría autorizado a cachear a uno de los miembros de la familia de su majestad por muy alejados que estuvieran de la sucesión al trono. Y aunque Khavin había dejado claro que cuando la mierda salpicaba por todas partes, él actuaba por cuenta propia, todo acabaría recayendo en Nonesuch. Así que si el príncipe quería pensar que era un agente de inteligencia extranjero, no hacía daño a nadie.

—El que hace las preguntas aquí soy yo —dijo bruscamente y exagerando su acento hasta proporciones casi cómicas.

—Muy bien. La espada es un objeto histórico. Si supiera algo sobre mí, sabría que tengo un gran interés en la arqueología.

—Supongamos que no comparto sus intereses; dígame, ¿vale mucho dinero?

—¿Dinero? —El príncipe parecía horrorizado por semejante sugerencia—. Imagino que su valor es incalculable.

—Pero esa no es la razón por la que la quiere, ¿verdad?

No hubo respuesta.

—Esta noche, Denison ha estado a punto de ser asesinado —continuó Khavin—. Varias veces, de hecho. ¿Le sorprende?

—¿Intentaron matar a Tony? ¿Está…?

—Sigue vivo.

El príncipe se desplomó en la silla.

—¿Quién? ¿Quién está detrás de todo esto? ¿Quién haría tal cosa?

Una vez más, Konstantin debatió cómo enfocar las cosas y decidió de nuevo que la verdad daría los mejores resultados y los más rápidos. Forzó una risa gutural.

—¿No lo sabe? Estos aspirantes a asesino trabajan para su gobierno. Se trata de la inteligencia británica, Su Alteza.

Su mirada se llenó de terror.

—Es imposible. Miente.

«Ahora», pensó Khavin.

—Creen que le están protegiendo. Verá, piensan que Denison es uno de los Cuatro Evangelistas.

—Tony no es… —El príncipe se contuvo—. Me temo que no tengo la menor idea de lo que me está hablando. Debería marcharse. Mientras aún pueda.

Desde el mismo instante en el que leyó la carta del príncipe, Konstantin supo exactamente por qué el MI6 había autorizado fijar el blanco en el antiguo oficial de brigada; y el *email* de Lethe no había hecho más que confirmar su teoría. La búsqueda de una reliquia le era irrelevante; una cortina de humo. Lo único que importaba era que un hombre que criticaba abiertamente la política de exteriores británica, un hombre que se creía que formaba parte de una conspiración nacionalista radical, le estaba haciendo un favor extraoficial a la corona. El asunto sería más que vergonzoso si alguna vez saliese a la luz. Además de que el MI6 creía que los conspiradores estaban preparándose para lanzar una ofensiva.

Y hasta ese momento, la única pregunta que Konstantin se había hecho era si el príncipe había participado en la decisión de terminar con Denison.

Ahora tenía su respuesta.

«Tony no era… ¿qué? ¿No es uno de los Cuatro? ¿Y cómo podía saber eso Su Alteza?».

El desagradable ruido de la radio resonó en su oreja:

—Base, aquí Puerta Norte. Comprobando radio, corto.

Miró la hora en su reloj de pulsera. Las 21:29. Los centinelas llevaban un minuto de adelanto respecto a la programación de sus llamadas de comprobación.

Al ver que Baxter no respondía, alguien vendría a investigar. No tardarían más de dos minutos en descubrir que estaba muerto.

Pero no podía irse ahora. No sin saber más.

—Creo que sabe exactamente lo que significa. Los Cuatro Evangelistas… ¿quiénes son? ¿Qué son?

El príncipe miró atrás; no mostraba signos de confusión interna. Mentía muy bien. Así que Konstantin se dejó de sutilezas.

—Matarán a Denison y nunca tendrá su espada. Mis… —Se apoyó pesadamente en el escritorio para decir—: empleados no saben si eso es algo bueno. Les preocupan las variables que podrían desestabilizar una situación delicada. Me dijeron que fuera a ver en qué lado queríamos estar. Así que dígame por qué la espada es tan importante. —Se apoyó con los nudillos en el antiguo escritorio y se inclinó hacia delante—. ¿Es

usted uno de los Cuatro Evangelistas?

El hombre se recostó lentamente en la silla.

—Por lo que veo, no sabe nada sobre ellos.

El mensaje de Lethe los describía como un grupo conspiratorio cuasirreligioso con inclinaciones bíblicas, pero, sin el contexto adecuado, era difícil captar con exactitud lo que quería decir. ¿Cuál era exactamente la diferencia entre un adoctrinamiento religioso y otro? La Biblia tenía la misma significación para él que el Corán, el Bhagavad Gita o cualquier otra locura inventada como la dianética. No eran más que patrañas. La única verdad que sabía que era cierta con seguridad era que, dijeran lo que dijeran esos libros, los extremistas encontrarían una forma violenta y sangrienta de interpretar las Sagradas Escrituras.

El príncipe no esperó a que le respondiera.

—Fue estúpido por mi parte involucrarme en todo esto. David hizo que pareciera tan inocente… tan perfecto…

—¿David? —dijo Konstantin.

—David Habersham. Un viejo conocido.

Konstantin notó un cambio en su tono de voz y la elección diplomática de las palabras. El príncipe ya estaba buscando formas de distanciarse del problema.

—¿Y ese Habersham es uno de los Cuatro?

No parecía que el príncipe hubiera oído la pregunta.

—El Apocalipsis describe a cuatro ángeles que tienen la cabeza de un animal diferente cada uno. Tradicionalmente, se les ha asociado con los autores de los cuatro evangelios, así que normalmente se les denomina los «Cuatro Evangelistas». En el Apocalipsis, los cuatro son testigos de la apertura de un pergamino con siete sellos. Cuando se abren los siete sellos, uno a uno, algo… bueno, ocurre algo fantástico.

Otro bufido sonó en su oreja.

—Base, aquí Puerta Norte. ¿Me recibe?

El príncipe malinterpretó el sutil cambio de expresión en la cara del ruso.

—No sabe nada de esto, ¿verdad?

—Puede que me perdiera algunos días de catequesis.

—Cuando se rompe el primer sello, sale un caballo blanco. Según la profecía, el jinete lleva una corona.

La mención al caballo le trajo algo a la memoria.

—¿Los Cuatro Jinetes del Apocalipsis?

—Ah, así que sí sabe algo.

—¿Qué tiene que ver eso con Habersham?

—David es, como ya ha supuesto, parte de ese grupo. Pero no son lo que piensa; no son en absoluto radicales ni extremistas y le aseguro que no son ideólogos religiosos que intentan que las profecías se hagan realidad.

Eso ya lo daba por sentado. El mensaje de Lethe había sido más detallado que nunca: «Usan el Apocalipsis como esquema para un plan nefario».

—Habersham cree que nunca se pretendió que el Apocalipsis fuera un libro profético, sino que, más bien, era un mensaje en clave. Una forma de difundir una estrategia diseñada para romper la hegemonía de Roma.

—¿Roma? ¿Cómo en el Vaticano?

—Las siete secciones del pergamino eran los siete pasos del plan, y la primera sección y la más importante era establecer un gobernante legítimo que fuera capaz de liderar la causa. —El príncipe mostró una sonrisa bastante culpable—. Una interpretación singular, sin duda, pero, si me permite explicárselo un momento, la idea no es tan descabellada. Sabemos muy poco acerca de Juan de Patmos; durante años se creyó que era San Juan el Divino, pero muchos estudiosos han llegado a la conclusión de que era alguien completamente distinto. Puede que incluso se tratara de un exiliado político, decidido a utilizar el Cristianismo como base de su revuelta.

Konstantin volvió a comprobar su reloj. Aunque el príncipe estaba dándole información, no lo hacía con la suficiente rapidez ni sobre nada importante. Apretó el puño. Tenía que irse, pero no iba a hacerlo ahora. No cuando las piezas empezaban a encajar. No tenía una idea clara, pero estaba seguro de que estaba a punto de… bueno, de tener una revelación.

—El jinete del caballo blanco lleva una corona. ¿Eso es lo que Habersham le prometió? ¿Una corona?

El príncipe dejó entrever su extraña sonrisa.

—Créame, abandoné tales ambiciones hace largo tiempo. La corona no está hecha para mí.

«La corona…».

El Reino Unido era una monarquía solo de nombre. La corona era un símbolo, un eco. Pertenecía a una época olvidada y la casa de Windsor no era más que una familia de celebridades. Pero mientras el marco del imperio permaneciera intacto, siempre cabía la posibilidad de volver a glorias pasadas; si la persona adecuada llevaba la corona.

—Puede que no para usted —dijo Konstantin cuando encajó otra pieza del puzle—, pero es posible que quiera obtener algo más para el siguiente rey. Con ella, podría ser más que un simple florero. —Estaba seguro de que se le escapaba algo—. Lo que no entiendo es qué pinta Habersham en todo esto. Ni la espada.

El príncipe hizo una única negación con la cabeza, como si no le diera importancia.

—Simbolismo. La espada es un símbolo histórico de la autoridad real. Al anunciar su descubrimiento se generaría una gran cantidad de publicidad positiva para la corona y, si eso ocurriera en el momento oportuno… bueno, David lo comprende. Él fue el primero que sacó a la luz la misión de Tony para encontrarla. Aunque es algo completamente inocente. No puedo creer que haya vidas en juego por culpa de esto. No es que estemos tramando la próxima Conspiración de la Pólvora.

Konstantin se preguntaba si Habersham pensaría lo mismo.

Los Cuatro Evangelistas no era un club social. No intentaban ganarse el favor de una celebridad de rango elevado para que les avalaran. No eran memos ni bienintencionados ni tampoco unos putos grillados; fuera lo que fuera lo que estaban planeando, era algo lo suficientemente peligroso, real y serio como para que el MI6 soltara a los perros.

Pero ¿en qué posición dejaba eso a Denison?

—Base, ¿estás ahí? ¿Al? —Se notaba la preocupación en su voz; se habían acabado los dos minutos. Habían encontrado a Baxter en la sala de control. Y aunque había todavía muchas preguntas sin responder, se había quedado sin tiempo.

—¿Dónde está Habersham ahora?

El rostro del príncipe se cubrió de preocupación.

—¿Por qué?

La frustración se apoderó de Konstantin; el príncipe estaba paralizado. Quería pasar por encima del escritorio, agarrar al hombre por las orejotas y aplastarle la cabeza contra la mesa. Pero no hacía falta, a veces bastaba con una amenaza. Bajó la Glock, gruñó enfadado y volvió a subirla, clavando la boca de la pistola en el hombre al otro lado del escritorio.

—¿Dónde está?

El príncipe se puso blanco.

—En el continente. En Holanda, creo.

Konstantin asintió. Bajó el arma y retrocedió hasta la puerta.

—Un consejo. La próxima vez, Alteza, elija mejor a sus amigos.

Dicho eso, Konstantin abrió la puerta de un empujón y salió corriendo.

10

EL BANDO EQUIVOCADO

Saint Albans. 21:32 UTC.

Frost se sentía como si hubiera salido disparado de un cañón.

La detonación le sacudió por completo, lanzándolo por los aires y haciéndole sentir un dolor punzante, intenso y atroz por todo el cráneo. Sus sentidos estaban sobresaturados, vista, oído y olfato eran un todo. No podía ver nada. No tenía forma de saber si tenía los ojos abiertos o cerrados. Y un zumbido resonaba en sus oídos; agonizante e intenso.

No podía sentir el suelo. Sus brazos y sus piernas se negaban a responder.

Iba volviendo en sí con cada bocanada de aire que tomaba, estremeciéndose violentamente, como si se estuviera ahogando. Pero por mucho que luchara, no lograba salir a la superficie.

«Estoy vivo».

Era un pensamiento. Una frase. Dos palabras. Pero lo significaban todo.

Las cosas cambiarían si no hacía algo.

—¡Tony! —No podía oírse. Tenía la boca llena de polvo de cal seca. Le picaban las membranas nasales por culpa del residuo de los altos explosivos—. ¡Lili!

—¡Estamos bien! —Oyó gritar a Denison.

Un débil resplandor surgió a menos de un metro; era la luz del llavero de Denison, cuyo puntito de luz se difuminaba debido a la nube de polvo.

—¿Qué ha ocurrido? —Sonó la voz de Lili, que arrastraba un poco las palabras.

Frost parpadeó, intentando ver algo a pesar del dolor de cabeza.

—Salieron por patas a la superficie y lanzaron una granada al túnel. Tuvimos suerte. Rodó túnel abajo antes de explotar. Si no hubiera sido por eso, no podríamos contarlo. La explosión se concentró en el túnel.

—Qué estúpidos —espetó Lili—, podrían haberlo derrumbado.

—Creo que esa era la idea. —Como si el universo quisiera apoyar su teoría, una fuerte vibración restalló a través de las rocas que había bajo ellos—. Tenemos que salir de aquí.

Frost intentó alcanzarse los pies. Fue bajando, tocándose la pierna para comprobar si estaba herido. Palpó con los dedos algunos puntos doloridos, pero no tenía heridas abiertas. Viviría.

Denison se acercó tanto a él, que Frost podía verle la cara con la luz del LED, pero todo lo demás permanecía borroso por el polvo que seguía asentándose.

—No logro encontrar el mapa del detector —dijo—. No sé hacia dónde ir.

—Pues empecemos por salir de aquí cagando leches.

Frost se puso de rodillas y, tras escarbar unos segundos por los escombros, encontró su Browning. Sacó el teléfono móvil del bolsillo y lo utilizó como linterna para alumbrar el túnel junto a Denison.

Volvió a sonar un rugido que provenía del túnel.

Esta vez sintió cómo le rebotaba en el hombro algo del tamaño y peso de una bola de granizo. Escombros. Algunos de un tamaño algo mayor que sus dos puños juntos cayeron detrás de ellos. Réplicas. La granada había desestabilizado la integridad estructural del túmulo. Iba a derrumbarse.

—Tenemos que salir de aquí —repitió.

Fue Frost quien tomó la iniciativa. Extendió los brazos como si fuera a resguardarlos bajo sus alas y los llevó pasadizo arriba tan rápido como se atrevieron a adentrarse en los angostos confines de las tinieblas. Frost había vivido toda la vida con un auténtico pavor a ser enterrado vivo. Sintió cómo la piel se le empapaba de sudor. Se le aceleró el pulso. Intentó no pensar en la cantidad de tierra que se cernía sobre su cabeza. Tan solo quería salir de ahí. El miedo era el enemigo.

Los empujó para que siguieran avanzando.

Doblaron una curva del túnel y, tras unos metros, el aire empezó a ser más puro. Las luces de sus improvisadas linternas revelaron la magnitud del daño que había hecho la explosión.

Una clásica granada de fragmentación M67 con 200 gramos de altos explosivos era más que suficiente para arruinarle el día a cualquiera, especialmente cuando se juntaba con una ráfaga de metralla de plomo lanzada a velocidades demenciales debido a la explosión. Pero mientras el pasadizo les había protegido de los peores efectos de la granada, la geología única de la maraña de pasadizos, plagada de cavidades tanto naturales como hechas por la mano del hombre, había transmitido la onda expansiva como si fuera la caja hueca de un timbal. Y cuando el suelo bajo Holywell Hill tembló en torno al epicentro de la explosión, algunas de las grietas se debilitaron y trozos de roca que habían permanecido inamovibles durante siglos empezaron a desplazarse como si fueran granos en un reloj de arena.

Las prisas hicieron que apenas se fijaran en los agujeros informes de los nichos funerarios que había a su paso. Muchos se habían derrumbado y había huesos y escombros esparcidos por el pasadizo.

Frost se esperaba que los efectos de la explosión disminuyeran conforme se alejaban del epicentro, pero incluso dos curvas más adelante, bien apartados del radio de daño inmediato, las ruinas rozaban lo catastrófico.

Como si le hubiera leído la mente, Lili dijo:

—El pasadizo es una espiral. Estamos dando vueltas sin parar, pasando por encima del lugar donde detonó la granada.

—¿Estamos yendo hacia arriba? —Frost no se había dado cuenta de eso, pero en

este entorno estrecho y totalmente nuevo para él, que además era mucho más caótico debido a los bloques de roca que caían y bloqueaban parcialmente el camino al quedar clavados en el suelo formado ángulos muy singulares, era imposible orientarse a no ser que se fuera un GPS con patas.

Nadie respondió a la pregunta, pero a medida que seguían avanzando por el túnel, parecía que la observación de Lili se hacía más probable. Los crujidos chirriantes de la roca moviéndose y de la madera viniéndose abajo aumentaban y, luego, disminuían conforme daban vueltas una y otra vez colina arriba.

Cuando se acercaban a otra parte del pasaje llena de escombros, Lili desapareció.

Un segundo estaba allí y al siguiente no.

Frost alcanzó a verla un instante levantando los brazos, pero se desvaneció antes de que pudiera agarrarla. La escuchó dar un grito y vio caer a Denison a su lado.

No se desvaneció de la misma forma que Lili, sino que cayó de culo con todo su peso y, con una mano, intentó aferrarse a algo.

Con la mano con la que Frost había intentado coger a Lili, agarró a Denison de la camisa. Su peso le arrastró hacia abajo. Solo entonces, vio la fisura que cruzaba el suelo y el techo del pasadizo; una profunda grieta que llegaba varias secciones más arriba del pasadizo enroscado.

Sentía que le era imposible seguir agarrando a Denison por culpa de su peso, pero no iba a soltarse. Lo único que Frost podía hacer era mantenerse sujeto y no resbalar mientras trataba de tirar de su amigo para sacarlo de la hendidura.

Le ardían todos los músculos del cuerpo.

Se le escurría.

Apretando los dientes, Frost volvió a tirar de él y la roca sobre la que se encontraba Denison se desmoronó.

Se cubrió la cara y se tumbó boca abajo con rapidez, extendiéndose lo más posible para bajar el centro de gravedad, y agarró a Denison con la otra mano para tirar de él.

Denison se apartó corriendo del borde de la grieta, resoplando y respirando con dificultad. Frost se dio cuenta de por qué le pesaba tanto; Denison había conseguido lo que él no pudo: agarrar a Lili por el brazo cuando cayó.

Una vez los dos hombres estuvieron en suelo firme, rescatar a Lili solo les llevo unos segundos. Pero no hubo ni felicitaciones ni agradecimientos. Lo único que hicieron fue tumbarse y jadear hasta que recuperaron el aliento. El corazón de Frost seguía latiendo a mil por hora.

Lili le quitó la linterna a Denison y se puso a estudiar los escombros esparcidos a su alrededor.

—Las rocas… —dijo con incredulidad—. Las han cortado.

—¿Cómo? —preguntó Denison.

—Mirad. —Cogió un trozo de roca cuadrado—. El corte no es natural. ¿Lo veis?

—Estamos en una caverna construida por el hombre —apuntó Denison.

Sacudió la cabeza y dirigió la luz hacia arriba, hacia la apertura de la fisura que bisecaba el pasadizo.

—Son ladrillos romanos de las ruinas de la antigua ciudad de Verulamium. Ese tipo de ladrillos se utilizaron en la construcción de la abadía original. Creo que estamos bajo la catedral.

Frost escudriñó el hueco.

—Apaga la luz —le instó.

Tras hacerlo y pasar unos instantes en total oscuridad, Frost vio un débil resplandor a no más de veinte metros de ellos.

—Tiene razón.

Los lados de la fisura eran casi verticales, pero la roca no se había fracturado limpiamente, sino que estaba deformada por agujeros irregulares y extrañas protuberancias; una escalera de mano perfecta para salir del abismo. Frost bordeó el final del pasadizo roto y empezó a buscar una ruta de escape. La grieta tenía unos cinco metros de ancho donde había dividido el túnel y se ensanchaba un poco más adelante, pero a unos metros a la izquierda se estrechaba hasta tal punto que Frost podía apoyar la espalda en la pared del fondo y subir como si se tratara de una chimenea.

No le llevó más de unos minutos.

Incluso antes de alcanzar el límite superior de la fisura, vio que Lili tenía razón.

Después de pasar un estrato calcáreo, se fijó en que había indicios de la arquitectura normanda, en la que, a su vez, se habían empleado materiales de construcción que databan de casi dos mil años atrás. En el borde, hizo fuerza con los brazos para subir todo su peso y entró en una sala apenas iluminada: la cripta.

Vio de inmediato que los estragos habían abierto una fisura en el techo del túnel, que era el suelo de la iglesia. Se puso de pie en un sarcófago, suponiendo que seguramente al muerto no le molestaba su presencia, y se impulsó para subir. Cuando se abrió la fisura que cruzaba el suelo, también se dañó uno de los arcos ornamentales, con lo que se había creado una cascada de piedra y masonería.

Frost se tomó un momento para inspeccionar la estancia, se fijó en el suelo de baldosas y en las paredes blancas apenas decoradas. Unos pasos más allá, en una plataforma elevada, vio varias filas de sillas de madera con el respaldo recto alineadas con una precisión propia del ejército y, más allá, un altar situado cerca del muro del fondo, justo debajo de un enorme ventanal circular. Solo alcanzaba a ver las vidrieras de colores ornamentales gracias a la luna. El efecto era raro.

Enfrente del altar había una zona abierta y, más lejos, más filas de sillas, además de estantes con libros de oraciones y las Sagradas Escrituras. Al otro extremo, solo pudo distinguir un balcón bajo cinco ventanales alargados y verticales, cada uno coronado con un elaborado arco gótico. Aunque el sitio era inmenso y tenía un techo abovedado alto, la zona para sentarse parecía bastante pequeña, así que lo más probable era que hubieran llegado a una de las capillas, más que a la catedral.

Concluyó el reconocimiento para ayudar a Lili a subir a la capilla. Cuando le cogió de la mano, retumbó una voz en la espaciosa estancia.

—¿Qué hacéis aquí?

Frost se puso a la defensiva y se giró para coger la Browning, pero antes de que pudiera sacar el arma, vio al hombre que les había hablado: de mediana edad, con pantalones caqui y una camiseta. Estaba en las escaleras que llevaban al balcón, observando con horror el arco dañado. «Uno de los conserjes de la catedral», supuso Frost, que sin duda había acudido debido al ruido del derrumbe.

Frost apartó la mano de la pistola y le hizo un ademán al hombre para que se acercara.

—El suelo ha cedido. Mis amigos están abajo.

El recién llegado mostró su irritación arrugando las cejas, pero no repitió la pregunta cuando se acercó a echarle una mano. Frost acabó de subir a Lili y la miró detenidamente por primera vez desde que empezaron a huir de los tiros; estaba casi irreconocible bajo la capa de polvo y sudor. Dadas las circunstancias, parecía una refugiada venida del mismísimo infierno. Seguramente él no tenía mejor aspecto.

Mientras Frost y el otro hombre ayudaban a Denison a salir de la fisura, Lili miró a su alrededor y reconoció de inmediato el lugar en el que se encontraban.

—Es el crucero norte, la parte más antigua que ha perdurado de la abadía, construida hace casi un siglo. —Se volvió hacia Denison cuando este consiguió salir del túmulo y se despatarró en el suelo de baldosas—. La localización de la abadía benedictina original debió de estar sobre la entrada a la cripta.

Su benefactor anónimo la miró con recelo.

—Veo que estás familiarizada con la historia de la abadía. Quizá ahora podrías explicarme por qué estáis aquí. Y cómo ha ocurrido todo esto —dijo, y dirigió la mirada desde el arco derrumbado hasta la grieta.

A Frost le habría bastado con que Denison y Lili inventaran alguna mentira convincente, pero antes de que pudieran decir nada, resonó un fuerte disparo en toda la sala y, un instante después, dos hombres aparecieron de entre las sombras por el lado oeste del crucero.

Frost reconoció a uno de ellos: al que había golpeado contra el suelo fuera del Royal Garden. Ambos corrían pistola en mano. El techo abovedado había amplificado el ruido del tiro realizado al aire de tal forma que sonaba como otra granada.

Volvían a estar en problemas.

—¡Al suelo! —gritó Frost.

Sacó la Browning mientras seguía su propio consejo, pero el hombre sin nombre, que aún seguía intentando comprender por qué habían aparecido esos tres visitantes además de la destrucción inexplicable de la propiedad sagrada, se giró instintivamente para ver a los recién llegados.

—¿Qué significa todo esto? —gritó sin comprender nada aún. Frost intentó

alcanzar al hombre para echarlo al suelo, pero en ese mismo instante, una sustancia cálida y húmeda brotó de su torso. Los tronadores disparos llenaron la catedral.

El hombre cayó de espaldas y una lluvia de disparos restalló sobre ellos, abriendo unos boquetes enormes en la mampostería.

Frost se alejó rodando del muerto y devolvió los disparos tumbado en el suelo.

Se le ralentizó el corazón. Estaba tranquilo como un muerto. Ya no tenía miedo. Este era su mundo: un mundo que entendía.

Disparó cuatro veces y todas ellas dieron en el blanco. El tirador al que había reconocido se retorcía y se revolvía en un macabro baile mientras Frost le cosía a tiros la ingle y el abdomen. La última bala le desgarró la garganta, de modo que la sangre arterial brotó a chorros de la herida.

Pero Frost ya se había puesto en marcha.

Volvió a tirarse al suelo, rodando para buscar cobertura detrás de las filas de bancos cuando las balas empezaron a martillear el lugar en el que había estado tumbado.

Frost se arrastró por el suelo hasta el pasillo central, gateando frenéticamente con las rodillas y los codos para apartarse de la línea de visión del asaltante que quedaba. Trataba de desviar la atención de Denison y Lili. Las balas fueron astillando uno a uno los bancos que había junto a él al colisionar con los respaldos rectos de madera. De pronto, una nube de astillas llenó el aire. La verdad es que los bancos ofrecían poca protección y ningún escondite; cuando movía o giraba la cabeza, tenía la impresión de poder ver los pies de su atacante a través de ellos.

El hombre estaba volviéndose para largarse de allí… Para dar caza a la pareja…

—Joder —gruñó Frost, y se puso de pie de un salto.

Disparó un par de veces en la dirección donde suponía que se encontraba, pero el tirador había anticipado su movimiento. Justo en el momento en que Frost sintió el retroceso de la GP-35 en sus manos, vio salir un fogonazo de la boca del arma de su oponente. Estaba a menos de veinte metros. Era más difícil fallar, incluso a pesar de que el torrente de sangre y la adrenalina gobernaban sus impulsos. Hizo un giro al tirarse en los bancos y sintió una agonía atroz cuando el costado, justo la parte entre la cadera y la caja torácica, dio de lleno con el duro borde de los respaldos. Pero incluso cuando se lanzó de cabeza hacia delante, sintió una especie de mordisco en el brazo izquierdo.

El dolor repentino enseguida dio paso a un entumecimiento frío.

Le habían dado.

Pero no tenía tiempo para pensar en eso. Se sentía pesado allí tumbado sobre las heladas baldosas. Y de inmediato estaba de nuevo en movimiento: gateando hacia el muro sur.

Avanzó refunfuñando para intentar ver al tirador entre el caos de patas de bancos. Varios de ellos se habían caído y le bloqueaban la visión, pero justo detrás de uno de ellos, consiguió atisbar por un segundo algo moviéndose.

Frost aprendía rápido. En lugar de asomar la cabeza para realizar un tiro certero, permaneció postrado y apuntó entre la maraña de patas.

El tirador dio un paso más y Frost apretó el gatillo.

Hubo una explosión de humo y ruido en el confinado espacio y Frost sintió el picor de la cordita en los ojos, pero entre los ecos ensordecedores del disparo de la Browning, oyó al tirador maldiciendo. Dado que estaban en una catedral, Frost no podía evitar tener la esperanza de que la sucesión de blasfemias que gritaba provocara un ataque divino. No tenía por qué ser nada extravagante; solo un poquito de ayuda de arriba.

Frost avanzó apoyándose en pies y manos, manteniéndose agachado, y llegó a la nave lateral norte en unos pocos segundos.

Cuando salió de la zona de bancos, apoyó las manos en el suelo para impulsarse y ponerse en cuclillas… o al menos esa era su intención. En cuanto apoyó todo su peso en los brazos, el izquierdo le falló y se dio de bruces contra el suelo.

El dolor se apoderó de su brazo, pero no podía sucumbir a él.

Rodó sobre el brazo bueno y se valió de la inercia para levantarse y así poder ir agazapado por la nave lateral lo más rápido posible. Conforme avanzaba, se dio cuenta de que, aunque su enemigo había seguido maldiciendo y aullando de dolor, no había realizado más disparos.

Bordeó con cautela el último banco que los separaba y vio al tirador sentado en el suelo cerca de la nave central apoyado contra un banco. Se agarraba con fuerza la rodilla en un intento fútil de detener la sangre, que se le escapaba entre los dedos. En cuanto vio a Frost, dejó de presionar la herida y salió un chorro de sangre espesa y de un rojo oscuro asqueroso. Desesperado, alargó el brazo para coger la pistola.

—Piensa que lo hago por compasión —dijo Frost.

Dos disparos: una bala en cada hombro.

El tirador cayó hacia atrás por el impacto con los brazos inutilizados; sus dedos dejaron líneas ensangrentadas en las baldosas y la pistola. No podía cogerla e, incluso si pudiera por algún milagro, era incapaz de apretar el gatillo. Frost echó un vistazo a su alrededor en busca de más amenazas, pero no encontró nada. La zona era segura. Por ahora. Con precaución, se levantó por completo y avanzó hacia el herido.

El tirador abatido respiraba rápido por el dolor de sus heridas y sus ojos se llenaron de una ira de impotencia mientras miraba a Frost, que se arrodilló frente a él.

—¡Cabrón! —espetó el tirador. El insulto vino acompañado de un rocío de sangre y le empezaron a brotar hilos de las comisuras de sus labios.

Frost no veía ninguna herida que pudiera explicar eso. Seguramente, el imbécil se había mordido la lengua durante el tiroteo. Sin atención médica, las tres heridas podrían resultar mortales. La ley de la oferta y la demanda: mientras el corazón siguiera bombeando, la sangre seguiría saliendo.

—Deja que te cuente un secreto —dijo Frost en un tono bastante razonable—. No podría importarme menos que pudieras salir de aquí con vida. Has intentado acabar

conmigo. Sigues respirando solo por una razón. Quiero saber para quién trabajas.

Le puso el cañón de la Browning a unos pocos centímetros de la frente.

El hombre le miró con furia.

Sus labios ya habían adquirido un matiz azulado. Su cara palidecía a cada segundo. Tosió. Pasó a ser algo más. Un sonido que seguramente era una risa.

—Eres hombre muerto, Ronan Frost. Estás en el bando equivocado.

Sus palabras no eran más que bravatas.

—¿Para quién trabajas? —repitió—. ¿Cómo nos habéis encontrado?

Sus preguntas recibieron la misma risita de estertor de la muerte como respuesta.

—Acaba el trabajo. No voy a traicionar a… —La tos empeoró.

Frost le metió la boca del cañón en uno de los agujeros del hombro y la removió de un lado a otro con fuerza.

El hombre gritó. Gritó con todas sus fuerzas.

—Basta de compasión. Voy a tener que hacerte daño.

—Mátame. No podéis ganar. No estoy solo. Mátame y pasa el resto de tu vida huyendo. Hazlo. Mátame. No tienes huevos.

—Hablas mucho para estar muerto —dijo Frost y le golpeó en la cara con la pistola. Quedó inconsciente antes de darse de bruces contra el suelo de la catedral. Frost le tomó el pulso. Era débil. Pero eso era mejor que inexistente.

«Estás en el bando equivocado».

Oyó un siseo extraño que provenía de debajo del cuerpo. Frost lo registró hasta que encontró una radio portátil sujeta en el cinturón.

—Fantasma uno, informe. La señal es fija. ¿Los has atrapado?

Frost lo comprendió todo de golpe.

Sacó el móvil, cogiéndolo como si se tratara del enemigo y presionó el botón con el pulgar para encenderlo. El indicador del estado de la señal en la esquina de la pantalla seguía igual: cuatro barras completamente llenas pero cruzadas por una raya en diagonal.

«Me rastrearon el móvil».

Pero se trataba de más que eso. Le habían cortado la línea con Nonesuch.

«El bando equivocado…».

Se dio cuenta de que Denison estaba agachado a su lado y que Lili se encontraba a tan solo unos pasos más allá con los brazos cruzados en el pecho.

—Dadme vuestros móviles —les ordenó.

Denison, con los ojos como platos, le dio el suyo sin hacer comentarios. Lili se limitó a hacer un gesto negativo con la cabeza.

—No tengo.

Frost puso el móvil de Denison en el suelo junto al suyo y usó la culata de la pistola como un martillo para machacar los aparatos hasta que no quedó nada de ellos. Parecía que Denison comprendía la situación y, cuando Frost terminó, le preguntó con calma:

—¿Y ahora qué?

Frost sentía una extraña ira en su interior. Miró a su viejo amigo. Su antiguo comandante. Quería saber la verdad pero nadie se la contaba.

—Dime. Se ha jodido todo a base de bien. Ni rastro de la espada y, en su lugar, gente intentando matarnos. Acabo de cargarme a dos hombres, Tony, y sigo sin tener ni idea de por qué. Y me han cortado la comunicación con los míos. Me han abandonado y no tenemos ninguna prueba evidente aparte de una puta pila de cadáveres. Así que vas a decirme tú qué es lo que se supone que vamos a hacer.

—¡No! —Las palabras de Lili eran tan inesperadas como inusitadamente contundentes—. Nada, no. El pergamino que encontré… Sé dónde está la espada.

—¡Joder, por amor de…!

Denison cortó a Frost.

—¿Dónde?

—El pergamino era una carta del mismísimo Octavio. Ese esqueleto era el de un centurión al que se le había ordenado llevar a Labieno, junto a una cohorte entera, a Britania para recuperar la espada y custodiarla hasta Roma, donde la conservarían en un templo, un templo que Julio César había planeado construir: el templo de Mars Ultor. —Se sentía cómoda hablando de todo eso. No tenía que ver con pistolas y crímenes de guerra. Era un territorio familiar. Algo en lo que era toda una maestra—. Supusimos que la espada seguía aquí, enterrada aún con Nennio. Nos equivocamos. Labieno la encontró y la robó de la tumba. Los britanos mataron al centurión… dejaron su cuerpo como advertencia… pero Labieno y los otros escaparon con la recompensa.

—¿Y qué pasa con todo ese rollo del rey Arturo y la espada clavada en la piedra? —dijo Frost, intentando seguir la conversación.

—Una pista falsa. Como dije antes, puede que hubiera un yunque y una espada, y que Vortigern afirmara que se trataba de la Crocea Mors, pero la verdadera espada estaba en otro sitio hacía ya tiempo.

Denison repitió su pregunta con apremio.

—¿Dónde?

—En Roma, por supuesto. Todos los caminos llevan a Roma.

Denison se volvió hacia Frost.

—Ronan, has hecho más por nosotros de lo que esperaba. No puedo pedirte que te quedes con nosotros…

Dejó en el aire la petición implícita.

«Estás en el bando equivocado…».

Ni siquiera sabía qué bandos había y, aun así, estos asesinos habían conseguido rastrear su teléfono móvil y localizarlos en Saint Albans. Su teléfono. Eso significaba que sabían quién era y para quién trabajaba, algo que incluso Denison desconocía.

«El bando equivocado… Me han vendido».

Una parte animal de su cerebro clamaba contra esa conclusión. El viejo no le

haría eso. Pero la parte racional no era capaz de pensar en otra alternativa. ¿Quién más podría haberle entregado? Señaló a la figura desplomada en el suelo.

—Me dijo que estaba en el bando equivocado. ¿Por qué me dijo eso, Tony? Quiero entenderlo. Si no, no puedo salir de aquí contigo.

—Te he contado todo lo que sé, Ronan.

—No.

Pero no percibió ningún signo de duplicidad en su cara.

Que todo este asunto de la conspiración del Nuevo Orden Mundial fuera verdad o no, para él era totalmente cierto, y eso era lo único que le importaba.

—Quieren matarnos solo para evitar que encuentres esa espada —le presionó Frost—. ¿Tan importante es?

Denison extendió las manos.

—Yo tampoco lo hubiera creído.

«El bando equivocado… ¿En qué puto agujero de mierda he caído?».

—No va a acabar hasta que estemos muertos.

—O hasta que tengamos la espada —dijo Denison.

Frost cogió aire y espiró poco a poco. Se sintió más aliviado y se dio cuenta de que la sangre de la herida del brazo le había empapado la manga de la camisa que llevaba bajo la chaqueta y ahora caía a goterones sobre las baldosas. Se volvió hacia Lili.

—¿Puedes encontrar el templo de Marte ese?

Lili asintió.

—El templo de Mars Ultor. Sé dónde están las ruinas. Tengo una idea de dónde podría estar guardada la espada.

Frost se quedó mirándola un momento antes de dirigir los ojos hacia Denison.

—Vayamos a Roma, pues.

11

LOS CAMINOS QUE LLEVAN A ROMA

En la antigüedad, Italia. 44 BCE.

Tito Labieno observó nervioso cómo se dirigía hacia él una falange de caballería.

A la luz de la media luna podía distinguir poco más que sus siluetas, pero no cabía duda de que eran soldados por el orden de la formación y el porte militar de los jinetes.

No eran unos soldados cualesquiera, sino la Guardia Pretoriana de élite, la escolta personal de Octavio, extremadamente leales y reclutados de entre lo mejor que las legiones podían ofrecer. Y venían a por él.

No era la primera vez que se preguntaba si había cometido un grave error al contactar con Octavio. Aparentemente, el joven heredero había aprobado la idea de emprender una búsqueda en Britania para recuperar la espada de César e incluso había ordenado a Labieno que viajara con la cohorte de legionarios de Marco, pero no había cambiado las condiciones de su arresto. El antiguo tribuno seguía aún, nominalmente, bajo arresto domiciliario y aún se le consideraba enemigo de Roma. El mensaje quedaba implícito; su situación no cambiaría a no ser que tuviera éxito en su empresa.

O hasta que muriera.

Labieno agarró la vaina de cuero con ambas manos. «He cumplido mi parte del trato. ¿Cumplirá Octavio la suya?».

Octavio sabía que lo había conseguido, sabía lo que llevaba consigo y, aun así, no había invitado a Labieno a entrar en la ciudad para recibirlo formalmente. En lugar de eso, había exigido un encuentro clandestino.

Se dijo que Octavio tan solo estaba siendo cauteloso, pero una parte de él se preguntaba si no habría sido más inteligente dejar su suerte en manos de los senadores, hombres que habrían aceptado su desacertada decisión de ponerse de parte de Pompeyo para hacer frente al sedicente dictador de Roma; o mejor aún, recoger su premio sin más y desaparecer para empezar una vida nueva en algún lugar lejos de Roma, como África, quizás.

«Demasiado tarde para eso».

Los jinetes le rodearon y volvió a sentir el miedo cuando los poderosos animales se acercaron a él. Podía sentir su cálido aliento en el cuello. Le rodearon. Los caballeros le miraron desde lo alto, una posición que les otorgaba un poder abrumador. Dando vueltas y vueltas. Mareándole. Pero no le atacaron.

Entonces, uno de ellos desmontó.

—¡Tito!

La voz le era familiar, aunque habían pasado muchos años desde que viajaran juntos, además de que el niño se había hecho un hombre. Octavio.

Labieno extendió la mano como era costumbre para mostrar amistad.

—Mi señor.

Octavio no le devolvió el saludo, sino que cogió a Labieno del hombro y le condujo fuera del círculo de caballos.

—¿Has vuelto solo, Tito?

—Sí, señor. Han pasado muchas cosas en el camino.

Octavio se quedó mirando la espada enfundada que Labieno aún tenía en la mano izquierda y que sostenía contra el pecho para protegerla.

—Escucharé tu historia.

Labieno asintió y empezó a hablar.

* * *

Sus recuerdos de Britania eran de la guerra. Diez años antes, había cabalgado al frente de un ejército y pasado las noches en un campamento militar rodeado de un mar de curtidos guerreros. A ese respecto, los recuerdos que Labieno tenía de Britania diferían poco de los de cualquier otro campo de batalla en el que hubiera luchado.

Ahora, acompañado solo por sesenta legionarios en lugar de por cientos, se sentía como si viera aquel lugar por primera vez.

En el viaje a través de la Galia no había sucedido nada digno de mención. Las noticias del asesinato de César había llegado a los asentamientos más alejados, pero los gobernadores y los comandantes de guarnición tomaron la sabia decisión de aguardar el momento oportuno, esperando a ver quién se erigía como líder de Roma. Nadie quería revelar sus cartas demasiado pronto. No le dijeron a nadie su verdadero propósito y, cuando les preguntaban, Marco solo apuntaba que su misión en Britania era de naturaleza diplomática, lo que daba a entender que les enviaban a espiar a los britanos, de ahí el reducido número de unidades.

Cruzaron el canal en un navío mercante y, al otro lado, les recibió un emisario de Mandubracio. Las noticias de su misión habían llegado antes que ellos. Mandubracio no había olvidado el papel que tuvieron las legiones romanas en su ascensión al trono de los Trinovantes, así que reafirmó su amistad con Roma y con el heredero de Julio César, pero se mantuvo alerta. Había una paz inquietante entre los Trinovantes y los Catuvellaunos, pero si Casivelono creía que los romanos estaban negociando con su antiguo enemigo, podrían resurgir hostilidades entre las dos tribus dominantes de la isla.

So pretexto de que a Roma no le interesaba desestabilizar el equilibrio de poder de la isla para tranquilizar al líder catuvellauno, podrían viajar sin problemas hasta la fortaleza de Casivelono, que, afortunadamente, se encontraba a poca distancia de la

cripta del príncipe Nennio y de la espada de Julio César.

Casivelono tampoco se había olvidado de Roma y, mientras narraba los recuerdos que tenía de las batallas que había lidiado junto a César con nostalgia y afecto, e incluso llegaba a expresar su pesar ante las nuevas del asesinato, no cabía duda de que existía un trasfondo de animadversión en la hospitalidad de su sala. El mensaje estaba claro. «Seguid vuestro camino y no volváis».

En la víspera de su partida, Marco y Labieno salieron a hurtadillas de la fortaleza, envueltos por la oscuridad, y se dirigieron a pie a la colina sagrada donde los Catuvellaunos enterraban a sus muertos.

Una vez lejos del asentamiento, no tenían que preocuparse por llamar la atención; por mucho que los supersticiosos britanos insistieran en preservar los cuerpos de sus muertos, los mantenían a una distancia considerable. Los dos hombres siguieron el sendero surcado por los carros hasta lo alto de la colina, donde encontraron la entrada al Salón de los Muertos.

Ocultos de las distantes fortalezas, se atrevieron a encender una pequeña linterna antes de aventurarse a entrar.

Labieno no era supersticioso y había visto más cadáveres de lo que le habría gustado, pero solo recién muertos en el campo de batalla y víctimas de enfermedades o accidentes.

Esto era diferente.

Los claustrofóbicos túneles de la cripta y el hedor sofocante de la putrefacción eran una ofensa para los sentidos. Su ansiedad se intensificaba a medida que se adentraba en ellos.

Empezó a ver figuras moviéndose en las sombras que creaba la luz parpadeante de la linterna.

Los muertos estaban inquietos.

«Claro que lo están», pensó Labieno. «Dejaron que se pudrieran cuando deberían haberlos incinerado para que sus almas viajaran al Elíseo. Compadécelos. No los temas. Compadécelos».

Pero era más fácil pensarlo que hacerlo. Buscó lo más rápido que pudo entre los nichos, uno tras otro, hasta que al fin encontró el único cadáver que no había sido sepultado con una rudimentaria espada de hierro.

Miró al muerto y lo recordó en toda su gloria en el campo de batalla.

Siempre era muy difícil hacer coincidir los huesos con el hombre que una vez fue.

Estaba consumido. Reducido a la nada. Su carne se había podrido y había alimentado a lombrices y gusanos hasta que solo quedaron huesos.

Labieno hizo una reverencia para mostrar su respeto y susurró:

—Me alegro de volver a verte, viejo enemigo. Sigue durmiendo.

Se apresuró a arrancar la *gladius* que Nennio sostenía entre los huesos de sus manos y, sin pronunciar palabra, salió silenciosamente al exterior y volvió colina abajo por donde habían venido, dejando la luna tras de sí.

Por la mañana, se fueron como habían planeado, confiando en que su intrusión pasaría desapercibida, seguramente para siempre, y cabalgaron hacia el sur siguiendo el río. Eran dos días de camino a paso lento, pero al tener el trofeo entre las manos, fueron al galope, llevando a los caballos a la extenuación y parándose solo cuando las tinieblas impedían que su viaje fuera seguro.

Mientras los legionarios atendían los caballos y establecían las guardias, Labieno se tendió en el suelo y, protegiendo la espada entre sus brazos, cayó en un sueño febril.

* * *

Se despertó sobresaltado.

La luz de la luna casi llena bañaba el campamento.

Uno de los soldados que vigilaban el perímetro le miró. Intercambiaron un gesto de aprobación y el hombre continuó su guardia como si no pasara nada.

«¿Acaso ignora lo que está a punto de ocurrir?» pensó Labieno angustiado.

Pero el legionario no compartió su premonición de peligro.

Labieno se levantó y buscó como un loco a Marco entre los hombres que dormían.

Un aterrador grito de guerra rompió el silencio.

Se desató en el campo una tormenta de muerte.

Lanzas y piedras tiradas con hondas salieron silbando de los bosques aledaños y repicaron contra las armaduras y los escudos, desgarrando la carne y partiendo los huesos.

Los legionarios volvieron a formarse y crearon una barrera de escudos, pero una docena de ellos ya habían sido abatidos.

Aunque Labieno no llevaba armadura, no estaba desarmado.

Recogió del suelo la espada de César y mantuvo la posición a la espera de que sus atacantes salieran corriendo de la oscuridad.

—Tito —le instó Marco—. No podemos fallar. Debes llevarte la espada. Vete. Llévala a Roma.

—¿Huir? —Labieno comprendía el razonamiento de aquel hombre, pero tratar de retirarse en un terrero desconocido para ellos era tan peligroso como quedarse a luchar.

—Coge diez hombres —le ordenó Marco—. Yo los contendré aquí y, si puedo, me reuniré contigo en el camino. Y si no, te veré en los Campos Elíseos. Ahora, vete.

Labieno agarró la empuñadura. ¿Era esta la razón por la que los dioses le habían despertado? ¿No para luchar, sino para que pudiera escapar con la espada?

«¿Quién podría saber realmente cuál era la voluntad de los dioses?».

No discutió con el guerrero. Los atacantes ocultos los tenían rodeados, pero los guardias de Labieno tomaron sus monturas y atravesaron la línea enemiga, lo que les costó dos muertos más, e intentaron galopar hacia el sur siguiendo el río. La

traicionera noche se lo impidió. Un caballo cayó al tropezar con la raíz de un árbol y aplastó a su jinete. Dejaron allí al herido y siguieron avanzando. Moriría solo, junto al camino. Pero no pidió misericordia, sino que prometió ralentizar al enemigo si podía.

El sonido de la batalla cercana cesó.

En el silencio reinante, Labieno tuvo otra premonición de peligro. Miró a los siete hombres restantes.

—Vendrán a por nosotros.

El legionario que lideraba el grupo le miró. La luz de la luna hacía que su rostro tuviera una palidez cadavérica.

—No escaparemos —dijo con voz fría e impasible. Luego, cogió a Labieno por el hombro con seriedad—, pero tú sí. Deja que nos quedemos aquí y ganemos tiempo a expensas de nuestras vidas.

* * *

—¿Solo sobreviviste tú? —preguntó Octavio. Sonó como si le acusara de cobardía.

Labieno asintió; le ardía la cara.

—La única forma de honrar su sacrificio era cumplir con nuestra misión. Me escondí en el bosque hasta que terminó la batalla. Estuve allí dos días enteros sin atreverme a dar ni un solo paso, alimentándome de mugre y larvas mientras los britanos desvalijaban y profanaban a los muertos. Después, comencé a viajar de noche y conseguí llegar a la costa, donde me hice con un pasaje a la Galia.

Octavio sacudió la cabeza como dando a entender que Labieno no había comprendido nada.

—Pero no hay nadie vivo, excepto tú, ¿quién conoce la verdad de tus actos? ¿Nadie más sabe de la espada?

—Nadie, señor. —Labieno no había tenido eso en cuenta en ningún momento. El secretismo había sido primordial y no solo por miedo a que los enemigos pudieran arrebatarles la espada. Labieno aún recordaba la razón por la que Julio César no le había dado permiso para recuperarla cuando la perdió a manos de Nennio diez años atrás. «Creerán que es la espada la que los ha conquistado, en lugar del hombre que la empuña».

Esa máxima también era cierta para Octavio, quizás incluso más porque, a diferencia de su predecesor, él aún no había demostrado su valía como líder.

Además, César dijo otra cosa: «Solo es una espada».

Labieno sabía que le había mentido en eso, pero no importaba.

Había cumplido con la misión y lo único que quería era volver a casa. Quizás Octavio le recompensaría, esperaba que como mínimo pusiera fin a su exilio, pero en ese momento solo le importaba deshacerse de esa carga infernal.

Tendió los brazos ofreciéndole la espada a Octavio y entonces volvió a experimentar esa sensación premonitoria.

Octavio también la sintió.

—¿Has visto este momento antes?

Labieno asintió.

—Justo antes de que nos atacaran. —No le había descrito su premonición en detalle por temor a que Octavio pensara que estaba loco, pero ahora, haberlo omitido era ya irrelevante.

Octavio cogió la empuñadura, envolviéndola con la mano, y desenvainó lentamente la espada. Incluso en la oscuridad era gloriosa. Ciertamente una belleza sin paragón. Sentía que era una extensión de su brazo y que su espíritu salía del cuerpo a través de la mano hacia el metal, uniéndolas.

—César hablaba a menudo de ella —dijo Octavio, mirando por encima de la espada desenvainada—. La espada de Marte. El hombre que la empuñe no conocerá la derrota en la batalla. Avisa del peligro y la traición cuando acechan.

La mirada de Labieno se fijó en algo que había en la oscuridad más allá de Octavio, donde esperaba la guardia pretoriana.

—¿Existe aquí algún peligro, señor?

—Algo así. Se trata del peligro que viene cuando se pone de manifiesto la debilidad de uno. Los dioses me guiarán hacia la victoria; seré *imperator*. Entonces, construiré un templo en su honor para conservar presentes como este. Pero nadie puede saber que mis victorias se las debo a ella.

—No se lo contaré nunca a nadie —le aseguró Labieno.

—Lo sé. —Octavio sonrió y le clavó la espada en el corazón.

SEGUNDA PARTE

LA ESPADA DE MARTE

12

HIJA

En la actualidad, Saint Albans. 22:16 UTC.

Se escabulleron de la catedral en el mismo instante en el que la policía empezaba a llegar a la escena del crimen. Consiguieron llegar a la ciudad a pie, moviéndose con rapidez. No mediaron palabra. Abandonaron el Volkswagen que habían alquilado, pero no robaron ningún coche, ya que con ello solo conseguirían que averiguasen sus intenciones cuando lo encontraran. No querían que nadie supiera hacia dónde se habían dirigido, así que, por segunda vez aquella noche, el anonimato que otorgaba el transporte público les ayudó a escapar.

Habían salido de la catedral sucios, desaliñados y, en el caso de Frost, con una herida en el bíceps izquierdo que no dejaba de sangrar. Lo prioritario era limpiarla. La herida no era grave, al menos a él no se lo parecía ya que había sufrido cosas peores, pero el reguero de sangre llamaría la atención. Tras deambular por barrios residenciales y dejar la catedral a unos tres kilómetros de distancia, encontraron una farmacia abierta las 24 horas. Denison entró solo para comprar algo de ropa y artículos de primeros auxilios mientras Frost y Lili aguardaban fuera, ocultos entre las sombras.

Frost se quitó la chaqueta con dificultad y se despegó con cautela la camisa pegajosa por la sangre seca con la idea de dejar la herida al descubierto. Al ver que le costaba, Lili le ayudó. A pesar de su delicadeza, no pareció inmutarse ni cuando se le volvió a abrir la herida.

—Lo siento —murmuró.

—No te preocupes. —No sentía dolor en absoluto. Nadie pasaba por los Paracaidistas y el SAS sin aprender a lidiar con cortes y magulladuras. Era el pan de cada día. Y apenas había perforado la carne. Haría falta coserla, pero eso podía esperar.

«En el bando equivocado…».

Frost creía que Denison estaba siendo sincero, pero no podía dejar de sentir ni siquiera un segundo que no se lo estaba contando todo.

Mientras observaba cómo Lili llevaba su camisa manchada a un contenedor de basura que había en la esquina de una calle, se dio cuenta de que no había tenido oportunidad de hablar con ella en serio. Habían estado huyendo prácticamente desde que se encontraron y, exceptuando los temas relacionados con la historia antigua, parecía ser tan parlanchina como una farola.

—Alguna noche —dijo él. No era especialmente la forma más sofisticada de romper el hielo, pero era mejor que deletrearlo entre tiro y tiro—. ¿Lo llevas bien?

Se encogió de hombros.

—No es la primera vez que intentan matarme.

—Supongo que tu padre se ganó algunos enemigos cuando decidió apoyar la intervención de la OTAN.

Entrecerró los ojos y apartó la mirada.

—Las acciones de mi padre durante la guerra fueron… vergonzosas.

«He puesto el dedo en la llaga».

Frost recordó que el juicio a Kristijan Pavic en el Tribunal Mundial estaba a punto de terminar. Ya se habían hecho las alegaciones finales y se esperaba el veredicto en una semana. «Es raro que ande con Tony buscando una reliquia oxidada en lugar de estar junto a su padre», cayó en la cuenta.

—He seguido el juicio. Por si te sirve, creo que le declararán inocente.

—¿Inocente? —No pretendió ocultar su desdén de ningún modo—. Es totalmente culpable. Culpable de traicionar a su pueblo al elegir proteger a nuestros enemigos y trabajar con… —Arrugó la nariz mostrando su disgusto mientras señalaba a Frost— extranjeros que metían las narices en asuntos ajenos.

Frost no dijo nada.

Lili estaba enfadada con su padre por no hacer las cosas por las que había sido acusado.

Estaba enfadada porque trabajó con la OTAN para detener el derramamiento de sangre.

Lo que aquello implicaba le horrorizaba.

¿Es que no había visto las fosas comunes donde miles de personas de etnia albanesa habían sido masacradas y cubiertas por los *bulldozers*?

¿No sentía nada por las mujeres y niñas violadas y maltratadas en una campaña deliberada de limpieza étnica?

Parte de él lo comprendía.

Se había criado rodeado de gente cuyas convicciones los dejaban con un sentido de la realidad completamente distorsionado. No era odio, sino algo mucho más profundo y oscuro.

—Si eso es lo que sientes, ¿por qué trabajas con Tony?

—No me malinterpretes; no le odio, ni te odio a ti por ese asunto; erais soldados siguiendo órdenes. —A pesar de la evidente pasión que tenía por el asunto, el tono de Lili había perdido algo de fuerza. Consiguió recobrar un poco la compostura y volvió a ser igual de irritante que siempre. Cuando continuó, sonaba menos como una auténtica creyente y más como una profesora de historia dando una clase—. ¿Tus supervisores te dijeron a quién protegías? El Ejército de Liberación de Kosovo eran terroristas. Tu gobierno acusó a los serbios de hacer una limpieza étnica. ¿Sabías lo que intentaba conseguir el ELK? Un Kosovo de etnia puramente albanesa. Atacaron,

violaron y masacraron a serbios, rumanos… y cualquiera que no fuera albanés. Utilizaron a niños como soldados. Traficaban con narcóticos e incluso vendieron órganos de prisioneros para conseguir más dinero y así financiar la guerra. ¿Pero a quién eligió apoyar vuestro gobierno? Al ELK. Por cuestiones políticas, porque les convenía. Y por eso trabajo con Tony. Me conviene.

Eso frenó a Frost.

—¿Te conviene? Sé lo que busca Tony, o lo que dice que busca, así que ¿cuál es tu punto de vista?

La chica arqueó la ceja.

—Soy historiadora, experta en la Roma clásica. ¿No basta con eso?

Frost se encogió de hombros.

—Apenas. No en mi mundo. Puede que eso explique tu interés, pero no por qué te morías por jugar a Lara Croft esta noche.

Hizo una mueca que, en otra vida, podría haberse considerado una sonrisa.

—Cuando ese hombre nos atacó en el *parking*, me di cuenta de la urgencia que requería la situación.

A Frost no le convencía.

Negó con la cabeza.

Recordaba cómo, tras su encuentro en Heathrow, fue ella y no Denison quien insistió en que fueran de inmediato a Saint Albans.

Pero antes de que pudiera ponerla a parir, Denison volvió con las compras: camisetas de recuerdo para camuflar un poco su aspecto sucio y maltrecho, un antiséptico y vendas para el brazo de Frost y un móvil desechable de prepago. Frost lo necesitaría para pedir a uno de sus contactos que les proporcionara pasaportes falsos.

—Es irónico, la verdad —continuó Lili mientras le curaba la herida a Frost—. Que la espada esté en Roma. La tenía tan cerca y ni siquiera lo sabía.

Denison arqueó la ceja sin decir nada.

—¿Cómo puedes estar tan segura de que se encuentra allí? Puedo aceptar que volvieran a robarla de la tumba, pero sacarla del país no habría sido nada fácil. Tú misma dijiste que, hasta que encontraste esa primera carta, no existía ninguna prueba de que la espada existiera siquiera. ¿No es posible que haya desaparecido sin más? Perdida en el camino de vuelta a Roma. Incluso si consiguieron sacarla de la isla, puede que se hundiera el barco… por lo que sabemos, la espada podría estar en el fondo del canal.

Sacudió la cabeza.

—No comprendes la política de la época. La prueba está en el éxito de Octavio. Era un hombre cuyos semejantes consideraban acomodaticio… incluso débil. Y aun así, con una combinación de ingenio militar y política, logró convertirse en el primer y, yo diría, el más grande emperador de Roma.

—Era el hijo de César; quizás lo llevara en la sangre.

Lili hizo un gesto de negación.

—No. El parentesco entre Octavio y Julio César no era de sangre. Le adoptaron formalmente tras el asesinato de César para establecer legalmente su posición como su heredero. Es cierto que César pudo haber visto algo en el chico y seguramente habría cultivado las cualidades necesarias para que algún día gobernara el imperio, pero creo que Octavio tenía algo más.

—¿Una espada mágica que le otorgaba el derecho divino de gobernar? —dijo Frost, mientras lanzaba una mirada a Denison, que asentía pensativo.

—En ese caso, esa es la verdad. Se decía que la Crocea Mors era la espada del dios Marte. Con la espada en su poder y la promesa de colocarla en un magnífico templo dedicado a Marte, Octavio se habría ganado el apoyo de los sacerdotes del dios de la guerra, lo que, a su vez, le habría dado una influencia considerable con las legiones. Esto incluso puede explicar por qué Marco Antonio deseaba dejar de lado sus ambiciones para compartir el poder con Octavio.

—Lili —interpuso Denison—, has dicho que estuviste muy cerca de la espada sin tan siquiera saberlo; ¿qué querías decir con eso?

—Hice mi tesis doctoral sobre Augusto. Pasé una gran parte de tiempo en lugares históricos relacionados con el primer emperador de Roma. El Museo Capitolino tiene una extensa colección de objetos del foro augustino donde se encontraba el templo de Mars Ultor.

—¿Y la espada está allí? ¿En un museo? —Frost sintió cómo aumentaba su ira. Después de todo por lo que habían pasado, la posibilidad de que el objeto que buscaban pudiera estar en realidad en una vitrina climatizada y bien iluminada en una ciudad moderna le hacía sentirse utilizado.

Entonces, Lili tomó aire profundamente, como si fuera un médico que va a darle a un paciente un diagnóstico terminal.

—No es tan sencillo. Os lo explicaré todo cuando lleguemos allí. Lo prometo.

13

LO IMPOSIBLE

Mansión Nonesuch. 22:49 UTC.

Sir Charles presionó el botón para hablar en cuanto se mostró en el dispositivo la identidad de quien llamaba. Cuando habló, lo hizo con un aire de calma ensayada, que no concordaba en absoluto con su estado de ánimo real.

—Konstantin, muchacho. Qué considerado por tu parte llamarnos al fin. ¿Te importaría informarnos?

La pregunta era casi sincera. *Sir* Charles sabía exactamente dónde estaba Khavin; Lethe había rastreado el móvil del ruso al sur de Londres, donde había desaparecido durante más de media hora para reaparecer en Calais. Más concretamente, también sabía lo que había estado haciendo el gran ruso, pero quería darle la oportunidad de que se explicara.

—Estaba investigando algo —respondió Konstantin.

—Ah. ¿Y has tenido éxito en tu empresa?

—Eso creo. Estoy en ello ahora —dijo Konstantin, desviándose ágilmente del tema—. ¿Se sabe algo de Frost?

Sir Charles hizo una mueca, agradecido de que no fuera una videollamada, y mantuvo un tono neutro.

—Él también está «investigando algo».

—Ya veo.

Se produjo una pausa exasperante hasta que finalmente *sir* Charles saltó:

—Maldita sea, Konstantin, eres tú el que me ha llamado. No puedo ayudarte si no me dices qué necesitas. —Al ver que Khavin no daba su brazo a torcer, *sir* Charles tomó una táctica diferente—. Esta noche ha habido un altercado en Clarendon House.

—¿Sí?

—Un tipo que decía ser inspector de policía agredió a uno de los escoltas asignados a cierta Alteza Real.

—Eso requiere algo de audacia.

—Y que lo digas. La policía está difundiendo una fotografía del asaltante que captaron las cámaras de circuito cerrado de Clarendon, pero hasta ahora nadie está muy seguro de quién es.

Konstantin esperó a que continuara hablando, pero cuando vio que ya lo había dicho todo, preguntó:

—¿Quieres que lo investigue?

—No hace falta. Poco después de que se corriera la voz, Clarendon House avisó a la policía de que se trataba de una falsa alarma. Es como si el incidente no hubiera ocurrido nunca.

—Qué conveniente —dejó escapar Khavin en un suspiro.

—Y que lo digas. Así que, ¿por qué has llamado?

—Necesito información sobre David Habersham.

Sir Charles le hizo un gesto a Lethe, que estaba al otro lado de la habitación y que ya estaba realizando la búsqueda. Apareció una lista de resultados en la pantalla de plasma colgada de la pared.

—Una búsqueda demasiado amplia —refunfuñó *sir* Charles.

—Restríngela a los británicos con posibles conexiones nacionalistas. Última localización conocida: los Países Bajos como opción más probable.

Sir Charles asintió distraídamente al último comentario. Ahora comprendía por qué Khavin estaba en Francia. Había tomado el tren que pasaba bajo el canal y, seguramente, incluso estaría ahora esperando un transporte que le llevara a los Países Bajos. El ruso no volaba si podía evitarlo. Y el control de fronteras en Europa era muy laxo debido al Acuerdo de Schengen que estaba ahora en rigor. Era posible viajar desde la bota de Italia hasta el Círculo Polar Ártico, bajar por los Países Bajos y llegar a Inglaterra sin enseñar ninguna identificación hasta pisar territorio inglés.

La pantalla se actualizaba y, en lugar de ver una infinidad de resultados que apuntaban en múltiples direcciones, *sir* Charles vio que todos se referían a un único hombre: David Ambrose Habersham, natural de Cardiff. Dividía su tiempo entre un condominio moderno londinense en la Isla de los Perros y una villa rural cerca de La Haya en los Países Bajos. Habersham era el presidente de GreenWave Enterprises, un investigador destacado en el campo de la energía alternativa y, dentro de ese cargo, se había convertido tanto en asesor como en amigo íntimo y personal de cierto miembro de la familia real; los habían fotografiado juntos en numerosas ocasiones, lo que dejaba bastante claro que era el hombre que Khavin estaba buscando.

—Envíaselo —dijo *sir* Charles haciéndole un gesto a Lethe. Luego, continuó hablando más alto—. ¿Debo entender que has encontrado una conexión entre Habersham y los Cuatro Evangelistas?

—Ahora mismo, solo son habladurías. Desde luego, no es suficiente para exonerar a Denison o eximir a Frost.

Sir Charles escondió su decepción aunque solo pudiera verle Lethe.

—Sigue con la pista. Y Koni… aunque te agradezco que intentes protegerme de tus… iniciativas esta noche, haz el favor de no volver a hacer algo así nunca jamás. A Lethe le va a llevar la vida borrarte de la base de datos del servicio secreto.

—No la menor idea de lo que me habla, señor —respondió Khavin y cortó la conexión.

El viejo siguió mirando el monitor, preguntándose si este nuevo descubrimiento sería el hilo que los guiaría fuera del laberinto u otra desesperante pista falsa.

—Habersham está en la lista del MI6 —dijo Lethe.

El viejo confiaría en los instintos de Khavin para este asunto aunque eso no le hacía sentirse menos impotente. Y lo que odiaba más que nada era sentirse impotente; era una consecuencia de estar atado a la silla de ruedas. En su imaginación aún podía caminar como un gigante. Seguía esperando el efecto secundario que produciría la intrusión descarada del ruso en Clarendon House. Era obvio que le habían identificado y el hecho de que Carruthers aún no hubiera saturado las líneas telefónicas a llamadas no auguraba nada bueno, por decir poco.

Al menos, la señal GPS del móvil de Frost había desaparecido; su última situación conocida era Saint Albans. Había informes contradictorios de una explosión y un tiroteo y de que al menos había tres muertos, aunque ninguna de las descripciones de las víctimas casaba con Frost ni con Denison. Así que Frost sabía que estaba solo. El viejo rezaba a Dios por que eso le diera suficiente ventaja para mantenerle con vida.

Y Nonesuch estaba limpia.

Había seguido las órdenes de Carruthers al pie de la letra al cortar toda comunicación con Frost. Una vez desaparecido, era inevitable que el hombre de Vauxhall Cross volviera a pasarse por allí, pero esta vez exigiendo que soltaran a los perros para ir a por uno de los suyos.

No tenía ganas de pasar por ese enfrentamiento que, por supuesto, rechazaría.

Frost era más que bueno. Encontrarle, incluso si estuviera dispuesto a hacerlo, sería prácticamente imposible.

«Y aun así…».

A pesar de lo que había dicho el superintendente, Frost estaba en la posición ideal para investigar a Denison y, si fuera necesario, tomar las medidas adecuadas. Además de que *sir* Charles no dudaba de la capacidad que tenía el irlandés para poner el deber por delante de la amistad. No lo dudaba ni por un segundo, pero eso era secundario: Frost tenía que saber que no estaba solo.

Ni ahora ni nunca.

—Basta ya —murmuró el viejo—. Lethe, tengo una tarea nueva para ti.

—Déjelo en mis manos.

—Ronan tiene que saber lo que hemos descubierto. Debes encontrar un modo de contactar con él y no me importa cómo, a menos que empieces una guerra, e incluso en ese caso no me quejaría mucho mientras se finalice el trabajo. —La amenaza de Carruthers resonaba en su cabeza. «Si intervienes en esta operación, estás acabado. Será el fin de Ogmios»—. Pero estaría bien que lo hicieras de manera que no les conduzca a nosotros.

—Tiene el móvil apagado. Sabe que lo estaban usando para rastrearle. No volverá a encenderlo. Y no va a llamarnos porque sabe que hemos debido de haberlo entregado al MI6.

—Como he dicho, no me importa cómo lo hagas. Sé creativo. —Asintió para

tranquilizar al joven—. Por eso te contraté, Jude. Para hacer lo imposible.

14

LA SENDA DE MARTE

Roma. 02:35 Hora local (01:35 UTC).

Solo tardaron una hora y cuarenta minutos en viajar de Londres a Roma.

Más tardó el tío que conocía Frost en proporcionarles documentación de calidad. Las falsificaciones eran buenas. Ya tenían las huellas dactilares, lo único que les faltaba era una foto para los escáneres de reconocimiento facial e incluso eso no les había llevado más de un par de horas.

Cuatro horas después de emerger del antiguo laberinto de nichos bajo Holywell Hill, llegaron a Roma.

En cuanto el avión tocó el suelo del aeropuerto internacional Leonardo da Vinci, Frost se preguntó cuánto tiempo habría tardado Labieno en hacer el mismo viaje. Que tardó un huevo fue la única respuesta que le vino a la mente.

Seguramente Lili lo sabría, pero Frost no tenía ganas de preguntarle.

Estaba cansado hasta la extenuación y, bajo la capa de gasas, el dolor punzante del brazo iba al compás de sus latidos. El estrés físico no podía equipararse a la amenazante incertidumbre sobre lo que estaba pasando realmente y dónde cojones estaba metiéndose. Le habían puesto en tela de juicio; Nonesuch se desentendía de él. No podía creer que le hubieran abandonado. Lo que sí creía era que tenían que protegerse; y seguramente protegerle a él en el proceso, dejándole a su aire. Eso era lo único que tenía sentido aunque no cambiara nada. Estaba solo. Las únicas personas en quienes confiaba estaban en Londres. Si sobrevivía a aquella noche y conseguía encontrar la Crocea Mors, ¿qué pasaría luego?

Frost no podía pensar en eso ahora mismo.

Uno de los fundamentos de su formación en el SAS era centrarse en los objetivos inmediatos. Si hacía cualquier otra cosa, corría el riesgo de dejar que el abismo de la perspectiva general le abrumara y paralizara. Así que, ahora mismo, su mundo se reducía a la espada.

Un Fiat 500 les esperaba en la zona de recogida de vehículos de alquiler.

Lili sugirió que ella era la más indicada para conducir aludiendo a su experiencia tras vivir una vez en la alocada metrópolis italiana: estaba más que familiarizada con el peligroso sistema unidireccional, la estrechez tan pronunciada entre edificios que apenas podría llamarse calle y el sinfín de niños que se abalanzaban y cruzaban la carretera. Frost no estaba de humor para discutir ni tenía intención de pedirse el asiento de delante, así que se sentó atrás donde podía estirar las piernas y, con un

poco de suerte, descansar unos minutos más antes de que Denison entrara en la fase de búsqueda del tesoro absurda.

El viaje desde el aeropuerto, que se encontraba en la costa del Mediterráneo, hasta la ciudad propiamente dicha se acercó más a la hora que a la hora y media prometida, tiempo que, al menos para Frost, pasó en un abrir y cerrar de ojos.

—El *Mausoleo di Augusto* —anunció Lili, lo que sacó de súbito a Frost de su sueño ligero—. El Mausoleo de Augusto.

Levantó la cabeza y echó una mirada por la ventana, pero no había mucho que ver.

Como cualquier ciudad, Roma no se quedaba nunca completamente a oscuras o en silencio, pero a las tres de la madrugada estaba tan tranquila como podía estarlo. Aunque la zona a sus espaldas resplandecía de luz artificial, ante ellos los faros delanteros del Fiat solo dejaban ver ladrillos apilados y unos cuantos árboles desperdigados.

—¿La tumba de Augusto? —preguntó Denison—. ¿Crees que la espada podría estar enterrada con él?

Lo negó con un gesto.

—Augusto se encargaba personalmente del monumento, que no era un mausoleo destinado a conservar sus restos, sino también los de la familia imperial y otros nobles. Era una práctica común que los reyes construyeran sus tumbas en vida. Pero, a diferencia de otras muchas culturas de aquel tiempo, los romanos realizaban el rito de la cremación y no enterraban a sus muertos con bienes funerarios. El único propósito del mausoleo era servir de receptáculo para las cenizas de Augusto y de sus familiares y, por supuesto, rendir homenaje a su grandeza. Sin embargo, en el año 410, los ejércitos visigodos bajo el mando de Alarico I saquearon Roma y robaron la urna de oro que contenía las cenizas de Augusto, así que ya no es el último lugar de descanso del primer emperador de Roma. Si la Crocea Mors se hubiera encontrado allí con Augusto, la habrían saqueado también.

—Genial. Así que hemos volado más de mil quinientos kilómetros en mitad de la noche para llegar a una tumba saqueada. Explícamelo. Te lo ruego. Porque estoy cansado de la hostia.

Frost se frotó la cara. No lo decía en broma. Estaba exhausto.

—El mausoleo tiene otros secretos. —Abrió la puerta—. Venid. Os lo enseñaré.

Lili les guio a través de una fila de árboles hasta un sendero de grava ensombrecido que se extendía a lo largo de los restos de un muro de mampostería derruido. Finalmente, llegaron a una puerta de hierro forjado que bloqueaba la entrada al otro lado del muro. Lili encendió su linterna LED Mini MagLite. Se habían comprado todos una en la tienda de regalos del aeropuerto, ya que pretendían salir de caza principalmente de noche. Estaban mejor preparados que en Saint Albans.

Frost hubiera preferido algo con más capacidad ofensiva, pues se había visto forzado a dejar atrás su Browning. Habría sido imposible pasarla por la aduana y no

tenía permiso de armas ni ningún permiso de ningún tipo para su nueva identidad falsa. No le gustó la idea de que los asesinos fueran capaces de retomarles la pista y él estuviera prácticamente desnudo frente a ellos. Pero no tuvo elección.

—Vamos a tener que saltar la puerta —dijo Lili mientras la señalaba con la linterna, apuntando hacia lo alto y bajando la linterna de nuevo.

—A lo mejor deberíamos intentarlo por la mañana —sugirió Denison.

Ella negó con la cabeza.

—Lleva cerrado al público desde hace años. Solo conseguiríamos atraer más atención haciéndolo de día.

Sin más explicaciones, metió el pie en el hueco que había entre las trancas de la puerta y se impulsó para llegar a lo alto con un ágil movimiento. A Frost le impresionó, pero no dijo nada.

Denison se dirigió a Frost y se encogió de hombros antes de seguirla, pero necesitó que su amigo le ayudara con las manos para auparlo hasta arriba. En cuanto pasó al otro lado, Frost trepó por la puerta. Le costó más que a los otros subir por culpa del brazo, pero aun así, la puerta no supuso gran dificultad. En unos segundos, estaba siguiendo a Lili y a Denison por los escalones de piedra que subían hasta el mausoleo.

Las escaleras daban a un pasillo estrecho a más no poder en el que Frost tuvo que meterse ligeramente de lado y que llevaba hasta un edificio adjunto, el mausoleo, situado en un patio circular a cielo abierto. La luz de la linterna de Lili permitía a Frost ver algunas piedras desperdigadas y poco más. Lili se dirigió sin titubeos al centro del patio, donde se erigía otra estructura circular, y se deslizó al interior de otro pasadizo estrecho, lo que le recordó a Frost que dos mil años atrás los romanos no eran precisamente gigantes. Un arco enmarcaba la entrada al pasadizo. Lili iluminó una enorme columna decorativa que se elevaba en el centro de la sala y descubrió un pequeño recinto en su interior.

—La urna de Augusto estaba guardada aquí —explicó ella—. Después de que los visigodos desvalijaran el monumento, se usó como castillo durante un tiempo pero, como muchas cosas en la Edad Media, cayó en la ruina. En los años treinta, Mussolini, que creía ser la reencarnación de Augusto, comenzó la restauración del lugar, que fue cuando se descubrió esto.

Le dio la vuelta a la columna, llegó casi al lugar exactamente opuesto a la sala funeraria y, con la linterna bajo el brazo, puso las manos sobre la superficie de piedra y empujó. Sonó el suave roce de piedra contra piedra y una sección de la columna comenzó a moverse, deslizándose hacia el interior y dejando al descubierto una abertura de un metro de diámetro y de medio de profundidad.

—Eso sí que no me lo esperaba —dijo Frost.

Lili no le hizo ningún caso y se metió por la estrecha hendidura. Denison encendió su MagLite y la siguió, dejando a Frost la retaguardia.

—¿He mencionado que no me gustan nada los lugares cerrados?

No recibió respuesta alguna.

Justo al otro lado de la puerta oculta se extendía una hilera de escalones esculpidos directamente en la roca volcánica, que constituía los cimientos del mausoleo.

El pasadizo que descendía era angosto. De nuevo, Frost se vio forzado a ponerse de lado, pero esta vez también tuvo que agacharse para no golpearse la cabeza contra el techo. Se dio cuenta de que los romanos también eran bajitos. Tenía la sensación de estar reviviendo la desventura bajo Holywell Hill, pero, a diferencia de aquel antiguo túmulo, este lugar no se había cerrado y dejado en el olvido sin más. Lili parecía saber bien por dónde debía avanzar y, por alguna razón, darse cuenta de eso no le tranquilizó. Pero la verdad es que él era desconfiado por naturaleza.

Bajó siguiendo las luces.

Y siguió bajando.

Unos cien escalones después, el pasadizo se allanaba y continuaba recto hacia el suroeste, o eso pensó Frost, asumiendo que aún se orientara bien. Las paredes estaban húmedas y el aire olía a moho, como si nadie lo hubiera respirado en mucho tiempo. Frost recordó que había cruzado el río Tíber poco antes de llegar al mausoleo. Lo más seguro es que la cámara estuviera por debajo del nivel freático. Probablemente, cuando llovía con intensidad, el pasaje se inundaba. «Así que, ¿por dónde se drenaba el agua?». Con la luz de las linternas, veía poco más que la curvatura del techo abovedado.

Y entonces, para su sorpresa, llegaron a un cruce, pero Lili continuó recto. Unos cincuenta metros más adelante, giró a la izquierda en otra intersección. Frost se fue quedando con las curvas y los giros. Quería tener una estrategia de salida preparada.

La estrechez del túnel les obligó a ir en fila india además de hacer imposible la comunicación, aunque tampoco es que nadie estuviera hablando. Solo el resplandor de las linternas de sus compañeros —lo poco que pasaba recortando sus siluetas— le guiaba. Su inquietud se incrementaba con cada paso que daba adentrándose en el frío y húmedo túnel.

En Saint Albans, tenían el mapa geofísico de Denison que, aunque incompleto, les mostraba el camino que debían seguir. Aquí no tenían nada. Solo a Lili, que les había contado una historia y los guiaba hacia la oscuridad. Conocía el camino por el laberinto subterráneo con un nivel de familiaridad que solo podía adquirirse tras haber pasado mucho tiempo ahí abajo, pero eso no le hacía sentirse nada mejor al tener que seguirla. Si la Crocea Mors estaba aquí, en un lugar que obviamente Lili conocía, ¿por qué no lo había reconocido desde el principio? Estas preguntas resonaban en su cabeza mientras seguía caminando con dificultad en el silencio de la soledad, con el único deseo de tener aún consigo su Browning.

Lili surcó los pasillos durante unas cuantas vueltas más, que se fueron estrechando cada vez más hasta que todos acabaron moviéndose en una oscuridad casi absoluta y teniendo que guiarse con las manos. Y de repente, sin esperárselo,

salieron a una cámara circular también esculpida en la roca volcánica que conformaba los cimientos de Roma.

Las escaleras se habían tallado en los muros, por lo que subían en espiral hasta la penumbra de la cúspide; pero el objetivo de Lili se encontraba en el centro de la sala: una serie de plataformas redondas, cada una de más de un metro de alto, que se alzaban una sobre otra y culminaban en un estrado de más de veinte metros de altura.

—Ahora estamos bajo las ruinas del templo de Mars Ultor —dijo con reverencia. Se percató de que, finalmente, este era un lugar sagrado que ella respetaba. Escaló hasta el estrado—. Marte el Vengador. El templo se construyó para conmemorar la victoria de Augusto frente a los asesinos de Julio César, además de la recuperación de los estandartes de guerra perdidos en las guerras párticas. Esta sala es el *sacellum*, donde se guardaban aquellos estandartes y otras reliquias sagradas de Marte cuando no se exhibían. El Mausoleo de Augusto se encuentra en el extremo norte del *Campus Martius* o Campo de Marte donde, en la época de la República, se reunían las legiones. Cuando encargó la construcción del mausoleo, Augusto también ordenó que se creara un pasaje subterráneo que conectara el templo con el Campo de Marte.

Denison levantó la vista para mirar a Lili lleno de admiración, pero los instintos de Frost no le abandonaban. Había algo raro en todo aquello. Era una farsa. Se acercó a su viejo amigo.

—Algo no encaja.

Denison se volvió y le miró sin comprender.

—Este lugar no es como las tumbas de Saint Albans —susurró Frost—. Alguien ha estado aquí… recientemente.

Lili debió de oír lo que susurraba.

—La senda de Marte y esta cámara del tesoro no son muy conocidas, pero tampoco son ningún secreto.

—Si son tan conocidas, ¿cómo es que nadie ha buscado algo de tanto valor? No me lo trago.

La mujer se encogió de hombros.

—Sube y echa un vistazo tú mismo.

Denison trepó de inmediato hasta la plataforma elevada. Frost se quedó viéndole marchar. No podía hacer nada para protegerle a veinte metros por debajo de él, así que, tras un suspiro de resignación, le siguió.

Una enorme estructura redonda, parecida a una mesa o un altar, ocupaba el centro del estrado. Aunque la superficie era lisa, un patrón de líneas, doce en total, salían de forma radial, como los radios de una rueda, de un círculo grabado en la piedra.

Lili iluminó el círculo.

—Antes, había aquí una estatua de bronce de Marte el Vengador que protegía las reliquias sagradas.

—Y la Crocea Mors era una de esas reliquias —trató de adivinar Denison.

—En los mitos de Roma, Marte blandía una lanza. ¿Estás familiarizado con su

antiguo símbolo? Un círculo con una punta de lanza hacia arriba. También es el símbolo universal del sexo masculino.

—Pensaba que se suponía que era un pene —refunfuñó Frost.

Lili le ignoró.

—En tiempos de Augusto, se guardaba en un santuario de la Regia, donde vivían los antiguos reyes de Roma, una lanza considerada como la Lanza de Marte. Se creía que, cuando la República se enfrentara a una gran crisis, la lanza vibraría. Se dice que vibró cuando asesinaron a Julio César. Tras la victoria de Augusto, trasladaron la lanza al nuevo templo en el foro y la guardaron aquí para protegerla. Aunque también hubo otras lanzas. El *Flamen Martialis*, el flamen de Marte, era atendido por los saliares, doce sacerdotes jóvenes de familia patricia que se vestían como guerreros cuando realizaban los rituales de culto durante el festival del mes de marzo, nombre que recibe del dios de la guerra, y cuando las legiones embarcaban para ir a alguna campaña o cuando regresaban victoriosos. Como parte del atuendo para el ritual, cada uno llevaba una réplica de esa lanza.

Lili se inclinó sobre el altar y agarró una de las secciones con forma de cuña. Con sorprendente facilidad, se deslizó hacia atrás y dejó al descubierto un vacío bajo ellos. Cuando Lili iluminó el interior, la luz se reflejó en el metal produciendo un destello.

Con los ojos llenos de una felicidad anticipada, Denison se acercó e introdujo la mano con una calma casi reverente. Cuando la sacó, sostenía la punta de una lanza de hoja ancha y su expresión de entusiasmo se transformó en decepción.

Lili volvió a inclinarse sobre el altar y movió otra de las cuñas.

Esta vez se abrió lo suficiente como para que Frost pudiera ver que el interior del altar contenía varias lanzas de estilo romano con los filos romos por el paso del tiempo. La mayoría estaban impecablemente restauradas.

—No tienen pinta de ser armas antiguas.

—Las restauró una comisión secreta de historiadores y expertos en arte en los años treinta —insistió Lili a la vez que empujaba otra sección para dejar al descubierto más hojas— por órdenes del mismísimo Mussolini, y desde entonces las cuidaron personas con los mismos ideales para preservar las tradiciones de los dioses del pasado. Son las viejas reliquias de Marte que utilizaban los saliares en la antigua Roma y sus homólogos modernos incluso hoy día.

—¿Alguna especie de culto a Marte? —Frost no hizo esfuerzo alguno por disimular su sarcasmo.

—En una palabra: sí.

—¿Y dejan todo esto aquí? ¿En un sitio donde puede entrar cualquiera?

—Nadie entra sin más en la Senda de Marte —dijo Lili con un grado inusual de confianza—. No es precisamente la Via Cavour.

—No lo comprendo —dijo Denison—. ¿Qué tiene que ver nada de esto con la Crocea Mors?

Ella le miró como si fuera un niño.

—El culto a Marte alcanzó su apogeo durante el gobierno de Augusto. No habían pasado cien años desde su muerte y Venus ya se había convertido en la deidad más popular. Quizá se debiera a los cambios demográficos experimentados tanto por la población de la ciudad como por el ejército. Verás, además de ser el dios de la guerra, Marte era una deidad de la agricultura. A principios de la República, el ejército estaba constituido por ciudadanos. Plantaban sus cosechas en primavera y se reunían en el Campo de Marte para luchar por la gloria de Roma. Rezaban a Marte tanto para salir victoriosos como para tener una cosecha abundante al llegar a casa. Pero conforme creció el imperio, cambiaron las viejas costumbres. El culto a Marte ya no tenía sentido para la mayoría de los romanos, que no eran ni granjeros ni legionarios. Antes del siglo II, el culto a Marte y el uso del foro augusto cayeron en declive.

Lili se detuvo para que asimilaran la transcendencia de sus palabras.

Frost no estaba muy seguro de haberlo comprendido todo.

—No existe ningún registro histórico sobre la disposición de las reliquias del templo de Mars Ultor. Todo lo que se conservaba aquí, los estandartes de guerra, la Lanza de Marte… y sí, quizás incluso la Crocea Mors, desapareció sin más de los anales de la historia.

Frost se quedó en silencio.

—Me preguntaste cómo es que conocía este sitio; te lo diré. El tutor de mi tesis me trajo aquí para que conociera los ritos de los saliares. En aquella época, yo no sabía nada de los orígenes de la espada. Que fuera la espada de César… Y luego descubrimos la referencia a ella en el palimpsesto, estaba segura de que la espada estaba en Inglaterra, tenía sentido porque fue donde César la perdió. Pero si trajeron la espada aquí, si estaba guardada con las demás reliquias… entonces, ¿qué ha sido de ella?

—La robaron —respondió Frost—, lo más seguro. Mencionaste una invasión. Quizás descubrieron este sitio también, ¿no es posible?

Sacudió la cabeza.

—No. Si lo hubieran hecho, la historia lo reflejaría. Saqueas a tu enemigo, le robas sus tesoros más sagrados, te los llevas corriendo a casa y te vanaglorias de ello. Te encargas de que el mundo lo sepa. Así que no, si esas reliquias volvieron a este lugar, creo que siguen aquí. Debe haber secretos que aún no se han descubierto. Tiene que haberlos.

Sonaba como si estuvieran agarrándose a un clavo ardiendo, pero los ojos de Denison se iluminaron cuando finalmente entendió a dónde quería llegar su compañera.

—Una sala secreta.

—Es la única explicación. Es algo que ni a los expertos de Mussolini ni a los modernos conservadores de las antiguas costumbres se les ocurrió buscar siquiera.

—Vale, entonces, si nos tragamos eso, ¿dónde buscamos?

Lili hizo un gesto dramático como diciendo «por todas partes» y, a continuación,

volvió a centrar su atención en el receptáculo circular que contenía las lanzas.

Frost encendió su linterna y se puso a inspeccionar el estrado sin estar nada seguro de qué buscaba. El anillo exterior estaba decorado con grabados y cada uno correspondía a una de las secciones con forma de cuña.

—Has dicho que había doce de esos sacerdotes…

—Los saliares.

—¿Es importante el número doce?

—El doce siempre ha sido un número importante —sugirió Denison—, especialmente en la religión. Doce eran las tribus de Israel. Jesús eligió a doce apóstoles. Los signos del zodiaco son doce.

—¿Y para los romanos? ¿Tiene un significado especial? —insistió Frost.

Lili asintió.

—Es posible. Los romanos asumieron muchas ideas religiosas de otras culturas. Los etruscos, por ejemplo, fundaron doce capitales. Los dioses griegos más importantes eran doce y muchas deidades romanas toman como modelo el panteón griego. Y, como ha dicho Tony, doce son los signos del zodiaco, que también eran bien conocidos por los romanos. Cuando se erigió en dictador de Roma, Julio César creó un calendario nuevo, que es la base del que utilizamos hoy día y que dividía el año en doce meses. Conque sí, se puede asumir sin temor a equivocarse que el doce era un número significativo.

Frost empujó una de las partes grabadas y examinó la superficie con los dedos. Encontró un punto más débil, así que presionó un poco más fuerte sobre él y se desprendió la gruesa capa de óxido que lo envolvía, dejando al descubierto un pequeño orificio de unos cinco centímetros de diámetro. Metió un dedo hasta dar con algo duro.

—Tony, dame una de esas lanzas.

Denison le dio la antigua reliquia y Frost introdujo el extremo del asta en el agujero. Probó varias cosas: primero, giró el asta en el orificio como si se tratara de una llave y luego hizo presión sobre ella como si tratara de girar un cabrestante.

No sucedió nada.

Pero Lili se emocionó de repente.

Apartó a Frost de un empujón y sacó la lanza.

—Tienes razón. Debes tenerla. Tenemos que encontrar el agujero que corresponde a marzo.

Frost miró de nuevo los grabados decorativos, pero no vio nada que se asemejara a ninguna clase de símbolo de calendario que él hubiera visto y mucho menos números y letras.

Lili echó una mirada a la piedra central.

—Súbete ahí. —Señaló donde se suponía que estuvo la estatua de Marte.

Frost obedeció, aunque no tenía modo alguno de saber cómo pudo estar orientada la estatua perdida. Parecía que Lili sí. Le ordenó que girara a la derecha y luego

siguió corrigiendo su posición centímetro a centímetro hasta que le puso mirando en la misma dirección que la estatua podría haberlo estado mil setecientos años atrás y quedó satisfecha.

—Ahí. No te muevas.

Lo rodeó para ponerse detrás de él e insertó el extremo de la lanza en el agujero que estaba justamente a las ocho en punto respecto a Frost. Cuando el asta entró en el hueco, Frost oyó un clic muy distintivo. Todos lo oyeron. Miró por encima del hombro y de inmediato vio el resultado de la acción de Lili. La lanza sobresalía del círculo representando a la perfección el símbolo de Marte. El símbolo masculino.

Lili se inclinó sobre la lanza y empezó a empujarla.

Un chirrido invadió la cámara cuando el anillo exterior del receptáculo de piedra empezó a moverse. Denison fue corriendo al lado de Lili y entre los dos giraron el círculo de piedra hasta que la lanza apuntó directamente a la cara de Frost, que permaneció inmóvil.

Notó que estaba pasando algo.

No quería romper la magia, fuera cual fuera.

En cuanto la punta de la lanza alcanzó dicha posición, se oyó un segundo clic agudo y el pedestal bajo Frost empezó a vibrar.

Antes de que pudiera pensar siquiera en saltar a un lugar seguro, se escuchó otro sonido: el estruendo de rocas chocando una contra otra.

El círculo central, donde él se encontraba, y el perímetro exterior del pedestal no se movieron, pero el interior del depósito cayó de repente hacia el vacío.

15

PAÍS BAJO PARA VIEJOS

Países Bajos. 02:45 Hora local (01:45 UTC).

Konstantin Khavin aparcó en un área de descanso y salió del coche que había alquilado dando un portazo.

El aire nocturno, frío por la brisa marina que soplaba por las tierras bajas, era cortante. Eso le ayudaba a sobrellevar la fatiga producida por el largo viaje en tren y el posterior trayecto en coche por las llanuras neerlandesas. Al sur, podía distinguir el resplandor de la conurbación de La Haya y Rotterdam. La ciudad estaba lo suficientemente lejos como para que pudiera ver bien el paisaje que se extendía ante él tan solo con la luz de las estrellas. Disfrutó un poco más del viento que le soplaba en la cara y luego se dio la vuelta. Desde este momento hasta que todo acabase, estaría siempre orientado hacia su objetivo. Y este era David Habersham.

Estaba a menos de dos kilómetros de la puerta principal de la mansión de Habersham, pero la propiedad llegaba hasta el extremo más apartado de la carretera. En sus indagaciones, Lethe había accedido a la red vía satélite y había descubierto que la finca no estaba vallada y que no había indicios de que hubiera ninguna medida de seguridad; algo que resultaba extraño para un hombre que se encontraba en el centro de una elaborada red de teorías conspiratorias y complots contra la corona. Tenía que dar por sentado que la casa sí estaría vigilada.

Habersham era un hombre poderoso, aunque no rico hasta el punto de ser avaricioso con su dinero; era multimillonario, pero no acumulaba miles de millones, ni era un Howard Hughes que se escondiera tras una serie de sistemas de seguridad impenetrables.

O eso pensaba Lethe; Konstantin no estaba tan seguro.

Si se ponía en la piel de Habersham, incluso a pesar de su mentalidad solitaria, si hubiera tomado partido en una conspiración terrorista cuyo propósito fundamental era alterar el mundo, habría tomado todo tipo de precauciones para vigilar los accesos a su residencia. Nunca pienses que tu enemigo es idiota o más débil que tú. Nunca pienses que no hará al menos lo mismo que tú harías y que, como mucho, estará tres pasos por delante de ti, dado que ha tenido todo el tiempo del mundo para tomar medidas contra cualquier contingencia.

Con la ayuda de un monocular Night Optics D-300 con visión nocturna que tenía sujeto de forma muy rudimentaria a la cabeza con correas, barrió el terreno rápidamente, moviéndose por las hierbas altas con tanta soltura como si fuera pleno

día.

Inspeccionó la zona en busca de sensores de movimiento, cámaras de seguridad y cualquier tipo de equipo de vigilancia oculto. Se paraba a cada pocos pasos y cerraba los ojos para escuchar, aguzando el oído en busca de cualquier sonido fuera de lo normal, de cualquier cosa que pudiera anunciar a una patrulla acercándose. Silencio. Solo típicos ruidos nocturnos.

Veintisiete minutos después de cerrar la puerta del coche, alcanzó a ver la casa de Habersham tras un grupo de pinos silvestres.

Era un edificio achaparrado de una planta con el tejado ligeramente inclinado y construido al estilo colonial tradicional de la región, un lugar normal y corriente, que no parecía en absoluto la residencia de un millonario salvo por el hecho de que, en la esquina norte, se unía a la imponente estructura de un viejo molino de viento que parecía salido de la mente de Cervantes y cuyas enormes aspas giraban lentamente con la leve brisa.

Habersham había hecho fortuna con la energía alternativa, así que, posiblemente, el molino fuera más que un simple adorno de jardín.

A pesar de lo tarde que era, salía luz de varias ventanas de la casa, pero no veía otros signos de actividad.

Al ruso le costó otra hora de meticulosa vigilancia convencerse de que no había guardias, ni perros, ni cámaras, ni sensores alrededor del edificio y, aunque eso no le satisfacía, no iba a mirarle el diente a un caballo regalado. Salió de su escondite y se dirigió a la casa, ocultándose tras las lentas aspas del molino.

La apariencia rústica que presentaba solo era una fachada.

Al acercarse, Konstantin pudo ver que las aspas eran de metal y no de madera, por lo que resultaban ligeras y resistentes, además de que estaban cubiertas por una tela sintética. El eje alrededor del que giraba todo el mecanismo también era de metal y, en el punto en que se adentraba en la estructura de soporte, había un engranaje de metal con restos de aceite de maquinaria y grasa que rezumaba por todo el eje. Las ventanas de doble acristalamiento con marco de vinilo eran imposibles de abrir desde fuera, pero el detalle que menos concordaba con el aspecto anticuado del molino era la puerta, equipada con una cerradura electrónica de lo más moderna que se activaba mediante un botón.

Konstantin se quedó completamente inmóvil durante varios minutos para comprobar si su presencia había hecho saltar algún sensor de alarma o si le habían observado desde dentro de la casa. Luego, miró la puerta más de cerca.

El cerrojo era relativamente sencillo: tenía un teclado de diez dígitos muy desgastado, nada más elaborado que lo que se usaría para proteger la puerta de una oficina en un edificio compartido. Una persona con conocimientos sobre seguridad electrónica no tendría problemas para manipularla. Aunque Konstantin era más un ladrón de la vieja escuela que hacía el trabajo manualmente. Le gustaba el sonido de las clavijas al moverse dentro de las cerraduras y oír la sutil variación de sonido que

provocaban cuando encajaban en el punto exacto. Era todo un arte. Estas cosas modernas no eran nada sofisticadas. Daban risa. Le quitaba toda la gracia. No hacía falta habilidad alguna, bastaba con una caja llena de cachivaches. No es que le disgustara hacer trampas, pero eso significaba que entrar en la casa de Habersham iba a ser más difícil de lo que había sido entrar en el apartamento de Denison.

Había venido preparado.

Sacó un detector de circuitos electrónicos de mano de una bolsa de herramientas que se había traído y la pasó por el marco de la puerta. Identificó la cerradura de inmediato. No parecía que hubiera otros circuitos activos. La puerta no tenía alarma.

Se alejó de ella e intentó ver algo por las ventanas, pero unas cortinas gruesas se lo impedían. Eso le dio que pensar. Habría sido fácil convertir la mira de visión nocturna en un sensor de movimiento, pero de este modo iba a tener que entrar a ciegas, y eso no le gustaba. Si había un sistema de alarma, tendría de treinta a sesenta segundos para desactivarlo antes de que todo se fuera a la mierda.

Odiaba la tecnología a morir.

El cerrojo de la puerta funcionaba con un electroimán, así que cuando se introducía el código correcto, el circuito suministraba corriente al imán y hacía saltar el perno para permitirle entrar. Como la mayoría de medidas de seguridad electrónicas, la cerradura se basaba en un circuito pasivo. Para que funcionara, había que activarlo. Al cortar la corriente que llegaba a la cerradura, el perno simplemente se quedaría en la posición de bloqueo.

Konstantin no tenía el código, pero contaba con algo casi igual de bueno.

Volvió a rebuscar en el fondo de su bolsa de cachivaches y sacó una pistola desmagnetizadora a pilas. El dispositivo de mano no era más que un electroimán muy potente que se utilizaba para borrar datos de discos o cintas magnéticas. Algo a medio camino entre la tecnología de la vieja escuela y los dispositivos ultramodernos utilizados para desactivar sistemas de seguridad y que, además, tenía una serie de utilidades no muy legales.

Colocó el desmagnetizador al lado del pomo y lo activó.

Sonó un clic metálico en el interior cuando el dispositivo atrapó el perno accionado por muelle y la atracción magnética lo sacó del pasador.

Konstantin contuvo el aliento y abrió la puerta con delicadeza.

Tan fácil como eso.

Dentro del molino solo había silencio.

No saltó ninguna alarma. No hubo gritos cada vez más fuertes de «intruso, intruso» que no le dejaran pensar por el pánico y que levantasen hasta a los muertos. Dio una rápida ojeada al interior con un ojo cerrado para que la imagen que percibía por el monóculo con visión nocturna fuera la única que procesara su cerebro, pero no vio nada. No había luces parpadeantes de detectores de movimiento ocultos o de circuitos cerrados de televisión.

Fue otra cosa lo que le hizo pararse en seco.

El interior de la habitación no se parecía en nada a un viejo molino holandés. No había ninguna rueda de molino que girara lentamente ni evidencia alguna de que el edificio sirviera en modo alguno para hacer funcionar las enormes turbinas de fuera. La habitación no tenía apenas mobiliario: el único mueble propiamente dicho era una silla plegable ubicada en el centro de la habitación.

Justo enfrente de la silla había un trípode de cámara y, justo detrás, una enorme bandera que adornaba toda la pared trasera.

No pintaba nada bien.

Era como si hubiera entrado en el set de grabación de un vídeo terrorista allá por el 2001. Podía imaginarse perfectamente a un hombre oculto tras un pañuelo, inclinado hacia delante para reivindicar infinidad de atrocidades. Echó un vistazo a la habitación. No podía distinguir el color de la bandera, parecía completamente blanca vista a través del dispositivo de visión nocturna, pero seguramente se trataba de algún tono de rojo. Sin embargo, no tenía ningún problema para distinguir la distintiva águila negra bicéfala del centro de la bandera que se encontraba sobre la cruz diagonal formada por la silueta de una cimitarra y lo que, sin duda, era un rifle de asalto Kalashnikov. El águila era un emblema común en Europa Oriental, pero las armas cruzadas… junto con la silla y la cámara… significaban mucho para el ruso.

«Este lugar no me gusta nada».

Apareció algo en los bordes de la pantalla monocromática. Konstantin giró por completo el monocular. La luz venía de fuera. Se metió rápidamente en la habitación y cerró la puerta tras él.

Se quedó inmóvil en la oscuridad; solo respiraba y escuchaba. Y entonces, entreabrió la puerta para mirar por el resquicio y averiguar de dónde provenía la luz.

A simple vista, el punto de luz apenas se veía, ya que debía de encontrarse aproximadamente a un kilómetro en campo abierto. Mientras seguía mirando, la luz se dividió —como si se tratara de dos ojos ardientes—, amenazando con su llegada: un vehículo se acercaba a la casa a gran velocidad.

Iba a tener visita.

Un Volkswagen Eurovan blanco surgió de la oscuridad y se detuvo enfrente de la casa principal, a treinta metros de donde se encontraba el ruso. Cuando el conductor y el pasajero salieron, un anciano surgió del interior de la casa a recibirles. Konstantin lo reconoció por el *dossier* de Lethe. Era David Habersham.

El conductor de la furgoneta llevaba un uniforme militar negro, un gorro doblado y un chaleco táctico. Konstantin vio que tenía una pistola enfundada y una automática compacta, una Heckler & Kotch MP-5, sobre un hombro.

El pasajero pasaba más desapercibido.

Tendría la misma edad que Habersham y lucía una mata de pelo canoso y un bigote que parecía un cepillo. La luz, formando un rectángulo alargado, salía de la casa principal y se derramaba frente al conductor. Este se adentró en el haz de luz para saludar a Habersham. Vestía una chaqueta de *tweed*, chinos y unos zapatos

bastante bonitos. No parecía que fuera armado; la chaqueta caía con naturalidad mientras le daba un fuerte apretón de manos a Habersham.

Detrás de ellos, el conductor abrió la puerta lateral de la furgoneta y apareció otro hombre uniformado.

Habersham habló primero. Su voz denotaba gran sorpresa y preocupación. Llegaba sin problemas hasta el escondite del ruso.

—¿Dónde están el resto de tus hombres? ¿Ha habido algún problema?

—Ninguno. —El acento del hombre era exasperadamente familiar, pero Konstantin era incapaz de situarlo—. Aquí no, al menos. La operación salió justo como planeamos. El problema ha sido otro. A mi jinete le hizo falta un poco de ayuda.

—¿Y la espada?

—No estaba donde pensábamos, pero el jinete confía en que la encontraremos. Mandé al resto de mi equipo a Roma para que ayudaran a recuperarla. Ya deben haber aterrizado. —El hombre le dio unas palmaditas a Habersham en el hombro—. Qué bien viene tener un *jet* privado, ¿eh?

Habersham no sonaba tan optimista.

—Usar el *jet* podría levantar sospechas.

—Nadie va a sospechar nada. El rastro les llevará justo a donde queremos.

Habersham sacudió ligeramente la cabeza, dudoso, y obviamente menos emocionado con el giro que había tomado la situación; luego, se acercó a la furgoneta y echó un buen vistazo al interior de la zona de carga trasera.

Después de un momento, se retiró y se dirigió al tío de la H&K.

—Llévalo al molino.

A Khavin se le salió el corazón del pecho.

Cerró la puerta con cuidado y se adentró en la habitación ahora completamente oscura.

Volvió a examinar la habitación con el monocular. Esta vez, distinguió dos puertas en la pared trasera. Una tenía un ojo en la cerradura del pomo; la otra, no.

«Bueno, eso simplifica las cosas».

Khavin se acercó a la segunda puerta y giró el pomo. Tras ella se encontraba el hueco de una escalera que subía hasta lo alto del molino. Entró y cerró la puerta con suavidad tras él, pero no subió.

En lugar de eso, se quedó allí con la oreja pegada a la puerta para intentar oír lo que ocurría en la habitación que acababa de abandonar. Si no se equivocaba con lo que implicaba la silla, la bandera y la cámara de la habitación, no irían mucho más lejos.

Esperó. El tiempo se ralentizó.

Tras un largo silencio, Khavin oyó el pitido agudo del cerrojo exterior al desconectarse y el golpetazo de la puerta al abrirla de golpe. Oyó pies arrastrándose, resuellos de esfuerzo y las patas de la silla siendo arrastrada por el suelo de piedra. Y

luego, la habitación quedó en silencio.

Konstantin esperó y escuchó, intentando captar hasta el más leve susurro o crujido, listo para escabullirse por las escaleras si oía algo que le indicara que iban a descubrirle.

Nada.

Siguió esperando.

Y siguió sin pasar nada.

Tras completar su cometido, los hombres de Habersham deberían haber salido del molino.

Konstantin giró el pestillo y abrió la puerta tan solo un resquicio. La habitación permanecía oscura y tranquila. Empujó la puerta un centímetro más, lo que le bastó para divisar la silla en el centro de la habitación. En ella había un hombre vestido con lo que parecía un pijama.

Estaba desplomado en la silla, con los brazos atados a la espalda y la cabeza cubierta con un saco de tela oscura.

Habersham tenía un rehén.

Konstantin esperó un poco más para asegurarse de que no hubiera ningún guardia acechando en la oscuridad…

«Claro que no lo hay. Un guardia habría encendido las luces».

Y luego, entró sigilosamente en la habitación.

El prisionero estaba solo, sentado, inmóvil y ajeno a la presencia del ruso. Konstantin siguió examinando al hombre gracias al monocular con visión nocturna, sopesando sus opciones.

Su primera intención era lograr entrar en la casa de Habersham y reunir información sobre los Cuatro Evangelistas y sus planes. Seguía sin tener ni idea de qué trataba su plan general, pero lo que sí sabía ahora era que tenía que ver con este rehén y eso le suponía un dilema: ¿debía continuar con su plan original y arriesgarse a conocer la verdad cuando fuera ya demasiado tarde para impedirlo, o actuar de una vez, a modo de acción preventiva, aquí y ahora sin saber qué estaba pasando realmente?

Aunque esa no era realmente la elección a la que se enfrentaba, sabía qué le esperaba al prisionero.

La verdadera elección se reducía a una pregunta: ¿estaba preparado para dejar morir a ese hombre?

No le conocía.

Nunca le había visto.

No le debía nada.

Así que, ¿qué significaba una vida para él?

Konstantin Khavin sonrió con arrepentimiento. Pocos años atrás, no habría supuesto ningún dilema para él. Quién vivía y quién moría había sido algo intrascendente en aquel entonces. La vida era barata en la Unión Soviética. Hombres

y mujeres eran prescindibles, peones en un tablero de ajedrez que se sacrificaban cuando era necesario por el bien de la misión y la gloria de Rodina.

Su deserción final era la prueba concluyente de que rechazaba dicha forma de pensar.

La muerte no le impresionaba. Nunca pensaba en sí mismo como un héroe desinteresado. Él no era ningún Shane que llegara al pueblo a caballo a salvar a débiles e indefensos, sino Konstantin Khavin: un hombre cuyas convicciones eran más complejas y estaban más arraigadas que la humanidad o la religión. No era buena persona, pero Frost sí. Él era un hombre duro, que llevaba dentro la crueldad, pero aun así, no podía encogerse de hombros y dejar a ese pobre cabrón a merced de su destino.

No había ningún dilema.

Se acercó al hombre de la silla y luego alargó la mano con cuidado para quitarle el saco de la cabeza. Este se sobresaltó, entró en pánico y se puso a dar patadas y a intentar soltarse de sus ataduras como loco. Estaba petrificado.

Konstantin le echaba unos sesenta años. Tenía el pelo de color claro, seguramente gris, y un bigote espeso. Era más bien corpulento, tenía aspecto paternal y amistoso, la cara redonda y las mandíbulas como codillos de jamón. En la pantalla verde monocromática de visión nocturna, sus pupilas eran enormes puntos blancos que parecían mirar fijamente a algún punto más allá del ruso, pero no a él.

Konstantin intentó calmarle.

—Soy un amigo —susurró en inglés.

—¿Quién eres?

Tenía acento eslavo; no era de por allí, ni era el inglés su lengua nativa.

—Un amigo —repitió él—. Voy a sacarte de aquí, pero para ello tienes que quedarte tan callado como sea posible. ¿Entendido?

El hombre asintió.

A Khavin ni siquiera se le pasó por la cabeza interrogarle, por mucho que saber cómo se llamaba pudiera arrojar algo de luz sobre el plan maestro de Habersham. Tendría tiempo suficiente para eso después, si es que conseguían salir de allí.

Cortó rápidamente las abrazaderas de plástico que le ataban las muñecas y le ayudó a ponerse en pie.

Al principio, el viejo no era capaz de mantenerse firme. Le habían dado un golpe en la cabeza durante el secuestro inicial. Tenía el pelo y el cuero cabelludo apelmazados con sangre, que se veía como manchas oscuras en el monocular.

—¿Puedes mantenerte en pie?

Asintió.

Konstantin le cogió la mano derecha y se la puso en el hombro.

—Podrás ver mejor cuando salgamos —susurró—. Hasta entonces, no me sueltes.

Volvió a asentir y Konstantin cruzó de inmediato la habitación vacía hasta llegar a la puerta que daba al mundo exterior.

La abrió de nuevo solo un resquicio para escuchar y examinar la oscuridad de la noche en busca de cualquier indicio de problemas. Las turbinas chirriaban al girar. No se movía nada más. Muy despacio, abrió la puerta de par en par.

Una fría brisa le acarició y se le puso la carne de gallina en la nuca.

Tenía la piel húmeda de sudor. Ni siquiera se había dado cuenta de que estaba sudando.

El aire traía el aroma de los campos y un ligero olor a algo que le era familiar… humo de tabaco. Había alguien fumando cerca, lo suficientemente cerca como para que la brisa no disipara por completo el olor…

De repente, algo duro y pesado le golpeó en la sien y el monocular salió disparado.

Un intenso dolor punzante le recorrió la cabeza, seguido de un fogonazo de luz.

Y entonces, su mundo se oscureció por completo.

16

EL TEMPLO

Roma. 03:18 Hora local (02:18 UTC).

Denison dirigió el haz de luz hacia la cavidad negra.

Frost vio que la base del receptáculo se había hecho añicos al caer a intervalos hasta formar una espiral de escaleras que rodeaba el pedestal y reflejaba el diseño de las escaleras del templo que les rodeaban.

—¡Fantástico!

Denison estaba extrañamente aturdido. De improviso, y antes de que Frost pudiera sugerirle que fuera prudente, su amigo había pasado una pierna por el borde inferior y estaba bajando a las escaleras. Lili le siguió de cerca cuando descendió por el pasaje recién descubierto, dejando de nuevo a Frost en la retaguardia.

No le gustaba.

No le gustaba ni un pelo.

Cada vez más profundo. Más tierra sobre la cabeza. Más pasadizos antiguos.

Vacilante, Frost bajó del pedestal y les siguió.

Los doce peldaños de piedra que habían aparecido solo eran la primera parte de unas escaleras más profundas que se enroscaban en torno a un pilar central y bajaban al menos treinta metros. Frost descendió con cuidado, asegurándose de no sacar las lanzas de los saliares, que aún descansaban en los primeros once escalones, y alcanzó a la pareja en la base de la escalera, donde esta se abría formando un balcón que rodeaba el interior de una vasta cámara abovedada.

—¿Un panteón subterráneo? —exclamó Denison.

—Tiene cierta similitud —coincidió Lili emocionada—, aunque a menor escala. Y se construyó al menos un siglo antes de los tiempos de Adriano.

—Nadie ha puesto un pie en esta sala desde hace siglos —dijo Denison.

Lili dirigió el haz de luz de su linterna a las paredes, iluminando los pilares y arcos de tono gris uniforme.

—Es cemento, no piedra tallada.

—¿Entonces es nuevo? —preguntó Frost.

Lili negó con la cabeza.

—Los romanos descubrieron la fórmula del cemento en la antigüedad. Lo utilizaban constantemente en la construcción de puentes y acueductos y, por supuesto, en la inmensidad de templos y otros edificios que aun hoy día siguen en pie. Ese conocimiento se perdió durante la Alta Edad Media y no se recuperó hasta hace

relativamente poco en la historia.

Enfocó la luz hacia la oscuridad inferior.

Una pieza única de estatuaria descansaba sobre un pedestal que había justo en el centro de la cámara; una figura a escala real de un hombre sentado. Su rostro, hermoso y autoritario, estaba coronado por una cabeza despejada, salvo por una hilera de rizos. No era roca, sino algún tipo de metal oscuro. «Bronce», supuso Frost. Algo en su regazo destelleaba con el brillo de la linterna. Deslumbrante. Cálido. Dorado. Como si el sol se hubiera quedado atrapado en el centro de la tierra.

—Es César —dijo Lili sin aliento—. Incluso antes de su muerte, le deificaron; un dios en vida. Este lugar es un templo en honor a Julio César.

Frost sabía lo que venía a continuación.

—Y esa es la espada —dijo Denison, enfocando el haz de luz en las rodillas de la estatua. El arma tendida en ellas era, sin lugar a dudas, una *gladius* romana desenvainada.

La empuñadura de latón brillaba como si fuera oro. No tenía guarnición ni ningún tipo de protección para las manos, salvo por la forma de la empuñadura, que sobresalía un poco donde envolvía a la hoja. Esta tenía medio metro de largo y era recta a la perfección menos en la punta, donde formaba un ángulo muy pronunciado. A pesar de los dos milenios trascurridos, el acero brillaba como un espejo, como si lo hubieran pulido justo ayer.

Cuando Denison recorrió la espada con la antorcha, el reflejo bailó cual llama amarilla.

Dejó que la luz se posara en ella solo un instante antes de apartarla y darle enseguida la vuelta al balcón para bajar por otras escaleras que llevaban al suelo del templo.

Lili se movía casi con la misma rapidez.

Estaban a medio camino de la estatua cuando Frost gritó:

—¡Parad!

Denison se paró en seco y se giró para mirarle. Su cara era una mezcla de irritación e inquietud.

—Pensad un poco —les gritó Frost desde arriba—. Este lugar lo construyeron con el único propósito de proteger esa espada. Hay pasajes secretos dentro de salas secretas. No la dejaron aquí desprotegida. —Al ver que la única respuesta eran miradas en blanco, Frost recalcó su idea—. ¿Es que soy el único que ha visto la puta peli de Indiana Jones?

Denison miró a Lili con incredulidad.

—Tiene razón. Los romanos eran excepcionales ingenieros. No toquéis nada. No hasta que sepamos que es seguro.

Denison asintió y barrió con la linterna el resto de la cámara, que estaba vacía.

—¿Y qué estamos buscando entonces? ¿Alguna especie de mecanismo?

Lili examinó la sala, siguiendo la luz con los ojos hasta que se centró en los pies

de la estatua que descansaba frente a ellos.

—Realizaban sus ritos a los pies del César —reflexionó—. Si hubiera una trampa, estaría diseñada para impedir que alguien cogiera la espada, no para prevenir que le venerasen.

Siguió andando, ahora con más cautela, hasta que la escultura estuvo a menos de un brazo de distancia.

—Aquí —señaló—. Hay una grieta donde el pedestal se une al suelo. Las escaleras de antes funcionaban con algún tipo de mecanismo de contrapesos. Puede que hayan usado el mismo principio aquí… alguna especie de balanza bajo el suelo. Puede que, al retirar la espada, la balanza se desequilibre.

—Tiene sentido —coincidió Denison—. Así que si la cogemos, ¿tenemos que poner algo de igual peso o lo suficientemente pesado para mantenerla abajo?

Lili frunció el ceño.

—Es imposible saberlo.

Frost recordó vívidamente la pesadilla de todo soldado: pisar una mina activa, oír ese clic cuando se activa el mecanismo de presión y saber que, por muy rápido que corrieras e hicieras lo que hicieras, la mina detonaría en el instante en que levantaras el pie del detonante. Aunque, por supuesto, existían métodos para zafarse de una mina. Incluso podía desarmarse *in situ*, pero las probabilidades de sobrevivir no eran muchas. Cuando una mina estaba armada, el más mínimo cambio de presión podía hacerla estallar.

No estaban literalmente sobre una mina activa, pero la situación era similar.

Y Denison y Lili no iban a irse sin la espada.

«Así que, ¿cómo desactivo esta mina?».

—Tengo una idea —dijo Frost pensando con la cabeza fría.

Subió corriendo las escaleras de caracol y volvió al momento con varias lanzas ceremoniales.

—No funcionará —dijo Lili, malinterpretando sus intenciones—. Si la espada pesa aunque sea unos gramos más o unos menos que una lanza, la balanza puede descompensarse.

Frost sacudió la cabeza.

—No es lo que pretendía hacer. Podemos meter las puntas de las lanzas en la grieta de la base del pedestal… para bloquearlo y que no se mueva del sitio.

—Y evitar que se desplace cuando cojamos la espada —terminó la frase Denison—. El mecanismo no puede ser muy sensible. Aquí hay terremotos, por si no lo recuerdas.

De hecho, la región norte de Emilia-Romaña había sufrido una serie de temblores devastadores en los últimos años, lo que había llevado a algunos fundamentalistas cristianos a creer que el juicio de Dios caía sobre la Iglesia tras siglos de desgobierno.

—Si tenemos cuidado, y suerte, la estatua no se moverá ni un milímetro —prometió Frost mientras le daba una de las lanzas a Denison.

Un examen más detenido confirmaba la primera sospecha de Lili.

No solo había un hueco visible entre el pedestal y el suelo, sino que además se ejercía una presión lateral firme y suave que provocaba que el hueco se ensanchara perceptiblemente y, al aliviar esa presión, se podía volver a poner en su sitio como si se tratara de un barco mecido por el agua junto a un embarcadero. Esto solo acentuaba la ansiedad de Frost ante lo que iba a hacer; había una trampa esperando a que alguien la hiciera saltar y su plan para librarse de ella tenía las mismas posibilidades de éxito que escapar de una mina de tierra un segundo después de escuchar el clic.

Miró a Lili.

—Quizás deberías apartarte un poco.

Ella sacudió la cabeza.

Frost se encogió de hombros y luego, con una gran delicadeza, introdujo la punta de la lanza en la negra grieta, teniendo cuidado de no profundizar demasiado. Mantuvo estable la presión ejercida con la lanza mientras se afanaba por introducirla un centímetro y, entonces, vio cómo el hueco se ensanchaba un poco y dejaba sitio a la punta de metal, que seguía adentrándose. Finalmente, se retiró y dejó que el astil sobresaliera verticalmente del suelo.

Denison mostró su satisfacción y trató de introducir la lanza en la junta del lado opuesto.

—Qué suerte —dijo tras un momento, pero no parecía estar muy contento con la suya—. Está bien sujeto. Ni siquiera puedo meter la punta, y no digo eso desde mi noche de bodas. —No era un chiste muy bueno, pero Lili dejó escapar una leve sonrisa—. Pongámoslo a prueba, ¿no?

Dio una bocanada de aire y envolvió la empuñadura de reluciente latón de la Crocea Mors con los dedos de la mano derecha.

Tras otra pausa y otra bocanada de aire, levantó la antigua espada de donde descansaba.

No ocurrió nada.

No saltó ninguna trampa mortal.

Frost se dio cuenta de que había estado aguantando la respiración y dejó salir el aire con un suspiro.

—Bien. Ya está. Misión cumplida como Dios manda. Tenemos la espada, así que salgamos cagando leches de aquí.

Le ignoraron.

Denison sostenía la espada con un respeto reverencial.

—La espada de Julio César —susurró—. La espada de los reyes. Jamás hubiera imaginado que la tendría entre mis manos.

Lili dio un paso hacia él y estiró la mano como si pretendiera pedirse el turno para admirar su descubrimiento, pero antes de que Denison pudiera dársela, la chica dejó caer la mano.

—El irlandés tiene razón. No estamos a salvo aquí. Debemos irnos.

Denison asintió absorto y se alejó de la estatua, pero era obvio que su mente se encontraba en otra parte. Continuó sosteniendo la espada a modo de ofrenda, pero algo acerca de su pose preocupaba a Frost. Parecía como si estuviera listo para la batalla.

No se había alejado más de tres pasos de la estatua cuando empezó a resonar por la cámara un débil sonido agudo que se intensificaba conforme retumbaba de un lado a otro de la bóveda.

—Pero qué…

Un fuerte sonido metálico se oyó a través de todo el estruendo y Frost vio que Denison había dejado caer la espada y la miraba pasmado sin dar crédito a sus ojos. Miró a sus compañeros y luego señaló a la antigua arma, que yacía en el suelo de cemento.

—No he sido yo… yo no he hecho nada. La espada… —Tenía que gritar para hacerse oír entre el creciente estrépito— empezó a vibrar cuando la sostenía.

Frost aún estaba procesando su afirmación cuando un nuevo sonido llegó a ellos a través de las ondas de resonancia: piedras chocando unas contra otras. Tardó un momento en localizarlo: venía de arriba. Otro sonido: metal golpeando roca.

Frost vio cómo el asta de la lanza que había introducido en el lateral del pedestal cayó al suelo repiqueteando; la punta ya no mantenía la estatua en su lugar.

—Mierda —bramó, y se dirigió hacia las escaleras instintivamente.

Lili también se puso en marcha, pero, en lugar de buscar la salida, corrió a rescatar la espada del polvoriento suelo.

Cogió a Denison de la mano y tiró de él para hacerle andar.

Otro sonido se sumó al tumulto. Era más que un simple ruido. Frost sentía la vibración en la planta de los pies como si fuera el inicio de un terremoto, pero no lo era.

Se produjo un sonido parecido a un disparo y una sección de la pared más alejada de la cámara explosionó a causa de una inmensa cantidad de agua que salía a presión. Dos secciones más de la pared volaron y las enormes piedras, propulsadas por un violento torrente de agua, se hicieron añicos al impactar. En cuestión de segundos, todo el suelo de la cámara abovedada se inundó casi hasta la altura de las rodillas y el flujo de los tres chorros de agua no parecía disminuir.

—Eso me pasa por listo. Vámonos —gritó Frost, chapoteando hacia las escaleras.

Cuando consiguió poner el primer pie en las escaleras de piedra, el agua helada ya le llegaba por encima de las rodillas y seguía subiendo con rapidez.

Desde el balcón, la situación no parecía menos grave.

El nivel del agua subía rápidamente, tanto que ya besaba los pies del César de bronce. Frost empezó a ascender por la escalera de caracol. Y mientras subía, se percató de que los antiguos guardas romanos que protegían la espada ya habían previsto exactamente ese escenario porque los últimos doce escalones se habían

replegado a su posición original y la abertura que les habría permitido escapar se había cerrado.

Reprimió el impulso de expresar su frustración con un grito: ahora mismo, necesitaba estar alerta. Ya se dejaría llevar por el pánico después. «Mejor que estar enterrado vivo», pensó zalameramente. «Aunque no hay mucha diferencia».

Frost apuntaba la linterna al frente en busca de algún punto débil, una grieta o cualquier cosa que pudiera usar a su favor. Iluminó la parte inferior del círculo de piedra. Desde donde se encontraba, podía ver las cuerdas y poleas que conectaban los escalones al mecanismo del receptáculo de las lanzas y alcanzó a ver que una de las viejas cuerdas se había roto, con lo que uno de los doce escalones estaba en su posición más baja. No era mucho, pero al menos era algo. El escalón estaba casi a la altura de la cintura. El agua aún no había llegado allí. Y, lo más importante, esperaba que hubiera una brecha en el techo donde el orificio no se hubiera cerrado a ras. No era mucho y nada garantizaba que pudiera meterse por ella. Pero si podía llegar al escalón y subir por los recovecos donde deberían estar los escalones, quizás podría sacarles de allí.

—¿Veis eso? —Frost apuntó con la linterna al hueco que había sobre ellos y luego al escalón solitario para, finalmente, recorrer los seis agujeros negros que se elevaban junto con la curvatura de la pared—. ¿Creéis que podéis conseguirlo?

No esperó a que le respondieran, sino que se agachó para impulsarse y saltar al otro lado de la brecha; se golpeó contra la pared y estuvo a punto de desequilibrarse y caer a las crecientes aguas. Extendió los brazos, tanteó los asideros uno a uno y, cargando con el descomunal peso de su ropa empapada, empezó a escalar agarrándose con una mano tras otra hasta que alcanzó un punto donde podía apoyar los pies. Tenía los pantalones tan empapados que iba mojando la pared. Los dos que le seguían iban a tenerlo más complicado. Y dado que Denison venía en último lugar, sería peligroso. Debería haber sido él el último, pero con el brazo como lo tenía no estaba seguro de que pudiera conseguirlo. A veces, uno no se puede permitir ser caballeroso.

—¡Lili! Te toca —gritó—. Sígueme.

Esperaba que se mostrara reacia, pero su indecisión no tenía nada que ver con caer al vacío. Para su desgracia, vio cómo sus ojos se posaban en la espada que aún sostenía en la mano derecha.

—Déjala —le instó Frost—. No merece la pena morir por ella.

El agua inundaba ya la escalera; pronto llegaría hasta el asidero que se encontraba más abajo y el escalón desaparecería. La cámara subterránea estaba llenándose más rápido de lo que hubiera creído posible. La mitad del Tíber debía estar vaciándose en aquella cámara. No había un segundo que perder preocupándose de cuál sería el destino de una maldita espada.

—Si no saltas ya, morirás aquí con ella. Sabemos dónde está. Podemos volver.

Pero Lili hizo caso omiso de sus palabras.

En lugar de abandonar la espada a un destino incierto, se la enhebró con cuidado en el cinturón y solo cuando la hubo asegurado se preparó a saltar.

Con un gesto de resignación por su obstinada tozudez, Frost rodeó el recodo para dejarle más espacio. La chica estaba en buena forma. Era ágil, pero no saltaba grandes distancias. No lo consiguió. Rozó con el pie el filo del escalón de piedra, intentó mantener el equilibrio sin éxito y cayó hacia delante. Se golpeó la sien contra la pared y, tras la embestida, se desplomó hacia atrás. Chocó contra el agua que subía y se sumergió. Frost supo que no tenía elección. Se lanzó en picado al agua y, pataleando y chapoteando mientras subía sin cesar, nadó hasta donde Lili flotaba boca abajo como una estrella de mar, sangrando.

La rodeó con los brazos, le inclinó la cabeza para que no tragase agua y se quedó flotando mientras el agua seguía subiendo. No podía escalar con ella en brazos, pero tampoco podía dejarla atrás.

Miró a Denison.

—Vete. Abre esa puta cosa o moriremos todos.

Denison no se lo pensó dos veces.

Retrocedió unos pasos para coger carrerilla y saltó con facilidad hasta el otro lado del vacío para luego escalar poniendo una mano tras otra con una seguridad impropia de su edad.

Enseguida alcanzó el orificio e intentó agarrarse a algo para agrandar el hueco. Los mecanismos chirriaron al volver hacia atrás y, aunque el sonido se perdió en el tremendo estruendo que producía el agua al arremolinarse mientras inundaba la cámara, era obvio que la abertura se había ensanchado.

Denison le miró desde arriba, asintió y luego le dio una patada al lateral y fue buscando apoyo en su ascenso hasta que logró pasar al otro lado de la brecha.

La oscuridad lo devoró.

Lo único que Frost podía hacer ahora era esperar a que la cámara se inundara y que el agua le llevara hasta el orificio.

De repente, Lili pataleó y forcejeó con él, llegando incluso a estar a punto de arrastrarle al fondo.

—Relájate —le dijo Frost—, te tengo. Estás a salvo. Deja de forcejear.

Pero no paraba; y su resistencia les hundió.

Frost tragó una enorme cantidad de agua. No veía más que agua negra. No había nada más.

Lili se retorcía, chapoteaba y, finalmente, se zafó de él.

Él luchó por salir a la superficie, pero sus vaqueros se engancharon en la cabeza de César y quedó sumergido. Se retorció presa del pánico, dando patadas y contorsionándose en un intento por soltarse. Finalmente lo consiguió y subió.

Cuando salió a la superficie vio a Denison extendiendo la mano para ayudar a Lili a subir.

El corazón se le salía del pecho.

Por un instante, tan solo un instante, una asquerosa fracción de segundo, pensó que iba a morir y que Lili lo había hecho a propósito, traicionándolos por la espada.

Engulló una bocanada de aire fétido y viciado y apenas pudo exhalar un suspiro de alivio, pero se alegró muchísimo de equivocarse.

La chica desapareció en la oscuridad.

Frost se quedó flotando en el agua, mirando hacia arriba a la espera de que Denison reapareciera tendiendo su mano para ayudarle. El agua subía sin piedad. El tiempo se desvaneció con la fuerza, la oscilación y las salpicaduras del agua; y entonces, los chorros quedaron bajo la superficie, produciendo una resaca azotadora que amenazaba con hundirle.

—¡Cuando puedas, tío! —gritó al agujero sobre él.

Pero cuando finalmente Denison volvió a aparecer, no fue para echarle una mano, sino que se desplomó a través de la brecha y chocó contra Frost antes de que este pudiera pensar siquiera en apartarse, por lo que ambos hombres se vieron arrastrados bajo el agua.

17

FARO

Roma. 03:27 Hora local (02:27 UTC).

El impacto de la caída de Denison, unido a la increíble fuerza de los chorros bombeando agua implacablemente en la cámara, arrastró a Frost hacia abajo. No podía hacer nada para evitarlo. El agua le zarandeaba y aporreaba desde todas direcciones, revolcándole mientras intentaba llegar a la superficie con todas sus fuerzas.

Sus linternas se apagaron. La oscuridad los dejó desorientados. Sabía que tenía que intentar llegar a la superficie como fuera y esperar hasta que el agua subiera. Y rezar por que no sellaran la salida antes de que lo consiguiera.

Estiró los brazos en un intento desesperado por agarrarse a cualquier cosa sólida, pero sus dedos dieron con algo blando y flexible.

—¿Tony? —gritó.

La oscuridad se tragó sus palabras. Era un cuerpo. Tenía que ser él.

Tiró de Denison para acercarlo y le sacó la cabeza a la superficie.

Respiraba. Gracias a Dios. Rodeó a Denison con los brazos y le sostuvo la cabeza por encima del agua hasta que rompió a toser.

—¿Tony? —A Frost le castañeaban los dientes. Los apretó. El frío le consumía mientras seguía en el agua. El esfuerzo que suponía mantener a ambos a flote se unía al frío helado que hacía que cada palabra fuera un verdadero suplicio—. ¿Qué coño ha pasado?

—Nos estaban esperando —consiguió decir Denison entre escalofríos y resuellos —. Se han llevado a Lili… ellos… se llevaron la *espada*.

—Solo es una espada. Tenemos que salir de aquí.

Intentó procesar el significado de sus palabras: los enemigos de Denison los habían encontrado, seguido por los pasadizos secretos y esperado al acecho. Había algo en todo eso que no encajaba y que no dejaba de carcomerle. Pero la urgencia de su situación actual tenía que ser su mayor prioridad.

—Tiene que haber otra forma de salir de aquí —gritó para hacerse oír por encima del agua que caía.

La espuma formada por las turbulentas corrientes subacuáticas no cesaba de rodearlos.

De repente, brilló una luz cuando Denison consiguió sacar una mano del agua. La MagLite era sumergible. Era el primer golpe de suerte que tenían en siglos.

Frost vio que la brecha aún estaba abierta. El agua había subido casi un metro desde que Denison cayó. Si el orificio permanecía abierto, podrían salir de allí con la misma facilidad que si estuvieran en una piscina.

«Siempre y cuando no hubiera nadie esperándoles ahí arriba para meterles una bala en la cabeza nada más salir».

El frío le minaba las fuerzas paulatinamente. Su ropa y sus zapatos pesaban como bloques de cemento que le arrastraban al fondo. Tenía que luchar por cada bocanada de aire, pero se había entrenado para situaciones así, enfrentándose al frío y aumentando su capacidad de agotamiento. Era capaz de silenciar una parte de su cerebro y sobrevivir. El dolor del brazo era un coñazo, pero lo bueno del agua fría era que su cuerpo se había entumecido hacía ya un buen rato. Y ese entumecimiento aún podía resultar mortal: no parecía ser capaz de permanecer en la superficie lo suficiente como para dar un par de bocanadas de aire antes de que el frío se apoderara de su pecho y volviera a hundirse.

No era capaz de conseguir el aire suficiente como para permanecer a flote.

Y entonces, como una luz al final de un túnel interminable, la abertura se encontraba a tan solo unos metros sobre el agua, que seguía subiendo.

Reuniendo todas sus fuerzas, dio una patada fuerte, se propulsó hacia arriba y consiguió alcanzar el borde del orificio y subir por él. Hizo todo lo que pudo por sostener su propio peso, pero hubiera vuelto a caer al agua de no ser por que Denison nadó hasta él y le agarró por las piernas. Consiguió llegar y giró hasta quedarse boca arriba, inmóvil, excepto por los temblores y jadeos que no podía controlar.

Los asesinos se habían ido.

Su objetivo era Denison, al menos eso era lo que suponía. Pero si ese era el caso, ¿por qué se habían llevado a Lili? ¿Por qué habían empujado a Denison por la brecha en lugar de meterle una bala entre ceja y ceja?

Se le escapaba algo importante.

No pensaba con claridad.

Lo único que le importaba ahora mismo era salir de aquel sitio.

Denison se impulsó para salir del agua. Volvían a estar en el sacelo, la cámara donde el moderno sacerdocio seguía realizando rituales en honor del dios romano de la guerra.

Y, que él supiera, solo había una forma de salir de allí: por los mismos túneles del Sendero de Marte por los que habían venido.

—¿Hay otra forma de salir de aquí? Preferiría no volver por donde vinimos, por si estuvieran esperándonos.

Denison sacudió la cabeza.

—Es poco probable.

—Genial.

No volvieron a hablar. Caminaron pesadamente hasta la salida, intentando con todas sus fuerzas que sus piernas hipotérmicas consiguieran ponerse a correr. La luz

de Denison no era suficiente. Avanzaban más que nada basándose en lo que recordaban.

Entonces, llegaron a un cruce.

Frost se quedó mirando la encrucijada consternado. Lili les había guiado sin ningún esfuerzo a través del laberinto de pasadizos con una familiaridad que le había resultado preocupante. Había prestado atención a la ruta que siguieron pero, aun así, de repente, le resultaba difícil estar seguro de por qué camino habían venido, y este era el primero de una docena de cruces.

—Creo que fuimos recto —dijo Denison sin estar muy convencido.

Frost asintió y siguieron avanzando, pero a un ritmo más pausado.

Y eso fue justo lo que les salvó la vida.

A siete pasos más adelante en el pasaje, el suelo desapareció de repente bajo Denison.

Toda esa parte, de una largura de al menos veinte metros, se derrumbó en cuanto Denison puso el pie en ella; un extremo se inclinaba vertiginosamente hacia abajo mientras que el otro subía abruptamente, como un balancín.

Frost se abalanzó hacia delante y consiguió agarrar a Denison de un brazo mientras este hacía aspavientos en un intento desesperado por mantener el equilibrio. Frost tiró de él para que no cayera en la trampa mortal. La parte pivotante subía y bajaba, arriba y abajo, balanceándose lentamente hasta volver a su posición original.

—Os lo dije, el puto Indiana Jones. —Frost sacudió la cabeza.

—No creo que viniéramos por aquí —remarcó Denison irónicamente.

Frost se limitó a asentir. Ahora entendía por qué Lili había aceptado tan rápido la posibilidad de que los antiguos romanos hubieran utilizado trampas cazabobos para proteger la Crocea Mors; debía saber que había otras trampas en el complejo subterráneo, lo que significaba que esa era la primera de muchas.

—Retrocederemos —dijo—. Proceso de eliminación.

Denison coincidió con él.

—Tampoco es que tengamos elección.

Volvieron sobre sus pasos hasta el cruce y tomaron el pasadizo de la derecha, caminando lentamente y examinando cada palmo del pasadizo frente a ellos. A primera vista, no había trampas ni mecanismos, pero eso no servía de mucho consuelo. El laberinto tenía un doble propósito: desorientar a cualquier posible intruso y proteger el Sendero de Marte, lo que significaba que solo podía haber un camino correcto y, potencialmente, docenas de caminos falsos que llevaban a una muerte segura. No había nada que pudiera indicarles que las trampas fueran a ser una especie de camino en pendiente o una bola rodante.

Podía oír las turbulentas aguas a lo lejos.

Recordó haber visto las marcas de la capa freática y cayó en la cuenta de que todo el Sendero de Marte acabaría inundado por completo.

Eso no ayudaba a mejorar su estado de ánimo.

Llegaron a otro cruce. Esta vez, eligieron metódicamente el pasadizo de la derecha, pero tras unos pasos, Frost se dio cuenta de que las paredes y el techo estaban perforados con docenas de agujeros lo suficientemente grandes como para que una lanza saliera disparada por ellos y concluyó que unos pasos más adelante habría un mecanismo por presión que haría salir pinchos mediante un resorte. Así que retrocedieron para tomar otro camino. Y luego otro. Y otro más. Cambiaron meticulosamente de camino una y otra vez.

No podían hacer nada para evitarlo. No les quedaba más opción que explorar una sección del laberinto tras otra y el tiempo corría sin piedad. Frost se dio cuenta de que había una película de agua en el suelo. Siguieron avanzando sobre la superficie mojada. Aún quedaban horas hasta que la red subterránea se inundara por completo, si es que existía un volumen de agua capaz de llenarla. Unas veces, los túneles les dirigían a trampas y otras les llevaban a callejones sin salida que les obligaban a retroceder.

No hablaban a menos que se tratara de una necesidad inmediata y el silencio era tan opresivo como la amenaza de las trampas mortales y las lanzas que salían disparadas.

Y entonces, sin ni siquiera sospechar que habían hecho progreso alguno, llegaron a unas escaleras ascendentes.

Frost miró a Denison.

—Ya está —dijo Denison, visiblemente aliviado—. Hagamos como las balas.

—Y salgamos escopetados de aquí —terminó Frost la frase.

Frost subió con cautela. Siempre quedaba la posibilidad de que Denison se equivocara y que los romanos hubieran dejado una última patada en los huevos lista para cualquier intruso lo suficientemente listo como para llegar tan lejos. También quedaba siempre la posibilidad de que les tendieran una emboscada.

Sin embargo, las escaleras le resultaban familiares.

Cuando llegó arriba, vio los boquetes y raspaduras en el suelo donde se habían movido las piezas sueltas de la pilastra para abrir o sellar la entrada al Sendero de Marte.

Los hombres que se habían llevado a Lili habían arrastrado el bloque hasta su posición original, de modo que la puerta estaba cerrada.

—Dame la linterna —le dijo a Denison, y apuntó con la luz a las grietas en busca de resquicios o fisuras que pudieran agarrar desde el lado en el que se encontraban. Había cuatro asideros muy primitivos tallados en el bloque. Trabajando en equipo, consiguieron abrirlo palmo a palmo hasta que el aire fresco, cálido y húmedo les envolvió.

Frost vio el tono violáceo de la penumbra que anunciaba el amanecer.

Lo habían conseguido.

Ninguna emboscada les aguardaba. Examinó la zona antes de salir: no había signos de vida. De todas formas, permanecieron entre las sombras en su camino hacia

el exterior del Mausoleo de Augusto y volvieron al coche.

Denison se desplomó, cansado, en el asiento del pasajero y se frotó el puente de la nariz. Había envejecido veinte años de la noche a la mañana.

—Lo siento, Frosty. No sé qué hacer ahora. Nos han ganado.

Frost se quedó mirando a su viejo amigo.

«Estás en el bando equivocado…».

No quería creerlo.

Ni siquiera sabía cuáles eran los bandos.

Pero aparte del simple hecho de que les habían estado dando caza por media Europa, había otras piezas del puzle que no encajaban por muchas vueltas que les diera, y no menos importante era el hecho de que, en cierto modo, Nonesuch había cortado las comunicaciones con él.

—Vale, colega, hay algo que no encaja.

—No te sigo.

—Hay algo que se nos escapa.

—No. Teníamos la espada. La perdimos. Perdimos a Lili. ¿Qué se nos escapa?

—Esos tíos, esos agentes del malvado Nuevo Orden o como quiera que se llame, te perseguían a ti, Tony. —Para recalcarlo, tocó a Denison en el pecho con la punta del dedo—. Matar a Tony Denison: ese era su único objetivo, ¿no? Así que resuelve esto: ¿por qué se llevaron a Lili? ¿Y por qué, después de todas las molestias que se tomaron para localizarte en un país completamente distinto, no te mataron cuando tuvieron la oportunidad?

Denison se quedó atónito.

—Yo no…

—Yo tampoco lo sé, pero estoy empezando a pensar que te equivocabas respecto a ellos, respecto a lo que querían. Joder, incluso con quiénes eran en verdad.

—Yo… —El otro sacudió la cabeza.

—Porque creo que me han tomado por tonto. —Frost arrancó el coche—. Una cosa es segura: no podemos hacer nada por ayudar a Lili, o a nosotros, hasta que sepamos qué está pasando en realidad.

No quería explicar en detalle cómo pretendía rellenar las lagunas porque lo cierto era que no sabía cómo.

Mientras se abría paso por las desconocidas calles con el Fiat en busca de una vía principal, divisó una cabina telefónica cochambrosa al lado de la carretera y le llegó algo parecido a la inspiración. No hablaba italiano con soltura, pero eso no le impidió ponerse a buscar en la guía telefónica hecha pedazos que colgaba de una cadena tras el teléfono un listado de cibercafés que abrieran las veinticuatro horas. Cotejó una dirección con las páginas rotas del mapa que había al final de la guía. Si no se equivocaba, estaba a tan solo unas calles de distancia. Arrancó el mapa de la guía telefónica y volvió a meterse en el coche con bastante dificultad.

La siguiente vez que paró, Frost aparcó en el extremo norte de una plaza

triangular cerca de un cibercafé. Presidía la plaza una fuente tremendamente elaborada en travertino, que representaba a un sireno que descansaba sobre las colas de cuatro delfines: «Neptuno», supuso Frost. El agua salpicaba al golpear contra una concha. Le resultaba familiar aunque no la había visto nunca; pero eso no le sorprendía, dada la obsesión mundial por el arte y las esculturas de la Ciudad Eterna después de Dan Brown. Había adivinanzas y secretos escondidos en todos ellos, si se le podía dar crédito al escritor de novelas de suspense. «Lili sabría qué es», pensó.

El cibercafé estaba prácticamente vacío; algo sorprendente dada la hora, pero el dependiente hablaba un inglés bastante decente para ser italiano y no parecía importarle su aspecto desaliñado, aunque no era de extrañar, ya que la pared del fondo estaba destinada a sórdidas revistas porno, tarjetas y anuncios con números de teléfono troquelados clavados en un panel de corcho. Les dio un papelito con el código que les daba acceso temporal. Frost asintió para darle las gracias.

Encontró un ordenador que le permitía estar contra la pared y, de ese modo, tener la puerta y la ventana de cristal cilindrado a la vista, a la vez que se mantenía apartado del otro puñado de clientes. Se sentó y encendió la máquina.

Denison, que apenas había dicho palabra en la última media hora, se desplomó en una silla cerca de él. Tenía el aspecto de un hombre que lo había perdido todo.

En lugar de estar molesto y querer darle una patada en el culo para que volviera en sí, Frost agradecía que su viejo compañero se hubiera puesto tan pesimista; lo último que necesitaba ahora era que Denison cotilleara la pantalla.

Lo primero que hizo fue intentar conectarse a la red interna de Ogmios, pero dio con una advertencia de «acceso denegado». La ventana emergente incrementaba la sensación de terror que tenía desde Saint Albans.

«El bando equivocado…».

Aún tenía que conseguir entender cómo era posible que ayudar a Denison hubiera repercutido tanto y tan rápido en Nonesuch, pero eso no quitaba el hecho de que aquel hombre que les había disparado en Holywell Hill sabía perfectamente quién era. Había dos posibles alternativas: o habían puesto a Ogmios también en el punto de mira, o *sir* Charles había decidido renegar de él. Todo lo que hacían era cuestionable.

«No», pensó, «ese viejo cabrón no haría eso».

Pero otra voz en su cabeza seguía susurrando: «Estás en el bando equivocado».

Probó con su cuenta de correo electrónico personal, que no estaba protegida. No había nada de interés en ella, a no ser que quisiera medicamentos que requerían receta médica, un aumento de pene o un seguro barato de coche. Tras comprobar en el espejo de seguridad de la esquina que su amigo no miraba, tecleó algo en el motor de búsqueda: *Anthony Denison*.

Había algo que le preocupaba desde el tiroteo en la catedral.

Hubo una pausa momentánea mientras la búsqueda llegaba a la red y, entonces, ocurrió algo extraordinario.

Apareció en la pantalla una lista con los diez mejores resultados pero, en lugar de

ser la amalgama de información diversa que Frost se esperaba, como enlaces a los libros de Denison, debates sobre sus opiniones políticas polarizadas e incluso conexiones con otros hombres que se llamaran igual, vio una acusación muy directa.

> Los Cuatro Evangelistas
>
> ¿El antiguo general de brigada Anthony Denison forma parte de la conspiración nacionalista conocida como los Cuatro Evangelistas? Descubra más haciendo <clic aquí>

No era el contenido de la página web a la que llevaba el enlace lo que le daba escalofríos, sino el hecho de que todos y cada uno de los resultados apuntaran a la misma página. Los motores de búsqueda no funcionaban así; y eso significaba que alguien había trasteado con el código para asegurarse de que cualquiera que quisiera saber algo sobre Tony Denison encontrara la forma de llegar a esa página en concreto, y Frost solo podía pensar en una persona capaz de hacer tal cosa:

—Lethe —susurró.

Incapaz de contactar con él por medios convencionales, Jude Lethe había construido una especie de señal de socorro digital para llamar su atención.

«¿Y qué coño son los Cuatro Evangelistas?».

Recorrió el texto rápidamente con la mirada para intentar averiguar qué era lo que Lethe intentaba decirle.

En la página se podía leer una descripción escrita a toda prisa sobre un grupo terrorista cuasirreligioso resuelto a reestructurar el mundo. No ofrecía muchos detalles, pero el segundo párrafo ofrecía una lista de posibles miembros con sus respectivas ocupaciones y que comenzaba con Denison.

Frost continuó leyendo, devorando grandes tajadas de información que era incapaz de digerir. No hacía falta atar muchos cabos para ver que todo encajaba con el comportamiento de Denison y, lo más importante, explicaba por qué habían puesto el punto de mira en él.

El último párrafo incluía información de contacto: un número de teléfono que Frost memorizó.

Se recostó en la silla.

«El bando equivocado… Aún se me escapan cosas».

Ojeó la lista de los supuestos miembros de los Cuatro Evangelistas. Había otro nombre que destacaba. Abrió otra ventana y tecleó otra búsqueda. Esta vez, la búsqueda dio los resultados que esperaba y, unos clics después, encontró la verificación de lo que buscaba. Ahora todo tenía sentido.

—Tony. —Denison levantó la cabeza—. Háblame de los Cuatro Evangelistas.

Su amigo se puso tenso.

—¿Dónde has…?

Frost le hizo callar.

—Déjate de juegos.

Denison sacudió la cabeza y Frost vio cómo se agarraba con fuerza al reposabrazos. Parpadeó una, dos y hasta cuatro veces, como si sus ojos indicaran su velocidad de procesamiento mental.

—Estoy esperando —dijo Frost.

Finalmente, cogió aire y comenzó a hablar.

—Los Cuatro Evangelistas…

Frost reprimió un creciente ataque de ira.

—Habla.

En ningún momento había aceptado la teoría conspiratoria de Denison, pero ahora sabía con toda seguridad que su amigo había estado guardando información crítica y eso casi los había matado. Se habían terminado las sonrisas amistosas. Ni por los viejos tiempos.

—Lo que te conté sobre el Nuevo Orden Mundial es completamente cierto. No te he mentido, Ronan. Es la mayor amenaza a la que nuestra sociedad se haya enfrentado nunca. Si se salen con la suya, volveremos a la servidumbre de forma permanente. No más naciones, no más superpotencias… No más Reino Unido… tan solo miles de millones de personas esclavizadas de por vida a las multinacionales y a los bancos, que lo poseerán todo.

—Dios santo, Tony, ¿te has escuchado? Eres peor que el puto Tom Cruise.

Tomó aire para intentar frenar su pasión.

—Algunos hemos estado difundiendo el mensaje a voz en grito durante mucho tiempo, pero parece que a nadie le importa. Pero hay otros… listos para entrar en acción. Eso son los Cuatro Evangelistas. Durante mucho tiempo, pensé que solo se trataba de otro rumor conspiratorio. —Lanzó una sonrisa de autodesaprobación y, por un momento, tan solo por un instante, pareció volver a la vida—. El mundo está lleno de lunáticos, Frosty, y se creerán cualquier cosa. En el Apocalipsis, cuatro seres atestiguan la llegada del Reino de Dios. A veces se les llama los «Cuatro Evangelistas». ¿Sabes lo que significa esa palabra? Mensajeros de buenas nuevas; y eso es lo que son.

Frost permaneció imperturbable mientras su amigo describía la teoría propuesta por un destacado especialista en textos bíblicos, el mismo hombre cuyo nombre resaltaba en lista que había visto antes, y que contaba que el Apocalipsis había sido un proyecto para derrocar Roma y no una profecía del fin del mundo. Todo lo que decía Denison era prácticamente idéntico a lo que había leído en la página web de Lethe, pero tenía la sensación de que su amigo le estaba ocultando algo, que no dejaba ver sus intenciones.

—¿Cuál es el plan? Tiene que haber un plan. El Apocalipsis era un proyecto, una estrategia. Explícame qué quieres decir con eso. Y luego dime qué coño tiene que ver con la espada de César.

—Los Seres aparecen por primera vez en el capítulo cuarto del Apocalipsis, pero es más tarde, en el capítulo sexto, cuando empiezan a hablar realmente. Todos dan testimonio de la llegada de un caballo con un jinete…

—Los cuatro jinetes del Apocalipsis —dijo Frost.

Denison asintió.

—Incluso la gente que no sabe nada de la Biblia ha oído algo sobre los cuatro jinetes. Son emblemáticos, tan reconocibles como los arcos amarillos del McDonald's, pero la cosa es que nadie se pone totalmente de acuerdo sobre lo que representan y la interpretación cambia con cada generación. Pero según el profesor Martedi, nunca se pretendió que los jinetes fueran una profecía de algo que estaba por venir, sino que describían una estrategia con cuatro puntos de acción que doblegaría al Imperio Romano. Cuatro elementos separados, colocados como fichas de dominó, que debilitarían el poder de Roma. Se describe al primero, al jinete blanco, llevando una corona y un arco. En el siglo I, eso representaba el surgimiento de un rey parto. El segundo caballo, de color rojo y cuyo jinete llevaba una gran espada, representaba el estado de guerra total. El tercer jinete lleva una balanza y se le asociaba con la hambruna y la subida de precios en los alimentos. El cuarto caballo representaba a la muerte en todos los sentidos, pero se le relacionaba especialmente con la peste.

Una gran nación puede soportar una crisis, como una guerra o un revés en la economía, pero cuando las crisis se multiplican y llegan una tras otra, amontonándose, los cimientos se hunden. En el siglo I, el plan nunca llegó a ejecutarse por completo y Roma perduró, pero la sabiduría de la estrategia sigue siendo cierta incluso hoy día.

—Explícamelo como si fuera tonto —le presionó Frost—. ¿Quiénes son los jinetes?

Denison se mostró reacio a la rotundidad de la pregunta.

—Yo… no lo sé. No formo parte de esto, Ronan. No conozco los detalles. Ni siquiera estoy seguro de que el propósito de los jinetes sea identificar a personas concretas. Pero piensa en ello. Surge un líder fuerte, alguien carismático capaz de unir a la gente cuando no parece haber ninguna esperanza, al mismo tiempo que la guerra, las dificultades económicas, quizás incluso una pandemia como el sida o la gripe aviar, algo por el estilo, y siembras el caos en la globalización. Mira lo que ha causado más de una década de guerra en los Estados Unidos. Mira lo que está pasando en la eurozona. Grecia está al borde de la ruina, España e Irlanda pasan dificultades, el euro se ve amenazado y los expertos dicen que hace tiempo que deberíamos haber sufrido el brote de algún tipo de plaga. Cuando todas estas fuerzas colisionen finalmente, nuestro mundo se hará trizas.

—¿Y entonces será cuando tu caballo blanco venga a rescatarnos a todos? —Frost no podía ocultar por completo el sarcasmo—. Por eso querías encontrar la espada de César, ¿no? El mito artúrico. Excalibur, el que fue y será rey y todo eso. Es un símbolo del derecho divino de los reyes, una forma de sellar un acuerdo.

Denison bajó la cabeza.

—Un símbolo, sí. Uno que asentará una vez más la corona en los corazones y mentes de los súbditos.

Frost sacudió la cabeza.

—Eres más listo que eso, Tony. Tú mismo lo dijiste. Estos hombres no ven el Apocalipsis como una profecía… no esperan que ocurra nada. Es una estrategia y quieren ponerla en práctica, hacerla realidad, empezar una nueva guerra mundial, acabar con la economía globalizada y propagar la gripe aviar o la varicela o algún puto virus de diseño que no tenga cura. Eso no tiene nada de visionario, Tony, es una locura. —Denison agachó la cabeza, incapaz de mirarle a los ojos—. ¿Qué pasa con Lili?

La pregunta cogió al antiguo general de brigada por sorpresa.

—¿Lili?

—Ella también está metida en todo esto, ¿no es así?

Esta vez fue Denison quien sacudió la cabeza.

—Lili es historiadora. Ha estado ayudándome a localizar la espada, nada más.

Frost casi podía ver cómo giraban los engranajes en la cabeza de Denison, esos engranajes que manejaban los ejes que hacían girar las ruedas, y sabía que aquel hombre estaba viendo el papel de Lili con nuevos ojos.

—Joder, Tony, no puedes ser tan ingenuo. ¿Cómo os pusisteis en contacto? ¿Por qué trabajabas con ella? Nada de secretos. Estamos de mierda hasta arriba. Necesito saber la verdad.

—David Habersham lo sugirió.

Frost reconoció el nombre de la lista de la página web.

—¿Habersham? Es uno de los Cuatro.

Denison asintió lentamente.

—Él quiere lo mismo que yo: la reinstauración completa de la monarquía. Supongo que eso le convertiría en el primero de los Cuatro; el que anuncia al jinete del caballo blanco. Conocía mi pasión por la tradición artúrica y estaba al tanto de mi relación con el padre de Lili. Cuando supo que había descubierto el palimpsesto, sugirió que nos conociéramos. Créeme, Ronan, David es un hombre muy influyente. Incluso organizó un encuentro con… ah, mi mecenas.

—Tu mecenas —repitió Frost—. ¿El hombre que sería rey?

La mirada angustiada de Denison era suficiente respuesta.

—¿En qué coño te has metido, Tony? Habersham os juntó a ti y a Lili, tiró de los hilos para que sirvieras al hombre que se convertiría en rey. ¿No crees que todo esto es cuanto menos sospechoso?

Denison estiró los brazos mostrando su impotencia.

Era cierto después de todo; estaba en el bando equivocado.

¿Pero acaso había realmente un bando correcto?

—Tenemos que detenerles. Lo comprendes, ¿no? Me da igual lo mucho que creas

en lo que hacen, no podemos dejar que desaten nada de esto en el mundo. Absolutamente nada.

Denison no respondió ni le miró a los ojos.

Frost se frotó los suyos con cansancio.

Ahora lo comprendía casi todo; comprendía por qué Denison estaba marcado por la muerte, comprendía quién era el verdadero enemigo y qué tenía que hacer para detenerlo.

Solo quedaba una cosa que le preocupaba.

—Cuando estábamos en la cripta, cuando cogiste la espada, ¿qué ocurrió?

Denison se sentó de repente en la silla y sus ojos comenzaron a cobrar vida al recordarlo.

—Fue increíble —dijo—. No sé cómo explicarlo. De verdad que no. Lo sentí en todos los huesos del cuerpo.

Y entonces, la frente de Tony Denison explotó, atravesada por un proyectil 7,62 × 51 mm OTAN.

El orificio de salida no dejó nada reconocible.

18

PREGUNTA Y RESPUESTA

Localización desconocida. 03:45 UTC (aproximada).

Un ataque de dolor sordo e insistente le devolvió paulatinamente el conocimiento a Konstantin Khavin.

Tardó un momento en darse cuenta de que el dolor no se debía al golpe que le había hecho perder el conocimiento, aunque sentía cómo se le formaba un nódulo detrás de la cabeza.

El dolor sordo se intensificaba por el cambio de presión y latía al ritmo de las pulsaciones.

«Estoy en un avión», se percató.

Konstantin abrió los ojos.

No vio nada.

Algo le cubría la cara: un saco de arpillera. Se retorció en un intento por moverse y librarse del saco, pero no se separó de su cabeza. Cuando recobró la conciencia plenamente, sintió la pesada tela contra su piel y saboreó el aire viciado que había estado respirando una y otra vez.

Comenzó a mover la mandíbula, pero con cada movimiento se le agravaba la herida, lo que le hacía estremecerse de dolor.

No obstante, se vio recompensado cuando se le destaponaron los oídos al igualarse la presión. Ese pequeño alivio le permitió centrarse en reconstruir lo que había pasado.

Lo último que recordaba claramente era haber liberado al rehén de Habersham, aunque, en realidad, no le había liberado del todo.

Al menos no le habían matado en el acto, que es lo que habría hecho él. Dada la disposición en la habitación del molino de Habersham, con la cámara enfrente de la bandera militante y la silla en mitad del suelo desnudo de cemento, se preguntaba si no habría sido mejor una muerte rápida.

Estaba sentado con las manos atadas a la espalda y las bridas de nylon se le clavaban en muñecas y tobillos. La pesada bolsa que le cubría la cabeza obstruía el paso de la luz y amplificaba el ruido de su propia respiración fatigosa, pero al contenerla durante un momento, pudo distinguir el sonido apagado de unas voces cercanas.

—… Deberíamos posponerlo o reconsiderarlo por completo.

«Habersham».

—Estás paranoico —le reprendió otro con severidad. La voz pertenecía al hombre que había llevado al rehén a la casa solariega de Habersham. Esas dos palabras probaban que, por lo menos, tenía el mismo rango que Habersham en el grupo. ¿Otro evangelista? ¿O había alguien por encima de ellos? ¿Un líder mesiánico?

—¿Paranoico? Más bien no. Deberíamos hacernos ciertas preguntas: ¿quién es? ¿Cómo nos ha encontrado? Si alguien de fuera sabe lo que estamos haciendo, estamos perdidos.

—Pues vamos a despertarlo y le preguntamos.

Hubo una pausa y luego algo chocó contra la sien de Konstantin. El golpe le provocó un zumbido en los oídos y una punzada de dolor concomitante en la base del cráneo.

—Despierta —le gruñó el segundo hombre en el oído.

Konstantin apretó los dientes y giró la cabeza para hacerles ver que lo había oído.

—¿Quién eres, amiguito? ¿Para quién trabajas?

Konstantin supo por intuición que aquellos hombres eran aficionados. Habían aprendido su oficio viendo a Jack Bauer y Jason Bourne usar la fuerza bruta para resolver sus problemas en el cine. Konstantin sonrió tras su capucha y profirió un juramento en su lengua materna.

—¿Qué es eso? —preguntó inmediatamente Habersham—. ¿Ruso? ¿Es un agente de la KGB?

El otro hombre le habló al oído.

—Hace veinte años que la KGB no existe, ¿verdad, amiguito? Pero eso no significa que no seas un espía ruso, ¿verdad? ¿El FSB? ¿Contrainformación? ¿Seguridad económica?

—No os diré nada —dijo Konstantin con aspereza y exagerando su acento aposta para que pasara por el nivel básico de un extranjero.

—Esto no me gusta, Lorenzo. ¿Cómo pueden saber de nosotros los rusos? ¿Por qué les importará siquiera lo que hagamos?

«¿Lorenzo?». Konstantin recordó el nombre de la lista de miembros potenciales de los Cuatro Evangelistas. Lorenzo Martedi: profesor de historia italiana, especialista en textos bíblicos y al que se le atribuía la influyente teoría que relataba que el Apocalipsis era una estrategia para dominar el mundo. Tenía sentido que se hubiera liado con Habersham.

Una ventaja de tener la cabeza cubierta con un saco era que no podían verle la cara.

Esperó.

—¿Cómo has sabido de nosotros? —preguntó Martedi finalmente.

Konstantin no dijo nada.

—¿Por qué le interesa a tu gobierno? —presionó Martedi.

Su respuesta volvió a ser el silencio.

—No va a hablar. —Habersham sonaba como un niño engreído.

—Hablará —insistió Martedi—. Jonathan, mira a ver si puedes soltarle la lengua.

«Ah, aquí viene», pensó Konstantin, y se preparó para sufrir dolor, ya que, aunque no tenía ni idea de cómo iban a coaccionarle, sabía que iba a doler.

Sonó un fuerte ruido seco y un golpe de dolor atroz hizo que le ardiera el muslo. Simultáneamente, cada músculo de su cuerpo se puso rígido. Durante unos cuantos segundos, todo su universo solo consistió en el dolor. Lo aguantó con una sonrisa. Lo único que el gran ruso podía soportar era el dolor.

—Ten cuidado —le advirtió Habersham. Konstantin apenas podía oírle debido al chisporroteo de la descarga eléctrica—, vas a provocarle un paro cardíaco.

El ataque terminó tan repentinamente como había empezado y Konstantin cayó sobre sus ataduras mientras sus músculos sobrecargados segregaban ácido láctico. Sintió un poco de alivio por que sus captores hubieran elegido este método de interrogación. No podían hacerle nada que sus entrenadores en la KGB no le hubieran hecho, de forma mucho más brutal, cuando era joven. En varias ocasiones, había sufrido *shocks* que casi lo llevaron a la muerte como parte de la formación y una vez incluso tuvieron que desfibrilarlo porque las cosas fueron demasiado lejos. Necesitarían mucho más que una pistola paralizante comprada en una tienda de espías para hacerle hablar.

Por supuesto, no iba a dejar que Habersham y Martedi lo supieran.

Martedi gruñó para mostrar su desacuerdo.

—Y ahora, volvamos con la pregunta. ¿Quién eres?

Konstantin jadeó dramáticamente bajo la tela que le cubría la cara, haciendo que la arpillera se le metiera en la boca.

—No puedo… respirar…

Le subieron el saco lo suficiente como para que la boca quedase fuera y entrara un pequeño hilo de luz.

—¿Quién eres? —repitió Martedi como un disco rayado—. ¿Para quién trabajas?

—Kárpov —dijo entrecortadamente—. Anatoli Kárpov.

—¿Para quién trabajas? ¿Para la KGB o como la llaméis ahora?

Khavin contuvo una sonrisa. En primer lugar, no conocían a los jugadores de ajedrez rusos y, en segundo lugar, no sabían cuáles eran sus agencias de inteligencia. Aunque funcionalmente seguía siendo lo mismo, la agencia se hacía llamar ahora *Federal'naya Sluzhba Bezopasnosti Rossiyskoy Federatsii* (FSB) y tenía ese nombre desde la caída de la Unión Soviética.

—Vi que vosotros le capturasteis.

—¿Para quién trabajas? —repitió Martedi.

Konstantin no respondió y, unos segundos después, la electricidad le atravesó con un chisporroteo.

Konstantin soltó un grito entre los dientes apretados cuando la sacudida paró.

—Me asignaron su vigilancia. Vi que vosotros le capturasteis y os seguí.

—¿Vigilabas a Pavic? —preguntó Habersham—. ¿Por qué? ¿Por qué les interesa

a los rusos?

La pregunta iba dirigida a Martedi, pero él se centró en el nombre: Pavic. Solo había un Pavic de interés: el hombre que Habersham y Martedi habían secuestrado era Kristijan Pavic, un antiguo oficial ruso juzgado actualmente en La Haya por crímenes relacionados con la guerra de Kosovo en los noventa. Ahora le entraba curiosidad.

—Vi la bandera —se aventuró a decir—. Sé quiénes sois.

La voz de Martedi era suave como la de un vendedor.

—¿Lo sabes?

—El ELK. Sois kosovares. Sabéis que el Tribunal Internacional lo absolverá, así que habéis decidido tomaros la justicia por vuestra cuenta.

Konstantin sabía que no se acercaba a la verdad ni de lejos, pero quería darles la oportunidad de vanagloriarse de su superioridad frente a él y Martedi entró al trapo en el momento justo.

—¿Ves, David? No saben nada. De hecho, creen exactamente lo que queremos que crean.

Habersham siguió sin estar convencido.

—No me gusta. ¿Cómo sabemos que dice la verdad?

—Es la explicación más plausible —replicó Martedi—. Relájate, David. Es lo mejor. Estábamos siempre arriesgándonos a que nos descubrieran al usar tu villa. Ahora ya no habrá nada que apunte a nosotros. Eso es bueno, créeme.

Konstantin presintió que el interrogatorio llegaba a su fin. Y él no quería eso. Tenía que forzar que siguieran hablando y haciéndole preguntas o jamás descubriría nada. Así que preguntó:

—¿No… no sois del ELK?

Martedi se echó a reír.

—Claro que no. El ELK desapareció. Pero cuando Kristijan Pavic muera en público, el mundo creerá que aún existe. Y lo que es más importante, los serbios lo creerán.

Cualquier tipo de satisfacción que Konstantin pudiera haber sentido al engañar a Martedi para que admitiera sus intenciones se vio ensombrecida por la revelación en sí. Así que ese era su juego; una operación de bandera falsa diseñada para hacer explotar el polvorín de hostilidad étnica latente en los Balcanes. Nada bueno. En ninguno de los sentidos.

—¿Por qué?

—El mundo ha cambiado, amiguito ruso. La última vez, las naciones occidentales acudieron en ayuda de los albaneses para darles la independencia. Los serbios no han olvidado ni perdonado. Cuando Pavic muera como un mártir, clamarán venganza. ¿Y quién ayudará a los kosovares, a los albanokosovares musulmanes?

Los países occidentales no. Están hasta los cojones de los musulmanes y de su infinita obsesión con la violencia. Hartos de enviar a sus jóvenes a defender, a

«liberar»… —El acento italiano de Martedi amplificaba el desdén con el que decía la palabra— a bárbaros impíos y desagradecidos. Se lavarán las manos ante Kosovo, así que le tocará al mundo musulmán cuidar de sus hermanos.

Konstantin sabía que los musulmanes de Europa del Este estaban tan alejados culturalmente de los fieles de Oriente Próximo como el día y la noche, pero si la predicción de Martedi era cierta, si las naciones occidentales le daban la espalda a Kosovo, sería la gota que colmaría el vaso; una prueba condenatoria de que la coexistencia pacífica entre Occidente y el mundo islámico era imposible.

Significaría la guerra, y no actos terroristas aleatorios llevados a cabo por extremistas, sino una guerra abierta entre naciones.

La próxima guerra mundial.

—¿Por qué? —repitió Konstantin, ya sin actuar—. ¿Por qué querríais eso?

—Eso no te concierne. Los tuyos se beneficiarán, eso es lo único que debería preocuparte. He dicho más de lo que pretendía —rio entre dientes Martedi—. Te has topado con todo esto de forma fortuita. Quizás tu muerte a manos de estos bárbaros aliente a tus políticos a entrar en la refriega.

Konstantin sintió cómo le bajaban la capucha de nuevo de un tirón y le robaban el último resquicio de luz con ese gesto tan brutal.

—¿Quién es el jinete? —preguntó.

Se produjo un silencio tenso y, por primera vez desde que recobró el conocimiento, pudo oír el zumbido sordo de las turbinas.

Habersham rompió el hechizo.

—¿Lorenzo? Si él sabe eso…

—No sabe nada. —Konstantin sintió cómo unas manos le cogían de los hombros y cuando Martedi volvió a hablar, su voz era críptica, casi reverente—. «Y vi aparecer otro caballo, rojo como el fuego. Su jinete recibió el poder de desterrar la paz de la tierra, para que los hombres se mataran entre sí; y se le dio una gran espada».

Las manos le dieron unas palmaditas en los hombros.

—Pronto, todo el mundo conocerá al jinete.

Martedi había dicho todo lo que tenía que decir.

La sentencia de muerte era lo habitual, pero Konstantin sintió otro apremio cuando puso a prueba sus ataduras. Sus manos estaban frías y entumecidas por la falta de circulación. Las correas de plástico estaban flojas. En alguna parte más allá de los confines de su capucha, el rugido de los motores se intensificó. Oyó un batir de alas que se extendían para prepararse para aterrizar.

Exhaló otra maldición.

Al fin había encontrado las respuestas que buscaba, había comprendido la verdadera ambición de los Cuatro Evangelistas.

Y no había nada que pudiera hacer para detenerlos.



19

SANCIÓN

Roma. 05:06 Hora local (04:06 UTC).

Frost reaccionó al instante. Se tiró al suelo y se alejó gateando como una araña mientras el cuerpo sin vida de Denison aún caía hacia delante y lo poco que quedaba de su rostro golpeaba en la mesa con un ruido sordo y húmedo.

Todos se giraban a su alrededor; la media docena de clientes del cibercafé había oído el estruendo que produjo la bala al perforar la ventana y dejar un orificio limpio, pero aún no eran conscientes de qué era lo que habían oído. Pasarían unos segundos más antes de que comprendieran que se había cometido un asesinato justo delante de ellos y un poco más para que se dieran cuenta de por qué Frost gateaba por el suelo.

Sonó otro estallido. Lo oyó después de que un segundo agujero apareciera en la ventana: la diferencia en distancia entre la luz y el sonido. Un francotirador. Frost sintió un golpe de calor y presión cuando la bala traspasó el lugar donde había estado sentado hacía menos de un segundo.

Siguió moviéndose, acercándose a la pared que estaba justo debajo de la ventana perforada para salir de la línea de visión del francotirador tan rápido como fuera posible.

Los largos años de entrenamiento le habían hecho entrar en una especie de piloto automático de defensa.

Sigue moviéndote.

Apártate de los puntos de mira.

Había calculado los ángulos de forma casi reflexiva; los disparos venían de fuera, seguramente del tejado de un edificio al otro extremo de la plaza.

«¡Estúpido! Debería haber hecho que Tony se sentara lejos de las ventanas…».

Silenció la parte de su cerebro que estaba generando las recriminaciones. La autoflagelación era una de las últimas cosas en su lista de prioridades.

Sigue moviéndote. Sigue vivo.

Devuelve los disparos.

Los francotiradores no trabajaban solos. Debía de haber un observador y, en este entorno, tendría que estar cerca para verificar la muerte.

Observó a los atemorizados clientes a su alrededor sin terminar de mirarlos del todo. No necesitaba estudiar sus caras o evaluar sus reacciones; sabía lo que buscaba y ahí no estaba.

«Fuera, entonces».

Estando en cuclillas, dio un salto y se lanzó hacia la puerta de salida, la abrió de un portazo y salió a la calle. Fue a la derecha de inmediato, avanzando con rapidez.

Solo había un puñado de gente en la *piazza*: una persona haciendo *footing* y algunos madrugadores que habían salido a dar un paseo y a tomar un café antes de empezar el día.

No parecía que ninguno de ellos se hubiera dado cuenta de lo que estaba pasando.

Resonó otra bala al rebotar. Vio cómo el cemento pulverizado saltaba por los aires mientras el disparo llenaba de agujeros los adoquines del pavimento a menos de un metro frente a él.

Se dio la vuelta para cambiar de dirección y evitar que el tirador le llenase de plomo y caminó en zigzag mientras dibujaba un mapa mental de la posible localización de su atacante. Y entonces, vio algo.

Varios de los viandantes se percataron de su extraño comportamiento, pero, como en cualquier lugar público, hicieron un visible esfuerzo por disimularlo.

Un hombre cerca de la fuente se quedó mirándole directamente. Seguía cada movimiento que hacía. Frost no le reconoció, pero su anorak azul oscuro le resultaba muy familiar. Le costó un segundo situarlo: era uno de los hombres que les habían perseguido por Kensington Gardens.

Frost apartó la mirada con la esperanza de que el hombre no se hubiera dado cuenta de que le había reconocido y giró a la derecha, con dificultad, en dirección a la plaza antes de torcer otra vez hacia el pavimento.

Repitió de nuevo la maniobra para acortar las distancias con el observador.

Y entonces, cuando la fuente estaba a tan solo treinta metros de distancia, salió corriendo con todas sus fuerzas.

El hombre abrió los ojos como platos al darse cuenta de lo que estaba haciendo Frost, metió la mano bajo su chaqueta y sacó una pistola semiautomática.

Consiguió alzar la pistola, pero antes de que pudiera disparar, Frost estaba encima de él.

Chocaron como jugadores de *rugby* en una melé.

El hombre pesaba al menos diez kilos más que él, pero Frost tenía la inercia a su favor. Y desde el fugaz segundo en que se unieron, eso marcó la diferencia.

Con el hombro, golpeó al grandullón en el abdomen y lo tumbó de espaldas en la fuente.

Pero este, mientras caía, logró rodear a Frost con los brazos y arrastrarlo con él.

Frost sintió el agua helada cernirse sobre él, lo que le hizo revivir los momentos que permaneció sumergido en la trampa de agua bajo el sacelo, ahora con la amenaza añadida de que intentaban matarle.

Forcejearon como animales salvajes.

Cualquier ventaja que pudiera haber tenido Frost, había desaparecido frente a la fuerza superior de su oponente. En un segundo, lo tuvo a sus espaldas. El hombre le agarraba con ambas manos por la pechera; pura fuerza bruta que le mantenía bajo la

superficie mientras escupía, pataleaba e intentaba soltarse.

Frost luchaba por librarse de tal peso opresivo, intentando deshacerse de su presa, pero por mucho que se retorciera o se contorsionara no conseguía nada.

Sacudía los brazos a ciegas en un intento por golpear al hombre en la cara o el pecho, o en cualquier sitio que le evitara por un momento morir ahogado.

No servía de nada.

El rostro borroso de su oponente seguía mirándole con lascivia y las manos que le agarraban eran tan rígidas como las raíces de un roble.

Cuando su furia inicial empezó a decaer, Frost supo que había subestimado a aquel hombre y que su error iba a costarle la vida.

Por extraño que parezca, ser consciente de ello le calmó.

Reprimió el instinto de supervivencia, ya que no le daba resultados, y, en su lugar, se aferró al deseo de ganar. Era distinto. Ganar requería un tipo de pensamiento diferente. Renunció al forcejeo y dejó que los brazos y el cuerpo quedaran inertes bajo la superficie.

No logró engañar a su oponente.

Obviamente, aquel hombre era lo suficientemente inteligente como para saber que Frost no había estado bajo el agua el tiempo necesario como para haber sucumbido a la asfixia, pero lo que no podía saber era que el engaño no era su objetivo principal.

Intentaba centrarse en la cara nebulosa que oscilaba sobre la suya.

Permaneció así varios segundos, fijando la mirada en la mandíbula inferior y, entonces, puso todas sus fuerzas en un único puñetazo con el que le embistió en la barbilla como un mazo.

El golpe le dio de lleno, de forma que le estampó la mandíbula contra el cráneo. Sintió la vibración del choque hasta el codo.

La cabeza del grandullón no se movió un milímetro; su cuello, al igual que los brazos, era todo músculo, así que había absorbido la energía del puñetazo. Pero su fuerza prodigiosa no pudo impedir que la quijada fuera directa al grupo de nervios mandibulares, lo que los profesionales llamaban «botón demoledor».

Frost no creyó ni por un segundo que su puñetazo le hubiera dejado inconsciente, eso habría sido algo portentoso, pero sintió que la intensidad con la que le agarraba su oponente se relajaba y eso era todo cuanto quería.

Frost aprovechó la oportunidad. Sacó rápidamente los brazos del agua, le agarró por la cabeza y la llevó hasta el pecho. En el mismo movimiento, se retorció con furia como si, tan solo con su ira, pudiera arrancársela. Sonó un chasquido, un sonido que retumbó por el cuerpo de Frost como un disparo, y el hombre quedó sin vida en el acto, tendido sobre Frost como un saco de patatas. Un peso muerto.

Desesperado por tomar aire, Frost empujó el cuerpo a un lado y salió jadeando a la superficie.

Por un instante, la sed de oxígeno superó al resto de preocupaciones, pero no podía darse el lujo de recuperar el aliento.

Volvió a agacharse para usar la monumental fuente como cobertura sin saber muy bien dónde se escondía el francotirador.

La imponente figura del sireno eclipsaba parcialmente su visión de los tejados. Se sentía expuesto. Así que reaccionó. Rodó por encima del borde que rodeaba la fuente y se pegó al cálido pavimento.

Vio la pistola del muerto, una semiautomática con silenciador, a medio metro de él y la cogió.

Se puso de pie de un salto y salió corriendo hacia la *piazza*.

Esta vez no corrió en zigzag, sino que le mostró el camino como hace un cazador con una bandada de pájaros, porque aunque eso habría impedido que el francotirador anticipara sus movimientos, también habría incrementado el tiempo de exposición y justo en aquel momento, todo era cuestión de tiempo. Valió la pena arriesgarse; ni un solo disparo.

Frost llegó a la puerta principal siete segundos después de salir a gatas de la fuente.

Atravesó la puerta de golpe y apareció en un vestíbulo con un tramo de escaleras al frente y una confluencia de salas que conducían a derecha e izquierda y al interior del edificio. Subió los escalones de dos en dos, sosteniendo el arma frente a él.

Consiguió esquivar por los pelos a una mujer que bajaba justo cuando le daba la vuelta al descansillo del segundo piso, y aún así no se detuvo.

Le siguió una letanía de insultos subidos de tono y totalmente impropios de una dama.

Le importaba una mierda.

Llegó al tercer piso y siguió avanzando hasta el cuarto.

Otro tramo de escaleras subía desde el rellano del cuarto piso, pero le bloqueaba el paso una cadena que iba de barandilla a barandilla. Frost estaba a punto de pasar por encima de la barrera cuando vio a alguien al final del tramo.

Se quedó paralizado y miró fijamente al hombre.

Era más joven que Frost, pero no mucho más.

Estaba en forma, aunque era difícil saberlo con certeza ya que le cubría una cazadora de nylon. No tenía nada en la mano derecha, pero en la izquierda sostenía un maletín grande y rectangular, justo del tamaño y la forma necesarios para guardar una guitarra.

O un rifle.

Frost advirtió que le había reconocido, así que interpuso una bala silenciosa entre ellos.

El hombre cayó hacia atrás y se quedó abierto de piernas en las escaleras como una puta.

Se le escapó el maletín de entre los dedos, que resbaló escaleras abajo y pasó rozando a Frost, que no se molestó en apartarse. Su atención, como el cañón de la pistola, estaba centrada en el rellano de arriba.

Pasaron cinco segundos. Diez. Treinta. No apareció nadie más. Estaba claro que el francotirador había estado solo en el tejado. Si había más miembros del equipo de asalto, no estaban en ese edificio.

Frost bajó lentamente el arma, se dio la vuelta y se hundió cansado en los escalones, mientras el flujo de adrenalina finalmente empezaba a bajar y el peso de lo que acababa de ocurrir le abofeteaba.

No sentía satisfacción alguna por haber vengado la muerte de su antiguo compañero.

La venganza no era un plato que mereciera servirse ni frío ni caliente.

La escaramuza no era más que una coda: un epílogo amargo de una larga noche que había terminado sin que pudiera conseguir nada.

Denison solo le había pedido una cosa y había fallado.

Tony estaba muerto, la Crocea Mors perdida y Lili…

«Lili».

Frost se puso en pie, pasó por encima de la cadena y subió los escalones a toda prisa hacia el cuerpo del francotirador abatido. Rebuscó en sus bolsillos y encontró una pistola, del mismo modelo que la que le había quitado al muerto de la fuente, y dos cargadores de repuesto, que se metió en el bolsillo.

Y entonces halló lo que buscaba realmente. Encendió el móvil del hombre y marcó precipitadamente un número que aún tenía fresco en la memoria.

20

CONTACTO

Mansión Nonesuch. 04:11 (UTC).

Hasta que el tono genérico del teléfono de prepago le despertó de golpe, *sir* Charles Wyndham no se dio cuenta realmente de que se había quedado dormido.

Su sangre era una mezcla turbulenta de cafeína y ansiedad, pero a falta de información —habían pasado más de cinco horas desde que había sabido de Khavin por última vez—, la preocupación y los estimulantes no podían derrotar al agotamiento indefinidamente.

Lethe aceptó la llamada y la puso en manos libres.

—¿Hola?

—Lethe, ¿eres tú?

Era imposible no reconocer la forma en que el irlandés pronunciaba las erres.

—¡Frosty! —Casi gritó Lethe con un claro consuelo.

El viejo le miró y pensó «Dios santo, sí que funcionó».

—¿Estás bien? —preguntó *sir* Charles.

Sonó algo parecido a un estornudo, o quizás era una risa amarga, que borboteaba del auricular.

—Ni por asomo, jefe.

Sir Charles percibió el cansancio y la sensación de completa derrota en la voz de Frost y le sobrecogió una profunda pena. Él le había hecho eso. Él le había dejado ahí fuera solo. Él le había traicionado. Pero las razones no importaban, le había abandonado a un futuro incierto, le había dejado a su suerte y, aunque no conocía a nadie más competente que él, eso no atenuaba el odio que sentía por sí mismo.

—No sé por dónde empezar, hijo, de veras que…

Frost le cortó.

—Lo sé. Olvídalo. Mira, creo saber lo que ha estado pasando, pero ahora mismo necesito que Jude haga algo por mí.

—Dispara —dijo Lethe.

—Necesito que consultes las llamadas hechas a mi móvil, una de las últimas es de Denison. Necesito saber las llamadas que hizo y que recibió en los últimos días.

—Entendido, Frosty —respondió Lethe con seguridad. De hecho, ya había hecho esas indagaciones por la tarde a instancias del viejo, con la esperanza de que pudieran proporcionarles alguna manera de contactar con Frost sin que el MI6 se enterara. Cargó la información en las pantallas de plasma montadas en la pared.

—¿Qué busco?

—Un número extranjero, con el prefijo de Kosovo… o quizás de Italia.

—¿Kosovo?

—El teléfono es de Lilijana Pavic —continuó Frost—. Ahora mismo, estoy rezando a todas las putas deidades paganas por que me mintiera cuando me dijo que no tenía móvil.

Sir Charles les interrumpió antes de que Lethe pudiera decirle el número.

—Ronan, hay algo que deberías saber. —Respiró hondo, preguntándose si tenía derecho alguno a poner otra carga más sobre los hombros de aquel hombre—. Envié a Konstantin a investigar a Denison. Encontró información que le llevó hasta un tal David Habersham.

—Sé algo de Habersham. Es uno de los Cuatro Evangelistas. Tony me lo dijo.

Sir Charles notó cómo aumentaba la amargura en su voz. Lo dejó pasar.

—Konstantin fue a hacerle una visita a Habersham en su casa de los Países Bajos…

Frost le cortó.

—¡La Haya! El juicio a Kristijan Pavic.

El salto deductivo abofeteó a *sir* Charles.

—Jude. Noticias de La Haya. ¡Ya!

—Estoy en ello.

Los datos del ordenador desaparecieron de las pantallas de plasma, reemplazados por noticias de Reuters, BBC WorldWide, Sky News y CNN Internacional. Distintas caras daban las mismas noticias. El anciano miró a la figura más vieja y digna por confianza a su pelo canoso y aspecto de estadista y bajó la mirada a los titulares que pasaban en la parte inferior de la pantalla: «Pavic, presunto criminal de guerra, secuestrado en la víspera del veredicto».

«Así que a eso juegan».

«¿O solo es su movimiento inicial?».

—¿Qué ha pasado? —preguntó Frost.

—¿No lo sabes?

¿Cómo era posible? Fue la deducción de Frost lo que le había llevado a buscar estas noticias.

—Han secuestrado a Pavic en la habitación de su hotel.

Lethe les facilitó más detalles:

—Mataron al equipo de seguridad. No hay testigos. Por lo visto ocurrió a eso de medianoche.

—Vale, Ronan, ¿es de esto de lo que trata? ¿De Pavic?

Hubo una larga pausa al otro lado del teléfono.

—No. Puede. Es una parte, pero… joder. No puedo ocuparme de eso ahora. Aún no. Jude, ¿me has conseguido el número?

Lethe miró a *sir* Charles en espera de un gesto de aprobación. El viejo asintió.

—Sí. Y en respuesta a tu siguiente pregunta, la señal de su GPS lo sitúa en Roma.

—Precisa la situación. Coordenadas exactas.

Sir Charles presentía que Frost estaba a punto de cortar la transmisión.

—Ronan, hay más. Es Konstantin. Él… no ha contactado con nosotros desde hace unas cinco horas…

—¿Le has dejado solo a él también? —Las palabras eran como una puñalada a través del teléfono, pero antes de que pudiera defenderse de la pulla, Frost continuó —. Lo siento. Me he pasado. Sé por qué tuviste que hacerlo. Al menos creo que lo sé.

—No te pido que lo dejes todo y vayas a buscar a Konstantin, hijo, sino que cojas a Denison y lo lleves a un sitio seguro hasta que pueda resolver esto.

—Tony está muerto. —No había ira en su voz, solo ese mismo cansancio abrumador—. Lethe, necesito esas coordenadas, envíalas a este número. Tengo que irme. Viene la policía.

—¿La policía? Ronan… —Pero Frost ya había colgado.

Sir Charles se volvió hacia Lethe.

—¿Dónde está?

—En Roma. En la Piazza Barberini, a tan solo unos kilómetros de la señal que me pidió rastrear.

—Dijo que la policía estaba…

—Estoy en ello. —Lethe se puso a teclear—. Estoy en la red de los Carabinieri… Por supuesto, está todo en italiano, así que… No. Aquí está. Tiene razón. Se han enviado algunas unidades a la Piazza Barberini.

—Haz algo para ayudarle.

—¿Cómo qué?

—No lo sé y, sinceramente, ni me importa. Mándalos a otra calle o cambia la descripción del sospechoso. Di que Frost trabaja para la Interpol. Pero haz algo… Lo que sea.

—Vale. Pero a pesar de lo que creen todos, no soy un maldito obrador de milagros —refunfuñó.

—Y envíale a Frost lo que quiere.

—Hecho.

La llamada no le había librado de ninguna de sus preocupaciones. Frost estaba en peligro y el destino de Denison ponía de relieve la gravedad del asunto al que Frost tenía que enfrentarse. Y las noticias que llegaban de La Haya añadían más incertidumbre aún.

¿Cómo estaban implicados los Cuatro Evangelistas?

¿Por qué lo estaban?

¿Y qué le había pasado a Khavin, por amor de Dios?

—Señor, creo que debería ver esto —dijo Lethe. Por una vez, no ponía ningún tipo de entonación. No mostraba la emoción de haber hecho un gran e imposible descubrimiento.

Sir Charles posó sus ojos sobre él un instante y luego le siguió la mirada hasta las imágenes que aparecían en las pantallas de plasma. En los titulares ahora se podía leer: «Grupo extremista amenaza con ejecutar rehenes».

Una línea de texto indicaba que las imágenes de la pantalla procedían de una webcam que transmitía en directo.

Podría haber sido tranquilamente una imagen congelada.

Había dos figuras sentadas delante de una bandera con un águila bicéfala del Ejército de Liberación de Kosovo y la silueta de una cimitarra cruzada con un rifle de asalto. Reconoció a una de las personas: Kristijan Pavic. El que fuera acusado de crímenes de guerra parecía perdido y desconcertado mientras parpadeaba por el intenso resplandor de la luz de la cámara.

El hombre sentado a su lado, atado y amordazado, era Konstantin Khavin.

21

LO QUE LA LUZ OCULTA

Localización desconocida. 04:15 UTC (aproximada).

Konstantin entrecerró los ojos en un vano intento por vislumbrar a sus captores.

Solo había visto el oscuro interior de su capucha desde… ¿cuánto tiempo hacía? ¿Horas? Lo suficiente para que sus ojos se acostumbraran tanto a la oscuridad que el resplandor de la luz portátil del estudio le quemara como un atizador al rojo vivo que iba directo a sus córneas.

No había pasado ni media hora desde que había llegado. El avión había aterrizado, supuestamente, en alguna pista de aterrizaje remota donde nadie prestara atención a unos presos encapuchados y atados. Le habían llevado a un vehículo motorizado, una furgoneta o un camión pequeño. El trayecto posterior no duró más de quince minutos. Después, le hicieron recorrer una distancia corta hasta el lugar donde se sentaba ahora. Durante todo ese tiempo, no había oído nada más que murmullos ocasionales demasiado bajos como para discernir qué decían y, con la cabeza tapada, no veía absolutamente nada.

Entonces, con una dolorosa brusquedad, todo cambió.

Le rasgaron la capucha y se le clavó en la retina el cegador haz de luz de un paraguas que brillaba más que el sol. Unos segundos después, oyó una voz que hablaba claramente en inglés, aunque distorsionada por algún tipo de dispositivo electrónico, pero las palabras no iban dirigidas a él.

—Miembros de las Naciones Unidas y supuesto Tribunal Internacional de Justicia: habéis renunciado a vuestra responsabilidad de sancionar los crímenes del criminal… el carnicero… Kristijan Pavic. No habéis conseguido impartir justicia, así que Dios os considera incapaces de volver a dictar sentencia nunca más.

Empezaron a surgir figuras gradualmente de la nube de luz.

Había otro prisionero atado y desplomado que se sentaba a menos de un metro de Konstantin. Le reconoció, era el hombre al que había intentado rescatar hacía unas horas. Ahora ya sabía a qué nombre acompañaba la cara: Kristijan Pavic.

Con cada segundo que pasaba, Konstantin podía distinguir cada vez más detalles de sus alrededores conforme sus ojos se iban adaptando a la luz. Estaba en una habitación austera con paredes blancas desnudas y suelo de cemento, cubierto en su mayoría por una lámina de plástico negro. No había ningún tipo de decoración, aparte de la enorme bandera roja, que Konstantin solo podía ver cuando giraba la cabeza. El único mobiliario eran un par de sillas plegables de metal apoyadas en la pared, frente

a la bandera.

Pavic y él no estaban solos.

Había una figura vestida completamente de negro —botas tácticas negras, uniforme negro y pasamontañas negro para ocultar sus rasgos— detrás de una cámara montada en un trípode y colocada junto a las luces de estudio. Tres hombres más, vestidos igualmente de negro, estaban en el perímetro de la habitación, todos con una metralleta H&K colgada en bandolera. A Konstantin no le importaban lo más mínimo en ese momento. Su atención se centraba en dos hombres que no ponían ningún empeño por cubrirse el rostro. Ese hecho garantizaba que no iba a salir de allí con vida. Lo cambiaba todo para él. Significaba que no había ningún riesgo añadido, hiciera lo que hiciera. La fase final del juego siempre sería la misma si fallaba. Uno de ellos era David Habersham, el otro era el hombre que había traído a Pavic a la finca holandesa de Habersham, Lorenzo Martedi. Konstantin se fijó en que Martedi observaba cómo transcurría la escena con una expresión ansiosa, era sed de sangre, mientras que Habersham más bien parecía que fuera a vomitar.

Alguien se movió detrás de Pavic, otra figura de negro, que, como advirtió Konstantin, era quien profería el monólogo.

—Ahora veréis lo que significa realmente la justicia.

Le destelló algo en las manos, algo metálico que reflejaba la luz de tal modo que parecía estar ardiendo con llamas sobrenaturales y que oprimía el cuello de Pavic.

El serbio seguía confuso, pero no mostraba miedo alguno.

Khavin conocía esa mirada.

Pavic era incapaz de aceptar la realidad; aún creía que se trataba de algún tipo de maniobra elaborada, una función que terminaría con demandas políticas absurdas.

Y entonces, con el primer corte, sus ojos revivieron con horror.

Un hedor nauseabundo invadió las fosas nasales de Khavin: el penetrante olor férreo de la sangre arterial fresca y el acre amoniaco de una vejiga y unos intestinos evacuando sus contenidos de forma involuntaria. Pavic movía la boca, pero el único sonido que conseguía emitir era un gorgoteo; la hoja ya le había cortado la tráquea. Ni siquiera se llevó las manos a la garganta. El débil sonido cesó en cuanto el *shock* se apoderó del hombre, tras el cual llegó la liberación piadosa de la muerte.

Konstantin permaneció indiferente mientras le asaltaban miles de pensamientos. Sería muy fácil que el pánico se apoderase de él y quedara aterrado y paralizado por el horror que estaba presenciando. No podía permitir que eso ocurriera. Aun así, durante unos segundos, no pudo apartar los ojos del truculento espectáculo ejecutado por el verdugo de negro que serraba sin parar el cuello de Pavic.

Habersham salió corriendo de la habitación con las manos en la boca y el pecho y los hombros temblando.

La cabeza cortada de Pavic golpeó el suelo con un sonido hueco, húmedo y pegajoso.

Sabía que este momento llegaría desde que se despertó en el avión. Había una

forma de escapar, tenía que haberla; solo tenía que averiguar cuál era. Nada de negociaciones ni súplicas. Acción.

«Tengo unos treinta segundos para idear algo», pensó atropelladamente.

Intentó soltarse de las bridas que le ataban juntas las manos, pero tenía los brazos entumecidos hasta los hombros y las ataduras de plástico se le clavaban en las muñecas tan profundamente que ya le sangraban. Ni siquiera estaba seguro de estar moviendo las extremidades y menos aún de estar aflojando las esposas.

El verdugo se inclinó y cogió la cabeza de Pavic por el pelo. El antes canoso cabello ahora estaba tiznado de sangre. Mostró la cabeza a la cámara.

—Se ha hecho justicia —dijo la inquietante voz distorsionada—. Pavic el Carnicero está muerto. Pero vosotros, que tratáis de negarle al pueblo de Kosovo el pago de esta deuda, os habéis convertido en partícipes de sus crímenes y ahora también debéis enfrentaros al juicio de Dios.

El verdugo dejó que la cabeza de Pavic cayera al suelo de nuevo y luego se dirigió hacia Konstantin.

Con un gruñido, intensificó sus esfuerzos por liberarse.

El verdugo se puso detrás de Konstantin, que sintió el afilado filo de acero presionado contra su cuello.

—Mandaron a este agente ruso a proteger a Pavic —declaró el verdugo—. Él será el primero en compartir el castigo del Carnicero. Y no será el último.

—Que te jodan a ti y a tu puta madre —bramó Konstantin Khavin—. No te llevarás mi cabeza.

Salió un extraño quiebro del aparato que modificaba la voz como un robot.

El verdugo estaba riéndose.

Konstantin puso los pies en el suelo y se impulsó como si intentara saltar a pesar de estar atado. En el mismo movimiento, echó la cabeza para atrás para embestirle de lleno en la cara. No le pegó más que de refilón y solo consiguió obligar al individuo de negro a retroceder unos pasos.

Tuvo más éxito con la segunda parte de su desesperada maniobra. La silla se quedó apoyada sobre las patas traseras y cayó al suelo.

El hecho de que tuviera los miembros entumecidos no hizo que le doliera menos, ya que todo el peso de su cuerpo cayó sobre el respaldo de la silla, con lo que se aplastó los brazos, que quedaron clavados en el suelo.

Saboreó la sensación; el dolor significaba que aún tenía una oportunidad de despertar a su cuerpo.

Konstantin se retorció y dio patadas, sacudiendo la silla como un loco delante y atrás mientras intentaba ponerse de lado. Si al menos pudiera romper las ataduras y liberar las manos, podría tener una oportunidad de luchar…

Le asestaron un puñetazo en la barriga, lo que le dejó sin aliento y acabó con la esperanza que su acto de rebeldía había despertado.

En cuanto atacó al verdugo, los tres guardias de negro habían ido inmediatamente

a por él como pirañas hambrientas.

Le dieron otro puñetazo, y otro más.

No podía hacer nada por devolverles los golpes, no podía defenderse de ninguna manera ni atenuar el impacto de los incesantes ataques. Venían uno detrás de otro sin parar. Una y otra vez le sacudían los tres hombres.

—Pegadme —gruñó con los labios ensangrentados—. Seguid, insignificantes sacos de mierda. Pegadme. ¡Más fuerte! ¡Más fuerte, joder!

Escupió sangre.

Cuando la oscuridad lo envolvió, Konstantin sintió cierto alivio.

Iba a irse bajo sus propias condiciones.

Cuando los cabrones se llevaran su cabeza, no sentiría nada.

22

CABALLO ROJO

Roma. 05:16 Hora local (04:16 UTC).

—¡Vamos! ¡Muévete! —gritó Frost al parabrisas. Sostenía el móvil contra el volante, mirando su trayectoria en el GPS de la pantalla mientras iba, a ratos, serpenteando a toda velocidad por las calles de Roma y, a otros, a paso de tortuga.

El tráfico matinal estaba en pleno apogeo y cada vez que llegaba a una vía principal, este era frenético. Solo en las calles estrechas el ritmo se ralentizaba porque no había sitio para que dos coches pasaran a la vez. Aunque, fieles a su reputación, los romanos vivían la vida al límite sin preocuparse por su seguridad personal y machacaban sus máquinas como si las calles de la ciudad eterna fueran la pista de su Gran Premio.

El mayor problema al que se enfrentaba era invertir sus reflejos instintivos; los italianos, como el resto del mundo, conducían por el puto lado equivocado.

Lethe había descargado las coordenadas del móvil de Lili en el suyo antes de que Frost llegara al coche. Y lo había acompañado con un mensaje: «La señal está fija. Te informaré si se mueve».

No había recibido más mensajes de Nonesuch.

El mapa mostraba el trazado de la ciudad. Aunque Frost no comprendía el nombre de las calles, que no habría servido de nada de todas formas, sí que podía distinguir perfectamente algunos de los monumentos más notorios: el enorme óvalo del Coliseo, la curva serpenteante del Tíber hacia el oeste y, justo después, la inconfundible silueta de la Ciudad del Vaticano. Incluso era fácil de distinguir la *piazza*, situada justo al sur de lo que parecía un parque gigantesco.

Su destino no estaba tan claro.

Solo aparecía un punto verde rodeado por un laberinto de calles secundarias y callejones estrechos justo detrás de lo que parecía ser un tope final de vía.

Estaba cerca pero, dado que no tenía alas para llegar hasta allí, tendría que seguir los circuitos de carreteras del sistema de sentido único que marcaba el GPS con una línea verde desde su posición actual hasta el punto.

Entró a lo bruto en una de las calles principales, *Corso D'Italia*, y pisó a fondo.

Al salir de la *piazza*, había pasado al lado de un coche de policía que iba a ella con las luces destelleando y la sirena tronando. No había aminorado ni se había dado la vuelta. El coche de Frost era un Fiat más en la carretera, pero eso cambiaría en cuanto los viandantes que le había visto irse dieran una descripción del coche. En

cuanto eso ocurriera, los carabinieri podrían localizarlo mediante las cámaras de circuito cerrado y de tráfico y con toda la tecnología que Lethe habría usado en su lugar. Cogerían la matrícula del vehículo y, en nada, tendrían acceso al chip localizador del GPS. En menos de diez minutos, tendrían un helicóptero observando cada movimiento que hiciera y transmitiendo la información a las unidades de tierra que le seguían a una distancia segura y discreta. Cuando finalmente parara, intervendrían.

A Frost no le importaba nada de eso.

Sus ojos iban y venían sin parar de lo que tenía más allá del parabrisas a la pantalla del teléfono.

Solo veía la ciudad de soslayo por las luces que pasaban; era una masa de formas coloreadas de arena y follaje oscuro, todo iluminado por el brillo de las farolas y la inminente aurora. Estaba concentrado en el punto verde y la línea cada vez más corta que le marcaba la ruta, además de intentar no chocarse con el coche de delante.

Frost giró al sur, hacia *Viale del Castro Pretorio*.

Su destino estaba a menos de un kilómetro, justo al este de la calle y, con cada metro que avanzaba, sentía cómo subía la adrenalina en sus extremidades y se le acumulaba en la barriga.

La línea verde le indicaba un giro. Le metió caña al Fiat para girar a la izquierda ignorando la luz roja y el chirrido de los neumáticos que patinaban en el asfalto. No pudo evitar fijarse en que la entrada a la calle que cruzaba pasaba por el arco de un muro alto, un puente peatonal o quizás uno de los malditos acueductos romanos de los que todo el mundo siempre hablaba. La abertura era lo suficientemente ancha como para que hubiera dos carriles, pero un conjunto de luces traseras rojas obstruían el arco y la calle que le seguía. A diferencia del bulevar, donde el tráfico se movía como sangre por una arteria, esta calle era un coágulo de coches lentos que iban al trabajo, paraban en los semáforos y buscaban sitios libres para aparcar.

Con un insulto, apretó el freno y sintió la sacudida del coche cuando el sistema antibloqueo paró las ruedas. Notó cómo el Fiat iba más lento, pero no lo suficiente. Giró bruscamente el volante a la derecha en una búsqueda fútil de espacio para detener el coche, pero no lo encontró.

El Fiat coleó.

Frost se enervó violentamente cuando las ruedas rebotaron al subirse en la acera baja y salió disparado del asiento cuando el coche se estampó lateralmente contra la pared.

Se golpeó contra la puerta y la cabeza chocó con fuerza contra el cristal.

No sentía dolor alguno, ni siquiera por la herida del brazo. Seguramente eso no era nada bueno, pero aún seguía consciente y parecía que su cuerpo le respondía.

La puerta del conductor estaba completamente bloqueada y la inmensa pared de piedra estaba pegada a la ventanilla rota.

Tenía que pasar por encima de los asientos para salir por el lado del pasajero.

A trompicones, consiguió poner pie en *terra firma*, donde le rodeó una multitud creciente de transeúntes preocupados que voceaban en italiano. Ese instante de choque cultural le hizo entender dónde estaba exactamente y qué estaba haciendo. Frost volvió a meter la cabeza en el coche para coger dos cosas que habían acabado en el suelo.

La muchedumbre soltó un grito ahogado cuando salió del Fiat con la pistola, pero Frost apenas lo oyó. Su atención la acaparaba la pantalla del móvil. Según el GPS, estaba a tres kilómetros de su destino, tres mil metros.

—¡Quitaos de en medio! —gritó, se abrió paso a través del arco y corrió a toda velocidad en cuanto salió de la hilera de coches.

Sabía dónde estaba, aunque solo gracias al GPS: el campus de *La Sapienza Università di Roma*.

Sapienza. La palabra significaba literalmente «sabiduría», pero Frost sabía que lo que había comenzado ahí no era sabiduría de ninguna de las maneras imaginables. Era locura.

Lorenzo Martedi, jefe del departamento de Estudios Clásicos de la universidad, había sido el primero en proponer que el Apocalipsis servía como plan para dominar el mundo y era, con toda probabilidad, el principal artífice de los Cuatro Evangelistas. Martedi también había sido el tutor de la tesis de Lilijana Pavic.

Todos los hilos conducían a él.

Fue Martedi quien introdujo a Lili en el Sendero de Marte y a los modernos saliares que conservaban las reliquias sagradas y perpetuaban los ritos antiguos. Fue también Martedi quien le dio el palimpsesto, prueba de la existencia de la Crocea Mors, y quien se había encargado de que hiciera equipo con Denison para localizar dicha espada. Todo era parte de su plan demencial para desatar a los cuatro jinetes del Apocalipsis. La espada era solo simbólica, no era ningún prerrequisito para que el plan de Martedi tuviera éxito; pero vaya símbolo más significativo: la espada de Julio César.

La espada del mismísimo dios de la guerra.

Nunca se pretendió que la empuñara el jinete del caballo blanco, el hombre que sería rey. La Crocea Mors estaba destinada al jinete rojo, la encarnación viviente de la guerra mundial.

Apareció un nuevo mensaje en el móvil: Ha llegado a su destino.

«No del todo», pensó Frost mirando a su alrededor.

Desde donde estaba, se encontraba a la misma distancia de tres edificios. Las coordenadas del GPS no establecían su posición con exactitud, pero estaba cerca.

Dos de las estructuras eran justo lo que se espera de un campus universitario, con estudiantes y profesorado entrando en tropel para las primeras clases del día, pero la tercera parecía sufrir una reforma importante. La mitad del edificio de tres pisos estaba cubierta por una lona de plástico que colgaba del armazón de unos andamios. Lo único que podía indicar que el edificio estuviera ocupado era una furgoneta blanca

aparcada cerca de la esquina este.

Frost se guardó el teléfono en el bolsillo, levantó la pistola mientras se dirigía a la furgoneta y reanudó su marcha acelerada. No era la primera vez que deseaba haber presionado a Denison para que le diera más detalles con antelación, como el tamaño del grupo que les había estado esperando en la bóveda subterránea. ¿A cuántos se enfrentaría ahora? ¿Dos? ¿Cuatro? ¿Diez?

De nuevo, no podía permitirse preocuparse por eso.

Tenía el elemento sorpresa de su parte, que algo haría, pero fueran cuales fuesen los números, no había forma de cambiar su lado de la ecuación. Estaba solo, un hombre contra la marea. Con mucha suerte, los mataría a todos. Sin ella… bueno, se llevaría con él a todos los que pudiera. Se lo debía a Denison.

Se lanzó escaleras arriba hacia la puerta principal sin detenerse y la abrió de golpe.

Entró corriendo en un vestíbulo lleno de puertas abiertas y vio justo a su derecha una cerrada.

Se giró y le dio una patada de talón al picaporte.

La puerta se salió de los goznes de un estallido y, con la pistola silenciada frente a él, entró con rapidez.

El panorama que descubrió no era precisamente lo que esperaba, pero tampoco distaba tanto como para que tuviera que detenerse a pensar en cómo reaccionar.

La habitación olía y parecía un osario.

Un cuerpo decapitado estaba atado y sentado en una silla en el centro de la sala; la cabeza, cercenada, descansaba a su lado sobre un charco de sangre cada vez más extenso. A pesar de las manchas rojas que oscurecían su rostro amarillento con la expresión de una máscara congelada de incredulidad, Frost reconoció a la víctima y la última pieza del puzle encajó.

Cuatro figuras, todas vestidas de negro, se apiñaban alrededor de una persona atada. Frost también reconoció a aquel hombre y sintió renacer sus esperanzas.

Konstantin Khavin seguía vivo.

Apenas.

Uno de sus torturadores tenía la hoja de una espada contra su cuello… una espada que le era muy familiar.

Había otros detalles que le desbordaban la mente: otros hombres en la habitación, la cámara en el trípode y la bandera roja que servía de telón de fondo. Ignoró todo menos a la persona que sostenía la Crocea Mors sobre la garganta de Khavin.

Subió la pistola y le apuntó, pero antes de que pudiera apretar el gatillo, le golpearon con algo pesado en la espalda, lo que le hizo perder el equilibrio y tambalearse.

Rotó hasta darse la vuelta y cayó de espaldas sobre el puñado de hombres que agarraban a Konstantin y, junto a él, cayó el objeto con el que le habían golpeado: una silla plegable de metal.

El supuesto verdugo de Konstantin se puso en movimiento y saltó sobre el grupo de hombres, sosteniendo la Crocea Mors en alto.

La espada destelló, ardiente como la luz del sol, al caer sobre él.

Frost se apresuró a coger la silla del suelo y la alzó para detener el golpe mortal. El impacto hizo que le vibraran los brazos como si, con un baño de destellos dorados, la espada hendiera la silla por la mitad. Frost agarraba con fuerza. La espada estaba atascada.

El verdugo tiró en un intento por liberarla.

Frost también tiró a la vez que giraba la silla mientras rodaba por el suelo y le arrancó la empuñadura de las manos.

El verdugo se quedó mirando embobado, sin creerse que le estuvieran quitando el arma. A ese poquito de suerte se refería. Frost rodeó la pulida empuñadura de latón entre sus dedos. Sosteniendo la silla aún con una mano, tiró de la espada y la sacó como si estuviera metida en mantequilla derretida. No tenía nada que ver con sacar Excalibur de la roca, pero no se quejaba.

La Crocea Mors palpitaba entre sus manos como un ser vivo.

Frost estaba de pie, moviéndose a una velocidad que ni siquiera pensaba que fuera posible. Como si alguien le hubiera dado al botón de «congelar imagen» para detener todo en el universo excepto a él.

Le apuntaron con una pistola automática, que escupía llamas por la boca. La pequeña habitación resonó con el estallido, pero Frost esquivó la descarga lanzada a bocajarro. La Crocea Mors centelleó y el tirador cayó de espaldas; un géiser de sangre salió a chorros de una herida abierta que se extendía desde la clavícula hasta el ombligo. Era una manera brutal de morir.

Frost siguió pegando tajos a un hombre y luego a otro.

No era espadachín. Nunca antes había sostenido una espada, pero la sentía en las manos como si fuera algo «natural». Como si hubiera nacido para empuñar la Crocea Mors.

Se deslizó entre los tiradores y, en lo que pareció un abrir y cerrar de ojos, se vio rodeado por un montón de carne humana despedazada.

Solo quedaba en pie el verdugo, aturdido e incrédulo, que se apoyaba contra la bandera colgada.

Frost avanzó con la espada goteando sangre.

La figura vestida de negro no tenía a dónde ir.

La espada seguía vibrando en las manos de Frost, una canción de sirena que le consumía como el hambre… como la lujuria. «Sí», parecía decir, «solo este más y estaré saciada».

Ya no le hacía falta. No era un asesino. La lucha había terminado.

La dejó caer al suelo.

El verdugo dejó escapar un quejido ahogado y dio medio paso hacia delante para alejarse de la pared con los ojos fijos en la espada. Frost le cortó el camino. Cogió al

verdugo por el cuello con la mano derecha. Con la izquierda, le arrancó el pasamontañas y surgió una cascada de cabellos.

Llevó a la mujer a rastras hasta ponerla frente a la cámara para que el mundo le viera la cara.

Por un instante, consideró decir algo a la audiencia invisible, a todos aquellos que habían decidido atestiguar tal atrocidad…

«Aquí tenéis a vuestro líder de guerra. A vuestro puto mesías. No era ningún guerrero santo, solo una niña resentida y cabreada que estaba tan avergonzada de su padre que le ha cortado la cabeza».

… Pero permaneció en silencio.

La sostuvo ahí unos segundos más y luego la soltó.

Oyó sirenas a lo lejos; la policía se acercaba. No quería estar allí cuando irrumpieran en aquel lugar. Así que recogió la espada para cortar las ataduras de Konstantin Khavin. El ruso abrió un ojo, medio dormido, el otro era una masa hinchada de cortes y cardenales, y le miró. Le habían dado una buena paliza.

—Nunca pensé que serías tú quien me recibiera en el cielo.

—¿Quién ha dicho que hayas ido al cielo? Vamos, Koni. Ponte en pie. Esto aún no ha terminado.

—Nunca termina.

* * *

Los carabinieri, en respuesta a los informes de tiroteos en el edificio de la universidad, llegaron a la escena noventa segundos después.

Los dos agentes de Ogmios se habían ido hacía tiempo.

Solo quedaba allí Lilijana Pavic, tan inmóvil como los muertos que la rodeaban, mirando aún al impasible ojo de la cámara.

23

CONSECUENCIAS

Londres. 07:30 UTC.

Sir Charles siempre había pensado que la vieja haya, el famoso árbol al revés de Hyde Park, parecía sacada de un relato de Tolkien. En lugar de erguirse hacia el sol, las ramas caían al suelo, extendiéndose como tentáculos de alguna especie de viejo Hombre-Sauce monstruoso, lento y pesado.

Iba al parque tanto como podía, incluso ahora que necesitaba que Maxwell le empujara por los senderos. Se negaba a dejar que su discapacidad le impidiera disfrutar de los placeres simples de la vida y del festín sensorial, las vistas, los sonidos y los olores del parque, además de los animales, los árboles e incluso de los visitantes.

La gente solía ser feliz aquí, podía verlo en sus caras, y la felicidad era una emoción contagiosa.

Sin embargo, sus visitas a este lugar en particular no eran frecuentes y, como norma general, no eran nada placenteras.

Había despachado a Maxwell y ahora estaba solo en su silla de ruedas junto a un banco vacío. Observó a Quentin Carruthers, el superintendente, que paseaba hacia él. No se miraron a los ojos, pero Carruthers se acercó con indiferencia y se sentó en el banco que había a su lado.

—Bien jugado, Charles —dijo sin preámbulos—. No solo has salvado a tu hombre…

Sir Charles sacó una mano disimuladamente y golpeó a Carruthers en la cara. La palma abierta de su mano restalló como un disparo al golpearle la mejilla. Carruthers se echó hacia atrás y sacó inmediatamente una mano para tocarse la zona dañada. Se veía claramente la huella blanca de una mano sobre un contorno cada vez más rojo.

—¡Me cago en la puta! Si no estuvieras lisiado, te…

—Si no estuviera lisiado, te habría metido los dientes hasta la garganta —bramó el viejo—. No lo olvides.

Carruthers lo fulminó con la mirada y se acarició la mejilla unos segundos, dominando su furia.

—Eres insufrible.

Sir Charles no se lo rebatió, así que tras una larga pausa, Carruthers volvió a hablar.

—Siempre fui tan solo el mensajero, ¿sabes?

El viejo sacudió la cabeza.

—No tendría que haber terminado así. Frost podría haber traído aquí a Denison, interrogarle, envolverlo para regalo y mantenerlo todo en el más estricto secreto. Esa era la jugada obvia y tú la pasaste por alto. Querías que esto pasara.

—Era un asunto muy serio en todos los sentidos. Deberías saber mejor que nadie que las recriminaciones no sirven de nada.

—¿De nada? Asesinaste a aquel hombre, una figura pública nada menos. ¿No crees que saldrá a la luz?

Carruthers echó una mirada a su alrededor.

—Baja la puta voz, Charles. Te lo he dicho, no fue cosa mía. Tienes razón. Ya está, lo he dicho. ¿Qué más quieres? ¿Una disculpa? Vale. Lo siento. Pero ya está hecho, esquivamos una bala que llevaba nuestro nombre escrito. Bien está lo que bien acaba y todo eso.

—Esto no ha acabado, ni mucho menos. Solo hemos arañado la superficie. Cuatro Evangelistas, cuatro. —Alzó la mano con cuatro dedos apuntando al cielo para enfatizar su argumento. Carruthers se estremeció como si esperara otro golpe—. Cuatro partes de su plan. Cuatro jinetes, ¿y qué tenemos?

—Tenemos a Habersham. Nuestros hombres en Roma lo apresaron. Y pronto tendremos a Martedi. Eso es la mitad. Todo su maldito plan se basaba en ejecutar las cuatro partes conjuntamente.

—¿Y no crees que vayan a volver a intentarlo? Ni siquiera sabemos quiénes son los otros dos, y mucho menos qué era lo que tenían pensado desatar. ¿Un trastorno económico? Ya estamos a un pelo de sufrirlo. Y solo Dios sabe qué habían planeado, qué tienen aún planeado, para los cuatro jinetes.

—Lo descubriremos pronto.

—No comparto tu optimismo, Quentin. —Tomó aire para controlar su ira—. Mi equipo se vio arrastrado a participar en todo esto, eso lo convierte ahora en mi lucha. Vamos a darles caza y a ponerle fin, y no me importa una mierda a quién le pille el retroceso.

Carruthers hizo un gesto negativo.

—No puedo permitirte hacer eso. Has hecho un buen trabajo para todos nosotros… nos sacaste del apuro y trajiste a tu hombre de vuelta sano y salvo. Eres un héroe, disfruta del momento, así que apártate y deja que nosotros nos encarguemos de todo.

Sir Charles lo miró fijamente y con dureza.

—No te estaba pidiendo permiso. De hecho, no creo que me haga falta pedirte nada nunca más. Solo voy a decírtelo una vez, Quentin. Voy a arrebatarte Ogmios.

—Y una mierda me lo vas a…

—Considéralo el precio por mi silencio. Tienes razón; no se gana nada con las recriminaciones. De todas formas, me estremezco solo de pensar qué hubiera ocurrido si el mundo supiera lo «soberanamente» bien que la jodiste. —Le dio énfasis

a la palabra a propósito.

—¿Chantaje, Charles? Qué ordinario. —Carruthers se rascó la cabeza—. No funcionará. Ogmios no puede existir en el vacío. Financiación, inteligencia… no sois nada sin eso. Pienses lo que pienses, sois una prolongación del MI6 y no conseguís nada si no jugáis según las normas.

Sir Charles le mostró su desdén con un gesto de la mano.

—Ya no. Piensa en ello como un divorcio y que yo soy la esposa resentida. Voy a exigir que Vauxhall nos pase la pensión alimenticia que nos dará autonomía y recursos. Tú, chaval, solo serás el superintendente de palabra. Esos son los términos para mi silencio. De lo contrario, me aseguraré de acabar con tu carrera política, amigo mío. Acabaré contigo.

—No hablas en serio.

—Ponme a prueba. Y en caso de que tengas la gran idea de enviar a tus matones sedientos de sangre para que me hagan cambiar de parecer para siempre, te recuerdo que tengo a mi cargo a un joven con mucho talento llamado Jude Lethe, que puede hacer las cosas más maravillosas que puedas imaginar con un ordenador. Hoy en día, todo está conectado, o eso me dice él. Todo está grabado con una u otra cámara en esta ciudad.

—Divorcio —rio mordazmente Carruthers y se levantó—. Solo un consejo, de amigo a amigo: guárdate las espaldas.

Sir Charles Wyndham asintió.

—De amigo a amigo. No te conviertas en otra vieja reina amargada que no sabe cuándo es hora de abdicar.

24

EL QUE A HIERRO MATA A HIERRO MUERE

Westminster. 12:00 UTC. Dos días después.

Haciendo caso omiso de las señales bien a la vista que indicaban que no se podía aparcar, Ronan Frost subió el bordillo frente a Clarendon House con su Ducati Monster. Apretó el embrague y aceleró. El motor de 696 cm^3 rugió como un animal, como la trompeta de un heraldo que anunciaba la vuelta de un caballero andante, para luego quedar en silencio.

Caballero andante.

Siempre le había fascinado ese término. Aunque la definición literal describiera a un caballero que vagaba —andaba— por el mundo luchando, Frost siempre había pensado que significaba otra cosa y que se refería a un caballero que había cometido un error de juicio y había perdido su camino.

Él sentía que había perdido el suyo.

Su nombre, Ronan, sonaba muy parecido a *ronin*, un término japonés para definir a un samurái vagabundo, un guerrero que sigue los principios del *bushido* y que ha perdido el rumbo. Lo cierto era que nunca había encajado ni en las calles de Derry, ni en el primer batallón de paracaidistas… ni tampoco ahora en Ogmios.

Sir Charles se lo había explicado todo: cómo el superintendente le había obligado a actuar de ese modo y cómo hizo todo lo que pudo por echarle una mano y, por supuesto, cómo ahora había cortado las relaciones con Vauxhall de una vez por todas. Pero eso no cambiaba el hecho de que durante esas horas le habían dejado solo, a la deriva…

Soltó los manillares y bajó rígidamente.

Le dolían todos los músculos del cuerpo y parecía que el dolor empeoraba con cada día que pasaba. La herida del hombro sanaba sin sufrir infecciones, pero el accidente de coche en Roma le había dejado sintiéndose como… bueno, como una víctima de accidente de tráfico. Había estado engullendo pastillas de paracetamol y codeína como si fueran caramelos; que bien podrían serlo para lo que hacían. Aun así, había salido mejor parado que Konstantin, que no era muy buen paciente.

Se cambió de lado la pesada bolsa de tela gruesa que llevaba colgada a la espalda y se dirigió al paseo que conducía a la entrada principal de Clarendon House.

El caballero andante, victorioso al regresar de su misión.

No le pegaba mucho.

Había sido Tony Denison quien se había tragado lo de la misión del caballero;

Konstantin le había contado lo de la carta con la promesa tácita de recibir el título de *sir*. A Frost no le interesaba eso. Con un *sir* en el equipo era suficiente.

Un grupo de guardias del servicio de protección esperaban en la entrada, sin tratar de ocultar su recelo y desprecio mientras se dirigía hacia ellos. Estaba claro que le tomaban por un chico de los recados. Frost subió los escalones hacia la placa de mármol esculpido que hacía de porche de la residencia real.

—Frost. Me esperan.

Uno de los hombres gruñó:

—Espere aquí. —Pero no hizo nada por anunciar la llegada de Frost a nadie de la residencia.

Frost se apoyó en la barandilla de hierro forjado y esperó cruzado de brazos.

No quería estar ahí pero, en cierto sentido, por muy raro que pareciera, al coger la espada también había aceptado la misión. Se había convertido en el Perceval del Galahad encarnado por Denison. Y ahora, como Perceval, volvía solo, aunque con una diferencia significativa: Perceval solo había traído la historia de la búsqueda del Santo Grial, pero Frost se había hecho con el premio.

Las puertas se abrieron y oyó las últimas palabras de una discusión acalorada. Escuchó claramente cómo alguien decía:

—No voy a dejarte solo con un gilipollas irlandés.

Y luego, la voz, calmada pero autoritaria, dio por zanjado el asunto.

Un momento después, un hombre que Frost no pudo evitar reconocer salió a grandes zancadas al porche y le indicó a los guardias que esperaran dentro.

Estos se retiraron, pero se quedaron en el umbral observando, a plena vista.

A pesar de su humor agrio, Frost se preguntaba si debería arrodillarse.

En lugar de eso, se apartó de la barandilla con un empujón, se puso frente al hombre e inclinó la cabeza.

—Su Majestad.

El príncipe le tendió la mano.

—Señor Frost, es un placer conocerle al fin.

Frost vaciló antes de aceptar el apretón de manos.

Era soldado, y los soldados no estrechaban la mano a sus superiores, pero tampoco desobedecían órdenes directas de ellos.

—Gracias por recibirme, señor.

—¿Cómo iba a negarme? Me han contado todo lo que ocurrió o, para ser más precisos, por lo que tuvo que pasar. Y sé que, en cierto sentido, soy en parte responsable de todo ello. Más que en parte, sospecho. Esto era lo menos que podía hacer.

—Sí. Bueno… —Se detuvo, no sabía qué decir. Era un hombre de acción. Dejaba que otros se encargaran de los discursos. Con un movimiento de hombros, dejó caer la bolsa de tela gruesa.

Los guardias entraron en tensión. El príncipe les miró con el ceño fruncido y se

volvió a girar hacia Frost.

—¿Es eso? ¿La espada está ahí? ¿La Crocea Mors?

—Tony siempre quiso que usted la tuviera. Pero debe darse cuenta de que no era exactamente lo que él pensaba que era. Nunca fue la espada de Arturo.

El príncipe pareció no inmutarse ante la distinción.

—Puede que no en el sentido literal, pero, según la leyenda, la Crocea Mors, la espada de Julio César, y Caliburn, la espada en la piedra, son todas una sola. En este negocio, la percepción es mucho más importante que la realidad.

«Esa no es la puta verdad», pensó Frost, resentido.

Puso la bolsa en el suelo y se arrodilló para abrirla, pero se detuvo.

—¿Sabe todo lo que ocurrió? ¿Sobre los Cuatro Evangelistas y lo que habían planeado?

Sabía a ciencia cierta que tenía conocimiento de ello; Konstantin se lo había confirmado.

—Usted sabe —continuó— que esto formaba parte de ese plan. La espada y todo lo que representa… la autoridad de gobernar.

—Ahora lo sé. —Una de las comisuras de la boca del príncipe se torció en una sonrisa nerviosa—. Nunca estuve involucrado, por supuesto, y no tenía conocimiento previo de sus intenciones.

—De todos modos, ¿se da cuenta de que al darle la espada, cumpliremos uno de sus objetivos principales? Tendrán a su jinete blanco.

Esto era algo que había preocupado mucho a Frost los últimos dos días.

Los cuatro jinetes del Apocalipsis eran sinónimo de calamidad, pero la identidad del primero, el que monta el caballo blanco, nunca había estado clara. Aquellos que creían que el Apocalipsis era una profecía del fin de los tiempos se dividían en los que afirmaban que el jinete blanco representaba a Cristo, rey de reyes, algo que no concordaba para nada con la naturaleza de los otros tres jinetes, y los que opinaban que representaba solo algo que tenía la apariencia del bien. Este segundo bando solía identificar al caballero blanco con la personificación de la conquista.

Según la filosofía de los Cuatro Evangelistas, la distinción era irrelevante: el jinete blanco era tanto rey como conquistador. Su plan nunca se había basado en los fundamentos de los extremos opuestos del maniqueísmo. No importaba si el rey era bueno o malo, sino solo que estuviera en una posición de poder cuando se soltara a los otros tres jinetes.

Al detener a Lili, Frost había impedido la salida del jinete rojo.

Pretendían que ella emergiera como una figura marcial, una Juana de Arco moderna, que vengaría la muerte de su padre a manos de islamistas radicales como líder de un ejército leal formado por sus compatriotas en una nueva ola de violencia étnica y religiosa que se extendería como un reguero de pólvora por toda Europa y Oriente Próximo, todo ello accionado por una pequeña chispa presenciada en directo en la televisión nacional. Lorenzo Martedi la había preparado para ese papel durante

más de una década, adiestrándola en tradiciones secretas del sacerdocio de Marte e incluso convirtiéndola en una de las vírgenes saliares que, según algunas fuentes, asistían al Flamen Martialis, el sumo sacerdote, ofreciendo sacrificios al dios de la guerra.

Lili había hecho eso, sin lugar a dudas.

Pero Frost recordó también su conversación en Saint Albans, cómo había expresado su absoluto desprecio por que su padre apoyara la intervención de la OTAN en Kosovo. Suponía que, a su manera retorcida, Lili trataba de redimir a su padre. Si su artimaña hubiera funcionado, si el mundo hubiera culpado a los radicales albanos de su muerte, Kristijan Pavic habría muerto como un mártir y, al fin, se habría convertido en alguien por quien Lili podría sentir orgullo y amor.

Frost casi sentía pena por Lili, aunque, a la larga, sus motivos no importaran. La habían restado para siempre de la ecuación, pero había otras variables, otras formas de que los miembros restantes de los Cuatro Evangelistas hicieran realidad su sueño demente.

Lorenzo Martedi aún andaba suelto y era imposible saber si tenía otros acólitos listos para entrar en acción y ocupar el puesto de Lili. La identidad de los otros dos Evangelistas, asumiendo, cómo no, que se tomara al pie de la letra el nombre que habían elegido, tampoco la conocían.

Se decía que David Habersham se había tragado la lengua, hinchada por el cianuro, antes de que los interrogadores pudieran soltársela.

Y todo eso significaba que el Plan Apocalíptico, como *sir* Charles lo llamaba, podría seguir aún en pie.

Si Frost entregaba la espada, como pretendía Denison, ¿estaría rompiendo el primer sello del pergamino?

¿Podía tomar ese riesgo?

Y aun así, ¿cómo no iba a hacerlo? Se lo debía a Tony. Lo que es más, él era súbdito de la corona; al menos, el deber se lo exigía. El hombre frente a él tenía sangre de reyes corriendo por sus venas.

Era mucha responsabilidad para un simple chaval de Derry.

Como si leyera la lucha interna en sus ojos, el príncipe volvió a hablar.

—¿Qué querría que hiciera, señor Frost? Todo el mundo sabe que no tengo ambiciones por ocupar el trono. Poseer la espada no cambiará ese hecho y, por supuesto, no hará que ni yo ni nadie que lleve la corona seamos partícipes de esta conspiración diabólica. La espada no es más que el símbolo de un derecho que ya nos pertenece.

Frost no se lo tragaba. El poder no funcionaba así, pero él nunca había sido muy monárquico.

Abrió por completo la bolsa y dejó que los rayos del mediodía bañaran la espada.

El acero bruñido absorbió los rayos y los reflejó como si se tratara de fuego sagrado. Metió las manos en la bolsa, la cogió por la empuñadura y sintió cómo

vibraba.

—Lo cierto, Su Alteza, es que no estoy aquí precisamente para darle la espada.

El príncipe ladeó la cabeza de un lado a otro y luego abrió los ojos, asustado.

Iba a dirigirse hacia la casa y gritar, pero antes de que pudiera dar un paso, Frost sacó la espada de la bolsa y la alzó. La mantuvo arriba con ambas manos, con la punta hacia abajo, y la clavó en el centro de la losa de mármol.

Surgió una explosión de chispas.

Se levantó a su alrededor una nube de polvo y humo que le envolvió junto con un olor a piedra quemada, pero, en sus manos, la espada no parecía distinta. El impacto de la espada no le estremeció. La hoja no resbaló ni dejó un surco en la dura roca metamórfica, ni la partió en dos ni cualquier otra cosa que una persona sensata pudiera esperar, sino que se hundió sin más, como Frost sabía que pasaría. Y cuando, finalmente, la soltó y dio un paso atrás, solo se veía la empuñadura y unos diez centímetros de la hoja; el resto de la Crocea Mors estaba incrustado en la roca.

Los escoltas corrieron hacia el príncipe, lo rodearon y sacaron las armas para apuntar a Frost. Este se apartó de la espada y levantó las manos.

El príncipe ordenó con un grito a sus guardaespaldas que se retiraran, pero estos no se movieron, al menos no inmediatamente.

Parecía que aún presentían algún tipo de amenaza, una que no podían comprender. Finalmente, el más adelantado cedió y dio un paso atrás. Luego, uno tras otro, se quedaron mirando la espada que sobresalía de la losa de mármol.

El príncipe se acercó a la espada con los ojos iluminados, vivos con la ilusión de un niño. Alargó la mano y acarició la empuñadura.

Luego se detuvo.

Frost vio cómo el hombre echaba un vistazo por encima del hombro y supo exactamente qué se le pasaba por la mente. «¿Qué pasará si intento sacarla… y no puedo?».

«No es problema mío», pensó Frost.

Se dio la vuelta y empezó a bajar los escalones en dirección a su moto aparcada.

Cuando llegó a su Ducati, escuchó que el príncipe le llamaba.

—¡Señor Frost! —Este se detuvo, pero no miró atrás—. Creo que vamos a dejarla ahí, ¿de acuerdo? Muy simbólico. La verdad es que me gusta.

Frost sintió en el pecho cómo le nacía una risilla.

—Creo que es buena idea, Su Alteza —le respondió.

A continuación, se subió en la moto y se marchó. El caballero andante partía para vagar por el mundo una vez más.

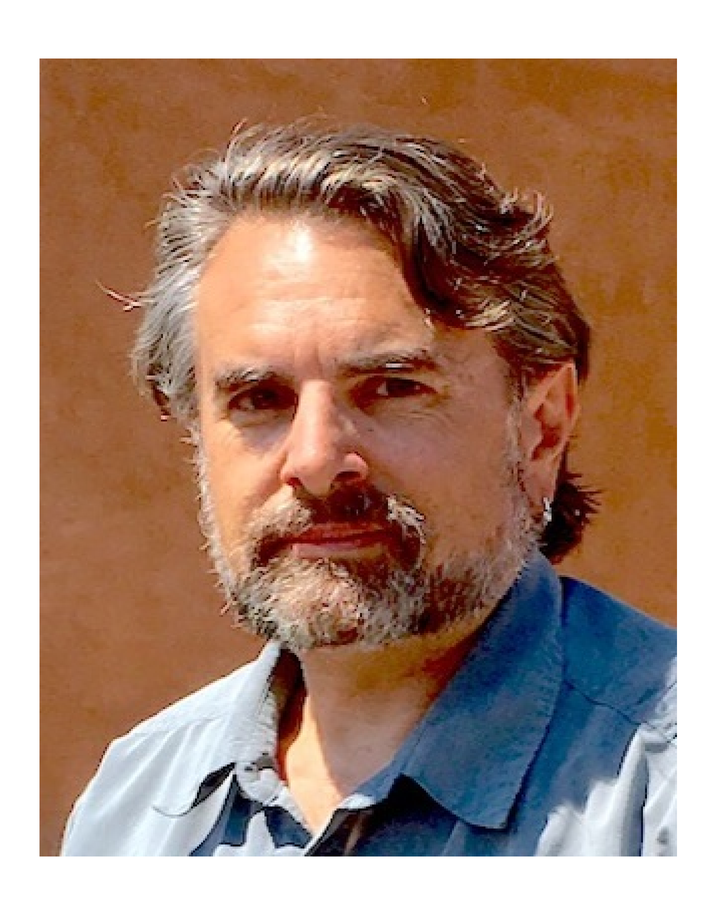
F I N



STEVEN SAVILE (Newcastle, England, 12 de octubre de 1969). Escritor inglés, autor de literatura fantástica dedicado al terror y a las novelas para jóvenes adultos.

Ha escrito y publicado numerosos relatos en revistas y antologías, además de novelas cortas y guiones de cómic. Ha recibido premios como el Writers of the Future Award y ha sido finalista en numerosos certámenes literarios.

Sus novelas más conocidas a nivel internacional son las dedicadas a los Vampiros Bon Carstein, creados para la franquicia de Warhammer.



SEAN ELLIS nació y creció en la costa de Oregón, donde desarrolló su amor por la aventura a una edad temprana, tanto en las páginas de ficción, con los Hardy Boys y Tom Swift, como en el mundo real, recorriendo senderos a través de acres de zarzamoras y construyendo nefastas balsas de madera para flotar en el río Siletz. El deseo de escribir historias de aventuras pronto siguió.

Inspirado por los autores profesionales que no escribieron sobre él, pero vivieron las aventuras en sus libros, Sean buscó aventuras dondequiera que pudiera encontrarlas: hacer excursiones por el noroeste del Pacífico, explorar cuevas en Nuevo México, recorrer las calles y los subterráneos de la ciudad de Nueva York, buscando ruinas mayas en Honduras, surf, snowboard, ciclismo de montaña y participando en carreras de aventura multideportivas. Su primera novela publicada, Magic Mirror (2005), se basa en gran medida en muchas de estas experiencias.

En 2003, Sean se unió a la Guardia Nacional del Ejército y participó en el esfuerzo de ayuda después del huracán Katrina. En 2006, fue enviado con su unidad de infantería a Afganistán, conduciendo por todo el país proporcionando seguridad de convoy. Durante ese despliegue, firmó un contrato para su segunda novela, The Shroud of Heaven, el primer libro de la serie de Nick Kismet, que se publicó como un ebook en 2008.

En 2011, Sean comenzó su asociación con Jeremy Robinson, primero escribiendo novelas con personajes de la serie de Jack Sigler, y finalmente escribiendo varias novelas en esa serie, así como las novelas derivadas de Cerberus Group y la historia

original, Flood Rising. Durante ese período, Sean también escribió WarGod, una novela corta para la serie del Equipo Ogmios de Steven Savile, y Hell Ship, parte de la serie Dane Maddock de David Wood. Por 2014, Sean pudo hacer la transición a escribir a tiempo completo. Hasta la fecha, es autor o coautor de más de treinta novelas. Uno de sus lanzamientos más recientes, Camp Zero, ambientado en el futuro ficticio *post*-apocalíptico creado por el novelista Jerry Ahern en su serie The Survivalist, explora otra de sus pasiones: la supervivencia en el desierto. Actualmente reside en Phoenix, Arizona, donde continúa escribiendo y buscando nuevas aventuras.